

EL
LIBRO GRIS

POESÍAS ÍNTIMAS

ORIGINALES DE

Arturo Gazul

Precedidas de un prólogo de

D. ALFONSO MORENO ESPINOSA

Catedrático del Instituto Provincial de Cádiz

y de un juicio crítico por el

ÍLMO. SR. D. NICOLÁS DÍAZ Y PÉREZ

de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, Jefe Superior Honorario de Administración Civil, etc., etc.



SEVILLA

Imp. y Lit. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3.

1888



R. 42 212



LIBRO GRIS

POESIAS ATORAS

El Libro Gris

Esta obra es propiedad
del autor.

EL
LIBRO GRIS

POESÍAS ÍNTIMAS

ORIGINALES DE

Arturo Gazul

Precedidas de un prólogo de

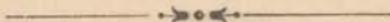
D. ALFONSO MORENO ESPINOSA

Catedrático del Instituto Provincial de Cádiz

y de un juicio crítico por el

ILMO. SR. D. NICOLÁS DÍAZ Y PÉREZ

de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, Jefe Superior Honorario de Administración Civil, etc., etc.



SEVILLA

Imp. y Lit. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3.

1888

AL ALMA DE D.^A AURORA DE UCLÉS

Si es verdad que las lágrimas que caen
En nubes de vapor suben al cielo,
De ti sola serán ¡oh madre mía!

Las que hay en estos versos.

ARTURO.

Mayo de 1888.

Prólogo

Aunque no es gaditano el autor del libro cuya portada voy á embadurnar con mi pluma, él considera esta "tacita de plata" como su cuna intelectual.

Por su afamada Escuela de Medicina pasó, no há muchos años, siguiendo las luminosas huellas de García Gutiérrez, Velarde y tantos otros sacerdotes de Esculapio, que han sabido hacer del escalpelo un plectro de oro, y unida está su biografía de poeta á la historia de uno de los centros literarios que más honran á Cádiz; pues en el acta de nacimiento de la "Academia de Ciencias y Artes" hállase registrado el nombre de Gazul entre los fundadores de aquella ilustrada Sociedad.

La fecha de su inauguración, separada ya del momento presente por más de dos lustros, constituye una efeméride que nunca ol-

vidarán los que asistieron á tan solemne acto. En él se reveló Arturo Gazul como vate de estro poderoso, subyugando al auditorio con la lectura de la brillante composición inserta en la página 49 de este volumen. Aquel joven extremeño, de tipo árabe como su apellido, de gallardo continente, de mirada profunda y soñadora, produjo con sus serventisios más estragos en el corazón de las bellas gaditanas, que cuantos pueda causar con sus fórmulas, por larga que sea su vida, entre los enfermos que visite.

No quiere esto decir que tenga yo á mi excelente amigo por mal médico; pero abriego el convencimiento de que, si en vez de propinar á sus dolientes menjurges de botica, les leyera versos, obtendría seguramente mejores resultados. De Alfonso V de Nápoles se cuenta, que padeciendo de calenturas rebeldes á todo tratamiento de la ciencia, se vió completamente limpio de ellas con la lectura de Quinto Curcio. Y digo yo, en vista de ello: Si la vil prosa alcanza tal virtud curativa, ¿cuál no será la acción terapéutica del verso?

¡Ah! Yo bien sé quién puede testificar de ello por manera irrecusable. En un pueblo de Extremadura cuyo nombre no recuerdo ahora, pero que, según mis noticias, no dista mucho del que vió nacer al autor de EL LIBRO GRIS, y cuya pintoresca topografía hace de él un verdadero carmen, moraba, como

ninfa del encantador paraje, una hermosa joven, cuyo nombre acaba de estampar, sin quererlo ni aun pensarlo yo, casual é inconscientemente mi pluma. Habíala dotado el cielo de soberana belleza física y moral; pero la edad núbil había quebrantado su salud en tales términos, que el protomedicato de la comarca y tierras adyacentes había acordado ya, "nemine discrepante," empadronar á la infeliz paciente en los casilleros donde figura la clientela del famoso doctor madrileño que está siempre en su farmacia. Pues bien; fué á visitarla el novel Galeno, de cuya vida privada estoy haciendo las más indiscretas revelaciones para probar mi tesis, y, no con sus recetas, sino con sus rimas, logró ahuyentar bien pronto á la fiera Parca, cuya inflexible tijera reclinaba ya para cortar el hilo de tan preciosa existencia.

Es verdad que la hermosa doncella por tal procedimiento salvada no era un espíritu vulgar é inculto, sino un alma poética que se estremecía como arpa eolia al impulso de todo lo bello, y que sabía también expresar sus ideas y sentimientos en ese lenguaje rítmico que constituye el cuerpo ó forma externa de la poesía. ¡Qué había de suceder! Aquellos dos seres, consagrados al servicio de las Musas, mientras buscaban consonantes para sus estrofas, iban rimando ese poema eterno cuyo nudo se desenlaza por medio de otro nudo ó lazo de naturaleza indisoluble.

Muchos epitalamios, idilios, madrigales y demás géneros eróticos ha compuesto á duo la amante pareja en celebridad de su dulce himeneo; pero la obra mejor, aunque la más tardía, de tan feliz matrimonio, y de la cual se muestran igualmente ufanos ambos cónyuges—por más que la colaboración del uno haya sido mayor que la del otro—es un tierno infante, más deseado por los autores de sus días que Fernando VII por los españoles cuando aun no le conocían á fondo.

Yo felicito al poeta y á la poetisa por tan bella producción; mas les aconsejo que no hagan de ella muchas ediciones, porque si llegan á reunir las nueve Musas en forma de chiquillos, como cierto coplero de mi mayor intimidad, habrán de convertir la lira, el plectro y demás adminículos del arte de trovar en juguetes de las criaturas, y entonces la colección de poesías de nuestro vate quedará reducida á este tomo.

En mis cortas oraciones yo pediré á Dios que no lo permita; pues los versos de este inspiradísimo sacerdote de Apolo tienen tal encanto, que, si los leyeran aquellos socios del Ateneo de Madrid que han sostenido en las conferencias del presente curso la extraña tesis de que la forma poética está llamada á desaparecer, cambiarían seguramente de opinión.

Tal vez, para fundamentar la mía, debiera yo hacer aquí un ensayo de disertación

sobre el carácter de la poesía contemporánea, echando mi cuarto á espadas en la cuestión palpitante y batallona del realismo y el idealismo, y concluyendo por hacer aplicación de mis teorías literarias á las composiciones de este libro; pero ni yo tengo alas para remontarme á las alturas de la crítica, ni autoridad para declarar "ex-cátedra" los méritos de ninguna obra.

Si alguien me niega los que yo encuentro en la presente, no romperé lanzas para hacer triunfar mi humilde y tal vez apasionado juicio, según el cual Arturo Gazul reúne las tres condiciones que, en opinión del Duque de Rivas, debe poseer el verdadero vate: sentir hondo, pensar alto y hablar claro.

Todas sus composiciones prueban mi aserto: sólo una, la que aparece en la página 19, es inferior á todas las demás; y eso porque el objeto ó sujeto á que está consagrada es muy mal sujeto y no puede inspirar nada que valga la pena de leerse: trátase de un personaje vulgarísimo hasta en el nombre, pues se llama

ALFONSO MORENO ESPINOSA.

Cádiz 25 de Julio de 1888.

Al que leyere

(JUICIO CRÍTICO Á EL LIBRO GRIS)

Siempre será un acontecimiento que guste conocer á los literatos la aparición de un poeta. Suceso es éste que lo subordinan unos—los historiadores—al simple recuerdo de una efeméride; otros—los críticos—lo harán objeto de sus revistas, estudiando de mil modos la inspiración, el estilo, la originalidad y ¡por qué no decirlo! hasta esas siluetas que la genialidad de los vates dejan trazadas en el fondo de sus mejores pensamientos.

Un poeta nuevo en estos tiempos de la fría realidad y aquí, en España, donde tantos escriben versos, no deja de tener, para nosotros al menos, alguna importancia. Y por más que haya quien dudare de la aparición de este poeta, la propia realidad le haría reconocerle bien pronto, si, como yo, tuviese delante un centenar de composiciones suyas, dispuestas á caer bien pronto sobre la indiferencia pública en un esmerado tomo que los señores Gironés y Orduña están terminando en Sevilla. Este volumen llevará por título EL LIBRO GRIS. En él, su joven autor, el inspirado vate D. Arturo Gazul, colecciona algunas de las composiciones poéticas, en otros tiempos por él escritas, inéditas en su mayoría y desconocidas, por

tanto, de todo el mundo literario. EL LIBRO GRIS será saludado, apenas aparezca en los estantes de los libreros, con entusiastas aplausos por los amantes de las buenas letras. Pero, conozcamos antes al autor y digamos quién es él, ya que la suerte nos haya designado para que lo presentemos tal cual es desde estas primeras páginas de su libro.

* * *

Allá en un rincón de España, en Extremadura, marchando de Mérida á Sevilla por la vía férrea, en la estación anterior á Llerena, aparece un pueblo antiquísimo en la historia, pues la geografía celtibera le conoció con el nombre de *Interédica-Vaccaor*, citado así por Plinio, como población de importancia entre los pueblos iberos. Su castillo fué depósito de piedras con inscripciones romanas, y en las inmediaciones se ven vestigios de otras edades.

Desde el siglo XIV se asienta sobre esta población Villagarcía, donde después nacieron, entre otros, el autor de multitud de libros místicos, el filósofo que fué popular en París y á quien la Emperatriz de España le confiara la educación del príncipe que después habría de reinar con el nombre de Felipe II, Fr. Juan Martínez Guijarro, más tarde arzobispo de Toledo y cardenal; como el licenciado Juan Blanco y como Fr. Juan de Villagarcía, nacieron en esta villa, donde vió la luz también Arturo Gazul el 31 de Abril de 1855, hallándose en ella de médico su padre D. Isidro.

De niño estudió el bachillerato y pasó después á la Universidad *Hispalense*. Hijo él de un buen médico, extremeño él, habría forzosamente de cursar Medicina, siguiendo las huellas de otros tantos sabios como Extremadura llevó á la escuela de Galeno, pues en los tiempos de Roma tuvo á Lucio Cerdio Síforo, á Lucio Cucio Maulfo, á Julio L. Longino, á Julia Saturnina y al famoso

Paulo, obispo de Mérida, que practicó la operación cesárea, en 250, con admirable maestría; en tiempo de los árabes contó á Alhaken-Alazur-ben-Muar, á Ahmed-ben-Ibrain-ben-Abu-Chaled, á Abd-al-Melicben-dajden-Bad-dal, á Abd-al-lah-ben-Otsman-ben-Mernán y al famoso Abdul-Xeibah-al-Maxkar, que explicó Medicina en Córdoba; en tiempos más modernos presenta al Dr. Arceo, á Sorapán de Rieros, á Arredondo, á Sanz de Dios Guadalupe, á Fernán Sánchez Rivera, y en nuestros propios días al sabio médico Blázquez y Corrales, al propagador del sistema homeopático Dr. Rino y Hurtado y al operador de los campos de batalla el Dr. Camisón. Un pueblo como el extremeño, que tantas eminencias aporta á la historia de la Medicina (1), da estímulos á que sus hijos la

(1) Los médicos más afamados que han salido del suelo extremeño son:

Abu-Chaled (Ahmed-ben-Ibrain-ben), Aguila (Dr. D. Juan del), Angeles (V. Fr. Juan de los), Arceo (Dr. D. Francisco de), Arredondo (Dr. D. Martín de), Blázquez y Corrales (Dr. D. Anselmo), Carmona (Juan), Castro (Dr. D. Antonio de), Castro y Antúnez (Licenciado Simón de), Cerdio Síforo (Lucio), Crespo y Escoriaza (don Benito), Cucio Maulío (Lucio), Chamorro (Julián), Domenech Amaya y Ayala (Dr. D. Pedro Francisco), Écija (El Bachiller Hernando de), Fadón y Sánchez (Dr. D. Antonio), Fernández (Dr. D. Francisco Matías), Gallardo y Díaz (Licenciado D. Vicente), García Camisón y Domínguez (Excmo. Sr. D. Laureano), García Monje y Jiménez (Dr. D. Celso), López Pina (Licenciado D. Pedro), Longino (L. Julio), Llera (Licenciado Matías de), Martínez y Suárez (D. Fermín), Medrián (Dr. D. J. M.), Melic-ben-dajden-Bad-dal (Abd-al), Miguel y Guerra (D. Regino de), Molina y Capilla (D. Antonio María), Montero (Licenciado D. Felipe Genaro), Moreno Zancudo (don Eduardo), Núñez (Dr. D. Alonso), Otsman-ben-Mernán (Abd-al-lah-ben), Pacheco y Ortiz (Dr. D. Félix), Paulo, obispo de Mérida, Pérez y Jiménez (Dr. D. Nicolás), Ramírez Vas (Dr. D. Francisco), Reyes (Dr. D. Francisco Real de los), Rino y Hurtado (Dr. D. Pedro), Rodríguez Solano (D. Cristóbal), Sánchez de Oropesa (Doctor D. Francisco), Sánchez Rivera (Dr. D. Fernán), Santelí (Licenciado D. José), Sanz de Dios Guadalupe (Dr. D. Francisco), Saturnina (Julia), Sorapán y Rieros (Dr. D. Juan), Toro (Dr. D. Luis de), Valencia (Pedro de), Valverde y Moreno (D. Andrés), Velasco (Doctor D. José María), Vega (Juan de), Villarroel y García (D. Antonio), Yerto (Dr. Vicente), Xeibah-al-Maxkar (Abdul).

estudien con preferencia á otras ciencias, y Gazul, acaso, émulo de las glorias que alcanzaron estos Hipócrates extremeños, siguió la Medicina sin darse cuenta de que su espíritu no había de encerrarse solamente en las disecciones de un cadáver, ni sus cuidados podrían contraerse á las observaciones patológicas de un enfermo; porque sus aficiones al estudio de nuestros clásicos prepararon en él una segunda educación muy distinta de la que sus profesores le daban en la escuela gaditana, asociando de este modo al *scalpelo* la *lira*, para que su inspiración de poeta corriera juntamente con su fama de médico; y al par que soñaba su plectro imágenes fantásticas, quimeras ideales, luchas de fantasmas y mundos desconocidos, como la poesía forma para encanto de las gentes, se detuviese á diagnosticar ante un paciente el curso de su mal.

* * *

Los comienzos de Gazul en las letras los dió desde sus primeros años. Con los versos que escribía en el aula, alternando con la explicación anatómica del profesor, redactó sus primeros artículos, que le publicaron los periódicos de Andalucía y Extremadura. *La Revista Gaditana*, *El Defensor*, *El Diario*, *La Palma*, *El Cádiz*, *El Sur de Extremadura*, *El Figaro*, *El látigo*, *El Eco de la Montaña*, *El Genio Quirúrgico* y *La Ilustración Andaluza* fueron para él sus primeros padres, porque le dieron á conocer en todas partes, y como poeta unas veces, como prosista otras, y como médico también, su nombre corrió á diario por toda España y bien pronto fué conocido de propios y extraños.

En su libro *Ideas y Sueños*, que pronto verá la luz, guarda Gazul la mayoría de los trabajos publicados en la prensa, desde sus primeros pasos en el periodismo. Acaso este volumen nos sorprenda mañana con trabajos muy superiores á los de un principiante, porque todo es de esperar en él cuando, sin mayores antecedentes, se

presenta hoy en el Parnaso Español ocupando un puesto entre nuestros buenos poetas.

Cádiz aplaudió en una solemnidad académica los primeros versos que leyera en público. Corría el año de 1877, cuando los doctos y literatos gaditanos se reunían en el Salón de Sesiones de su Ayuntamiento para inaugurar sus trabajos la Academia de Ciencias y Artes. Gazul estaba en la fiesta, como uno de los fundadores de la Academia. Todos le conocían como alumno de Medicina, algunos como periodista, muy pocos como poeta. Cuando Gazul se levantó de su asiento, y con su profunda mirada reconoció al auditorio, no comprendió que en aquel momento tejían para él todas aquellas damas una corona que la docta Academia había de regalar al poeta extremeño, émulo de Salas, Espronceda, Hurtado, Meléndez Valdés, López de Ayala (1) y tantos otros vates extreme-

(1) Acaso no haya en toda España una comarca que cuente más poetas que la extremeña. Desde los tiempos de Augusto hasta nuestros días los poetas han brotado de aquel suelo, como las flores en sus perfumados valles. Hé aquí la lista de los más principales:

Abul-Walid-al-Nihil (Abu-Mohamed-Abd-Alláh), Acevedo (don Alonso M.), Acim-ibn-Aiyoub (Abou-Beer), Alvarado (Fr. Antonio), Alvarado y Tobar (D. Juan de), Amado y Lemus (Juan), Arias y Vegas (D. Antonio), Augusta (Serena), Badajoz (Catalina de), Baños (Pedro de), Barriga y Soto (D. Manuel), Becerra (don Juan Antonio), Becerra Ladrón de Guevara (D. Juan), Bejarano (D. Francisco), Berguiza (D. Francisco Patricio), Burguillos (don Tomás de), Cabañas (D. Felipe), Cagigal y Suero (D. José), Calderón de la Barca y López Arias (D. Francisco), Cámara (D. Juan Bautista), Carvajal (D. Bernardiao), Carvajal y Mendoza (V. doña María Luisa de), Coronado y Romero (D.^a Carolina), Cruz (Fray Pedro de la), Cuesta y Gallardo (D. Pedro), Chaves Sotomayor (D. Francisco), Dávila y Corchado (D. Manuel), Deciano (C.), De-Gabriel y Ruiz de Apodaca (Excmo. Sr. D. Fernando), Díaz Tanco (Vasco), Espronceda y Delgado (D. José), Falagiani (D. Francisco), Fernández (D. Diego), Fernández Pérez (D. Manuel), Figueroa (D. Gonzalo de), Flecha (D.^a María Balbina de la), Fuentes Vizcarreto (D. Juan), Gallego (D.^a Bibiana), Galindo (D. Gregorio), García (D.^a Luisa B.), García de la Huerta (D. Vicente), García Miranda (D.^a Vicenta), Gazul y Uclés (D. Arturo), González Gallego (Licenciado D. Cristóbal), Grajera y Corchuelo (D. Alonso), Harem

ños como han enriquecido nuestra literatura patria. Gazul leyó una de las poesías que figuran en este tomo bajo el epígrafe de *Cádiz*. La entonación que dió á sus versos, la participación que tomaba todo su sér en la descripción que hacía de Cádiz, de la reunión de aquellas gentes, allí congregadas para un fin culto, y de la finalidad que llevaban los trabajos de la docta Academia, que inaugura-

(Houdzir-ben), Hernández Arias (D. Antonio), Hinojosa y Carvajal (Fr. Álvaro de), Hurtado (D. Antonio), Iuenco (Cayo Vecio Aquilino), Loaisa y del Arco (D. Diego), López de Aranda (Fray Juan), López de Ayala (Excmo. Sr. D. Adelardo), López de Ayala (D. Baltasar), Llerena y Bracamonte (D. Pedro), Meléndez Valdés (D. Juan), Melgares de Segura y Bazago (D. Manuel), Mena y Aristeguieta (D. Santiago), Mena y Rodríguez (D. Juan), Mendoza y Chaves (D. Francisco), Mesa (D. Cristóbal de), Miranda (don Luis de), Mohamad-ben-Moslama (Omar-ben-Mohamad-ben-Abdalla-ben), Molina y Cano (D. Alfonso de), Moreno Torrado (D. Luis), Morlesín y Soto (D. Atanasio), Monroy y Zúñiga (D. Antonio), Núñez (Pedro), Núñez y Garrido (D. Ricardo), Olías y Tenorio (don Francisco Carlos de), Olloqui (D. Emilio), Ortiz y López (D. Marcelino), Ossuna (D. Cándido), Paredes (D. Antonio de), Pavón (don Alfonso de), Pérez (Dr. D. Alonso), Pérez Alcalá (D.^a Joaquina), Pérez Toresano (D. Carlos), Pizarro (D. Julián), Ponce de León y Laso de la Vega (D. Bartolomé), Ramírez de Prado y Guzmán (D.^a Catalina María), Real y Magdaleno (D. Enrique), Rico (don Rafael), Rivera (Luis), Rodríguez (D. Juan de Dios), Rodríguez Moreno Gil (D. Juan), Rocha (D. Manuel), Rocha y Figueroa (don Gómez de la), Romero de la Cepeda (Joaquín), Romero y Espinosa (D. Luis), Sabater y Campos (D. Ramon), Salas (D. Francisco Gregorio), Sánchez-Arjona y Sánchez-Arjona (D. Francisco), Sánchez-Arjona y Sánchez-Arjona (D. José), Sánchez de Badajoz (El Bachiller D. Diego), Sánchez de Badajoz (D. Garcí), Santa Lucía y Amaya (D. José), Sepúlveda (D. Lorenzo), Sergio y Sánchez (D. Luis), Silva Barreto y Almeyda (D. Alejandro), Silvestre (Gregorio), Solana y Ronquillo (D.^a Carmen), Solo de Zaldívar (D.^a Ana María), Sotomayor y Terrazas (D. Luis), Suárez de Chaves (D. Lorenzo), Suárez de Figueroa (D. Cristóbal), Suárez de Figueroa (D. Ignacio), Suárez y Jiménez (D. Diego), Suárez Vivas (D. Cristóbal), Terea (D. Martín), Torremocha (D. Juan Antonio), Torres-Cabrera y Laguna (D. Miguel), Torres Mayoralgo (D. Miguel), Torrès Naharro (D. Bartolomé), Trujillo (Fr. Alonso de), Vargas de Cienfuegos (D. Adolfo), Vera Calderón y Monroy (D. José de la), Verdugo y (Barbadillo (D. José), Villanueva (D. Francisco Javier de), Zabala (D. Manuel María y Zafra (D. Esteban de).

ba con espléndida fiesta sus tareas, despertaron entusiasmo en el auditorio, que atento seguía las palabras todas del poeta. Tenían sus versos conceptos muy bien expresados, imágenes llenas de belleza, cuadros dibujados de mano maestra. Especialmente sus primeras estrofas, que dicen así:

«Sobre las olas de la mar bravía,
 Que tiemblan en continuo movimiento
 Al choque de las ráfagas que envía
 El fiero Eolo, en su gemir violento;
 »Sobre las leves ondas, que palpitan
 Al choque de la brisa perfumada,
 Y en su espejo grandioso siempre agitan
 Del firmamento azul la azul mirada;
 »Sobre ese mar inquieto, que la mente
 Contempla en sus profundas conmociones,
 Como contempla el corazón que siente
 Del Creador infinito las creaciones;
 »Sobre esa mole de agua, que tranquila,
 Parece despejado firmamento,
 Cuyo límite ciega la pupila
 Y ofusca el irritado pensamiento;
 »Entre las perlas de revuelta espuma,
 Al flotar en Oriente la mañana,
 Se levanta arrogante entre la bruma
 El palacio imperial de una sultana.
 »Sultana de los mares; bella ondina
 Que en la linfa del mar su faz retrata
 Cuando en la noche despejada inclina
 La luna aérea su mirar de plata.»

No puede negarse á estos versos una estructura perfecta y cierta espontaneidad, que acusa una verdadera inspiración por parte de su autor. Así termina esta poesía:

«La época pasó del odio fiero
 Y de las guerras rudas y crüeles,
 Que es mejor que la espada del guerrero
 Del sabio y del artista los laureles.
 »Tus sentimientos, como el aire puros,
 Desprecian del error los torpes lazos;
 Á la ignorancia oponen fuertes muros
 Y á la ciencia inmortal tienden los brazos.
 »Y fundas Academias y Ateneos,

Y nada basta á tu virtud notoria;
 Las armas del saber son tus trofeos
 Y las glorias científicas tu gloria.
 »Hoy una juventud culta y ardiente,
 Teniendo el entusiasmo por emblema,
 Aspira á colocar sobre tu frente
 Un brillante en tu mágica diadema.
 »Y tú, como la madre enamorada,
 Clavas en ella tu mirada fija,
 Abres los brazos de placer colmada
 Y en ellos precipitas á tu hija....
 »Sultana de los mares, que altanera
 Hasta el cielo levantas tus altares,
 Contemplando á tu frente la alta esfera,
 Y á tus pies el concierto de los mares;
 »Cuando las auras vibren en tu oído
 Algún canto de amor apasionado,
 Y las ondas te lleven el sonido
 De la ternura de un placer soñado,
 »Escucha la expresión de mis canciones
 Desde el trono en que hermosa te agigantas:
 Es el rumor de aquellos corazones
 Que palpitan de amor bajo tus plantas.»

Al terminar Gazul la lectura del último verso unía su nombre á la historia de la docta Academia, á la vez que se revelaba poeta de alto vuelo, para que desde aquel momento las gentes le reconociesen como á niño mimado de las Musas. Y, no obstante, su composición *Cádiz* no está exenta de lunares, por aquello, sin duda, de que no habrá obra humana perfecta. El verso

«Que ofusca el irritado pensamiento»

no es propio, ni acaso perfecto; y aunque no es para notarse en primer término este defecto, ya clavarán el diente en esta composición los críticos chillones, que no tienen otro oficio que mortificar á sus devotos desde las columnas de las revistas semanales, que han ganado, como por asalto y desde tiempo inmemorial, en España.

Pero no anticipemos juicios de crítica. Aun no conocemos á Gazul ni como hijo, ni como esposo, ni como padre. Le daremos á conocer antes que la crítica de su libro,

por más que de la biografía de Gazul resulte forzosamente algo de crítica á sus propios versos.

* * *

No pueden negarse al poeta extremeño cualidades de buen hijo, de buen esposo y de buen padre. En su libro deja rastros de estas tres afirmaciones, en versos muy aceptables. Los de *Mi casita blanca*, dedicados al sepulcro de su madre (junto al que reclama su propia tumba), son excelentes, como, por ejemplo, éstos que anotamos al acaso:

.....
 «Como la nieve que del monte arranca
 El fiero vendaval, que torvo zumba,
 Así la tumba es blanca;
 Pero más que la nieve es fría la tumba,
 —Que no hay frío que el alma más taladre
 Que el hielo de la tumba de una madre,—
 Y en medio de las fosas
 Que acá y allá se encuentran esparcidas,
 Formando ondulaciones parecidas
 Á las ondas del mar tempestuosas,
 Se asemeja el sepulcro blanqueado
 Á un cisne entre las ondas reclinado.»

.....
 «En esa estancia sombría,
 Donde el pavor sólo zumba
 Siempre en torno de esa tumba
 Para el alma tan vacía,
 Mi ferviente idolatría
 Vaga cual nube sin brillo,
 Mientras temblando me humillo
 Ante el muro blanqueado
 Donde el artista ha grabado
 Este epitafio sencillo:

»Aquí detrás de esta losa,
 »Valladar de la otra vida,
 »Está mi madre dormida
 »En el fondo de la fosa.
 »Aquí su cuerpo reposa;
 »Su espíritu huyó de aquí,
 »Y dejando tras de sí
 »Blanca estela luminosa,
 »Cruzó la esfera anchurosa,

»Subió al cielo y está allí.»

«Tal vez un ángel al dar
Sepulcro á mi desventura,
Al guardar la sepultura
Donde anhelo descansar,
Conseguirá descifrar
El misterio de mi anhelo,
Y hollando el movable suelo
Do nuestros cuerpos se exhiben,
—Aquí yacen, y allí viven,—
Diga señalando al cielo.»

Estos versos, después de no ser malos, denotan al buen hijo, que siente inextinguible cariño por la autora de sus días. La *oda* titulada *Á mi Padre* es una larga queja que el autor exhala, agujoneado por sus remordimientos, por haberse separado en sus primeros años del que le dió el sér, y él mismo se apostrofa con el epíteto de «hijo ingrato.» Esta parte de la *oda* es altamente sentimental. Dice así:

«¡Dichosa edad la de la edad primera!
Al pensar en sus horas de ventura,
Cruel remordimiento se apodera
De mi sér, que agoniza en la amargura;
Surge como fantasma del olvido
Tu recuerdo querido,
Arrojándome en cara la alegría
Que, al dejarte, sentía
Por el mundo insensato,
Y cruza por mis sienas esta idea:
«Maldito siempre sea,
»Maldito, veces mil, el hijo ingrato.»

Termina con estos valientes versos:

«En tu frente surcada
De arrugas, donde impávida flamea
La llama sacrosanta de la idea,
Leeré la historia de tu vida honrada.
Y mientras que mi mente se recrea
En admirar tus canas oscilantes,
Haré de tus pupilas todo un ara
Donde aprendan las mías anhelantes
Á mirar á los cielos cara á cara.

Pero en tanto mi espíritu no acierta
 Á comprender su anhelo realizado,
 Me grita el corazón:—¡Alma, despierta!...
 Alza del polvo donde vives muerta...
 ¡Gracias, padre del alma, me has salvado!»

Gazul es casado. Á su propia patria, á Extremadura, fué á encontrar la compañera de sus días.

Allá entre Llerena y Fregenal de la Sierra hubo en la antigüedad un pueblo conocido por *Contributa-Julixæ*, rodeado de restos ciclópeos que han respetado las injurias del tiempo. Los romanos tuvieron aquí una ciudad espléndida, á juzgar por lo que de sus tiempos encontraron el arqueólogo y el erudito. Nosotros desde el siglo XIII no conocemos de todo ello más que una modesta villa que se denomina Fuente de Cantos, donde han nacido, entre otros, el inmortal pintor Francisco Zurbarán y Márquez, y más tarde el Ilmo. Sr. D. José Casquete de Prado y Bortello, prior de San Marcos de León y obispo de Sésamo.

En esta alegre villa—semi extremeña, semi andaluza—halló Gazul á la joven Carmen Solana, que como él cultivaba las letras y como él también hacía versos (1). Cómo ambos se conocieron y se amaron no es propio de este lugar; pero el hecho fué que se unieron en indisoluble lazo, y de esta unión recogieron los amorosos consortes su apetecido fruto.

EL LIBRO GRIS contiene datos bastantes para afirmar que Arturo y Carmen, apesar del tiempo que llevan unidos por lazo indisoluble, gozan aún del amor primero, aunque más cariñoso é intenso que antes, porque el amor de los esposos no participa del fuego abrasador y pasional de dos enamorados; pero es más profundo, más casto, más santo que éste. En la primera página de EL LIBRO GRIS

(1) El que desee datos de esta escritora, puede consultar mi libro *Diccionario histórico, biográfico, crítico y bibliográfico de autores, artistas y extremeños ilustres*, tom. II, págs. 378-80 (Madrid, 1888. Imp. de Álvarez, hermanos).

aparece el nombre de *Carmen*, para contarle cómo las dudas y el vacío rodearon al poeta en sus años juveniles, y cómo también ella fué el bálsamo que le devolvía paz y ventura. Hélo aquí referido por el poeta:

.

*En mis noches eternas de agonía,
 Cuando mi sér bebía
 Del cansancio moral todo el beleño,
 Mi espíritu del cuerpo se alejaba,
 Y volaba, volaba,
 Por la región ignota del ensueño.
 »Y allá entre los záfiros y topacios
 Que forman los espacios,
 Limitando del hombre la mirada,
 Bajo el regio dosel de blanca nube
 Admiré en un querube
 La imagen celestial por mí soñada.
 »Débil murmullo en armonioso giro,
 Formado de un suspiro,
 Acarició mi mente soñadora;
 Y á tí, mujer, que lloras con tu lira,
 Admiré como admira
 El humano mortal al Dios que adora.
 »Yo soy el trovador, el bardo errante
 Que cruza vacilante
 Del ancho mundo la desierta vía;
 Tú eres el ideal que en lontananza
 Realiza la esperanza
 Que en sus sueños forjó mi fantasía.

.

El primer fruto que logró este feliz matrimonio fué un suceso literario en la comarca, porque el padre y sus amigos de una parte, y la madre y sus amigas de otra, diéronse á escribir epístolas, participando los unos, y celebrando los otros, el suceso. Estos coloquios de familia, que pocas veces salen de la puerta de la casa, son testimonio elocuente de que ambos poetas han encontrado, uno en otro, al sér que buscaban en sus juveniles años. En la página 251 de este volumen aparece una ingeniosa composición bajo el título de *Circular*. Fué efectivamente

la que impresa circuló Gazul entre sus parientes, amigos y conocidos, participándoles que era padre.

Aquel niño, que naciera poniendo en gran aprieto la musa de sus padres y la de sus amigos (los que fuesen poetas), debió morir, pues en el mismo tomo, á continuación casi de la *Circular*, aparece otra poesía titulada *¡Pobre hijo mío!*, que es la expresión triste y dolorosa de un padre que ve á su hijo querido escaparse de esta vida, aprisionado ya por las garras de la muerte. Tomaremos algunas estrofas de esta preciosa poesía:

«¡Oh muerte! Á tí me dirijo
Hecho un nudo en la garganta:
Detén un paso tu planta,
Que voy á hablar á mi hijo.
»Quiero que antes de espirar
Escuche mi voz doliente;
Quiero grabar en su frente
El grito de mi pesar.

• • • • •
«¡Pobre hijo mío! Tu mal
Decoloró tus mejillas,
Como tiernas florecillas
Que deshoja el vendaval.

»Tus labios antes tan rojos,
Tu cabecita hechicera,
Tus blancas manos de cera,
Tus sonrisas y tus ojos,

«¡Todo al cabo morirá!
¡Siempre pasa lo que halaga,
Como una luz que se apaga,
Como un astro que se va!

»Se acerca tu última hora;
Mueres sin haber vivido;
¡Tenue vapor desprendido,
Que al subir al cielo llora!

• • • • •
»Ayer placeres, anhelos,
Y en ellos me parecían
Que los cielos se entreabrían
Y bajabas de los cielos.

»Hoy en los ojos el llanto,
En la cuna un inocente,
Y en mi cerebro candente,
Temor, duda, sombra, espanto.

«Y mañana la traidora
Impresión de tu agonía,
Y ver tu cuna vacía,
¡Y ver tu madre que llora!»

Pocas veces un poeta ha descrito estos dolores, que le son tan profundos, con la naturalidad y el sentimiento verdaderamente espontáneo, como Gazul lo hace en esta preciosa poesía, donde padre y poeta se unen para despedir al hijo que le roba la muerte.

Él, médico, acostumbrado á sorprender la muerte alojada en un cuerpo que aun vive; él, que sabe lo que se para del sér al no sér, y poeta de sentimientos, que sabe amar y todo es cariño para con los seres que le rodean, la muerte de su primer hijo debió serle de un peso aterrador, porque como poeta, más que como médico, su organismo es de sensibilidad exquisita.

¿Puede por esto en él anteponerse el poeta al médico, como ocurre á mi querido Javier Santero? ¿Debe, por el contrario, el médico subordinarse al poeta? No es fácil responder, hoy por hoy, á estas dudas. Acaso, tiempo andando, las mismas obras de Gazul esclarezcan este punto, pues como él es joven y sus trabajos son poco conocidos fuera de Andalucía, á manera que los colecciona y publica, la opinión se hará forzosamente sobre sus obras, y la propia crítica de esa masa común que se llama vulgo (y sabe más que los críticos atildados), señalará al poeta y al médico el puesto que dentro de su propia naturaleza debe ocupar en la esfera de la vida. En tanto, á nosotros no nos es dado anticiparnos, y contrayéndonos á EL LIBRO GRIS, para el que escribimos estos mal trazados renglones, no tanto por la notoriedad que tengamos de crítico, como por el cariño que nos profesa el poeta de Villagarcía; contrayéndonos, pues, á este libro, habremos de decir algo «y aun algos» sobre los versos que en él se guardan; tarea poco grata, al par que penosa, porque la críti-

ca necesita de lo que más nosotros carecemos: *del tiempo y del reposo para poder juzgar.*

* * *

Bajo diferente aspecto puede estudiarse al poeta Gazul. No hemos de descender á detalles minuciosos de la forma en sus poesías, sino al pensamiento común de todas ellas, y así tendremos más acabada idea del poeta, y un conocimiento más cabal de su inspiración.

El amor que expresa cantando á su Patria es sencillo, natural y verdadero. En sus *Recuerdos de la aldea* hace pintura fiel de lo que es el suelo extremeño, en versos tan bellos como éstos:

«En un oculto valle de Extremadura,
Olvidada y dichosa, tranquila y pura,
Entre olivares,
Se levanta una aldea, la de Pallares.
»Son sus casas encanto de los sentidos,
Pequeñitas y bellas, como los nidos
Que en los zarzales
Cuelgan las tortolillas y los pardales.
»Alegre y sonriente, pobre y bendita,
Se levanta en el centro la santa ermita;
Parece, al verla,
Entre copos de nieve, nevada perla.
»Es su hermosa campiña rica guirnalda,
Que viste los colores de la esmeralda;
Y los rosales
Crecen á las orillas de los breñales.
»Nacen las madre-selvas en los vallados,
Las rojas amapolas en los sembrados;
Y trepadoras
Suben por las encinas las zarza-moras.
»Entre las verdes mallas de una alameda,
Donde duerme y suspira el aura leda,
Los ruiñeños
Cantan, lloran y ríen trovas y amores.»

.

En esta descripción no está el poeta más bajo que Grilo cantando á *Las ermitas de Córdoba*. Acaso tenga estrofas mejores que éste. Al menos el pensamiento que domina en toda su composición es más hondo que el que

informa la poesía del vate cordobés. Todavía luce más Gazul sus facultades en la descriptiva cuando quiere, como en *El castillo de mi pueblo*, darnos idea de su sentimiento patrio y del amor que siente por el pueblo en que él naciera. Preciso nos será, para tocarlo de más cerca, acotar aquí algunas de sus estrofas, como, por ejemplo, las siguientes:

«Está el viejo castillo
 Alto, muy alto;
 Con sus rotas almenas
 Hiende el espacio,
 Y allá en las nubes
 Un gigante parece
 Que al cielo sube.
 »Por la falda del monte
 Que lo sustenta,
 Y oculto por las zarzas
 Y la maleza,
 Hay un sendero
 Pendiente, tortuoso,
 Largo y estrecho.
 »Es de Octubre la tarde
 En que las hojas
 De los árboles caen
 Y al caer lloran.
 Tarde tranquila;
 Pero triste... tan triste
 ¡Como la vida!
 »Las luces de la tarde
 Se desvanecen
 En el puro horizonte
 Que se ennegrece;
 Y en la llanura
 Proyectan del castillo
 Densa penumbra.

 »Del muro derruido
 Las anchas grietas,
 Imitan de algún monstruo
 Las fúuces secas;
 Y entrelazados,
 Crecen allá en su fondo
 Los jaramagos.
 »Las gallardas almenas,
 Que en otro tiempo

Escalaban las nubes,
Bordan el suelo;
Y los sillares
De granítica roca
El musgo invade.
» Escombros, chapiteles,
Rotas arcadas,
Aristas, arquiteles,
Fustes y estatuas,
Son los vestigios
Que sirven de epitafio
Á todo un siglo.
» Acá y allá se elevan
Y se entrelazan,
Las polvorientas flores,
Las secas plantas.
Contraste extraño,
Que á las ruinas envuelve
Como un sudario.»

Estos bellos versos nos recuerdan á los de Zorrilla. Son dulces y sencillos como los que el viejo vate vallisoletano dedica á Granada, y tienen tal sabor á originalidad, que no se cansa uno en repetirlos. Aunque la poesía descriptiva no es la que más agrada á los poetas *al uso*, ni á los literatos sociológicos que se inspiran para sus obras en esos cuadros terroríficos que acaban en trágicas escenas, que llevan el terror y espanto á las almas más varoniles, siempre causará encantos á los que ponen al arte sirviendo á las bellezas de la Naturaleza, y á los recuerdos de lo pasado, y aun á ambas cosas juntas, que todo puede asociarlo un buen poeta. Victor Hugo, por ejemplo, nos demuestra esta verdad. En sus mejores poesías canta las bellezas que rodean al poeta en el campo; describe el castillo feudal como el mejor arquitecto del siglo XVI; y al mar, á la rusticidad de los montes, á la dulzura del arroyuelo, al apacible valle, le hace objeto de sus inspiraciones, sacando de todo ello enseñanza útil para todos. Así solamente se puede ser poeta.

La *oda* que Gazul dedica á Extremadura es obra

muy superior y de una estructura perfecta en su género.
Hé aquí algunos de sus versos:

«Oh mi Patria inmortal, Patria querida,
Que oculta entre las sombras de la historia,
Te encuentras sumergida
En el letal beleño de tu gloria,
Que pasó como nube transitoria!
Yo, que siento el espíritu fecundo
Palpitar en tu seno adormecido
Por el ingrato olvido
Que en el concierto universal del mundo
El mundo te ha tenido;
Yo, que soy de tu seno
Un átomo no más, quiero anhelante
Alzar mi voz hasta tu egregia altura,
Y un canto preludiv; canto gigante,
Que, de entusiasmo lleno,
Vibrase en tu conciencia como el trueno
En los hondos abismos del Atlante.

«Ante la Europa entera, aun eres grande
Por el genio fecundo de tus hijos,
Cuyos nombres serán eternamente
El orgullo del viejo continente.

«¿Pues qué, las mudas sombras
Del gran Hernán Cortés y de Pizarro,
Que hicieron de otro mundo anchas alfombras,
Para llevar invicto el patrio carro
Por soberbias regiones ignoradas,
No están con su silencio pregonando
Tu pasado esplendor y conquistando
Para tu sien sus glorias alcanzadas?
¿Quién no recuerda al recorrer tus campos,
Que el ceniciento fósforo colora,
Los huesos calcinados de tus héroes,
Que al francés entregaron su existencia
En lucha desigual y asoladora
Antes que mancillar tu independencia?
En tus frondas, que gimen suspirantes
Al choque de las brisas inconstantes,
Aun se escuchan las dulces melodías
De Meléndez Valdés, cuyos idilios
Envidiaran Homeros y Virgilio
Si aquilatar pudieran sus poesías.
Aquí entre los vergeles de tu suelo
Nació el gran Zurbarán, y sus pinceles
Rindieron á tus pies los mil laureles

Que su paleta arrebató del cielo.
 Aun resuenan de España en la tribuna
 Los ecos de la voz vibrante y clara
 De Donoso Cortés, que con su acento
 La fe ya vacilante despertara,
 Conteniendo la duda en el momento
 Que el siglo enciclopédico triunfara.

.....
 «Tú, mi Patria querida, que eres madre
 De esos astros humanos que fulguran
 En los cielos del Orbe; tú, que sellas
 Tu inmenso poderío
 Con raudales de fulgidas estrellas,
 Que alumbran más que esotras del vacío;
 Tú, que en tu seno guardas los grandiosos
 Gérmenes del talento y la fortuna,
 Que hacen desde la cuna
 A los pueblos felices y dichosos,
 ¿Has de vivir oculta é ignorada,
 Tú, que debieras ser siempre admirada?
 ¡Ah! nó; jamás á la sombría noche
 Dejó de suceder la clara aurora;
 El tiempo es como lava,
 Que hasta el hondo pesar fiero devora,
 Y si hoy vives dormida siendo esclava,
 Mañana al despertar serás señora.»

.....

Quien así habla, quien así siente, pudo muy bien ser un Quintana, á haber nacido, como éste, en el fragor de la lucha de nuestra gloriosa Independencia patria. Gazul es un poeta vigoroso y enérgico cuando canta á su Patria ó sostiene al débil en defensa de las injusticias sociales ó de las tiranías del más fuerte.

* * *

También es tierno y dulce, como el canto de una ave-cilla, cuando canta á las flores y á los niños. Su poesia *Las flores del cielo* (historia de un niño) no puede ser más sentimental. Hé aquí cómo refiere el poeta esta historia, que es la vida de un ángel:

«Su historia fué breve,
 Breve como un beso;
 Y triste, muy triste,

¡Como son mis sueños!
 ¿Queréis escucharla?
 Oídme un momento:
 Pues, señor, que esta era una madre
 Y un hijo muy bello.
 »Aquel niño hermoso
 Miró al firmamento,
 Y al ver las estrellas
 Brillar á lo lejos,
 —Mamá,—preguntaba,—
 Mamá, ¿qué es aquello?—
 Y la madre decía:—Hijo mío,
Las flores del cielo.
 »Pasó más de un año;
 Cayó el niño enfermo,
 Y al ver á su madre
 Llorar en silencio,
 —No llores,—le dijo,—
 ¡Si yo no me muero!
 Es que voy á subir, como un ángel,
Por flores al cielo.
 »Apenas la noche
 Vistióse de negro,
 El alma del niño
 Subió hasta el Eterno.
 De entonces la madre
 ¡Ay! vive... ¡muriendo!
 ¡Con sus lágrimas forman rocío
Las flores del cielo!

Otra poesía que lleva por epígrafe *¡Qué madre, qué niña!* es aun más sentimental. Por estas dos primeras estrofas podrá juzgar el lector:

«La niña dormía
 Oculta en el lecho;
 La madre velaba
 Aquel dulce sueño;
 Y una luz dudosa
 Pendiente del techo
 La estancia llenaba
 De paz y misterio.
 »Cruzados los brazos
 Delante del pecho,
 Oculto en las sombras
 Y breve el aliento,
 Del santo recinto

De aquel aposento
 Detuve á la puerta
 Mis pasos inciertos.»

Esto es más delicado y sentimental que las mejores baladas de Campoamor. Es preciso remontarse á nuestro antiguo Parnaso y consultar las églogas ó los romances pastoriles para encontrar versos más dulces y á la vez más profundos que los anteriores. Meléndez Valdés los tiene de este género, que también cultivó el P. Rigueros (1). La poesía de éste *Á la niña amortajada* no reúne las formas tan dulces que le da en las suyas Gazul, ni ese espíritu de melancólica tristeza que resulta en las dos del vate de Villagarcía. Otras tiene éste en EL LIBRO GRIS, que por su profundidad y finalidad filosófica son dignas de elogio. Por ejemplo, la que lleva por epigrafe *Brumas*, que tiene pensamientos como los siguientes:

*. Sin amor la vida
 No es vida, es infortunio:
 El amor es el alma que reanima
 El hielo del cadáver insepulto.
 »Yo he visto un fuego santo
 Surgir de los sepulcros,
 Y agitarse ondulando, y desprenderse
 Del mortal que en su seno lo retuvo.
 »¿Qué importa, pues, la muerte
 Á nuestro amor profundo,
 Si hasta del fondo mismo de las tumbas
 Surgirían al fin mi amor y el tuyo?»

* * *

Hemos citado más arriba á Campoamor, cuyas *Doloras* formarán época en estos tiempos para la literatura española. Pues estudiando EL LIBRO GRIS encontraremos pensamientos tan bien versificados como los de Cam-

(1) Otro famoso escritor y poeta extremeño llamado Vicente Cecilio Rigueros y Sánchez, mayormente conocido por el P. Rigueros, y también por *El loco de Extremadura*. (Véase su biografía en nuestro *Diccionario*, al tomo II, págs. 272 á 278.)

poamor, y acaso algunos de ellos más superiores á los del poeta asturiano. *El Juramento, Mi luz, En un trozo de mármol, Adiós, En el hospital, Sarcasmo, Tu alma... y la mía y Dolora* ponemos por ejemplo de esta afirmación, que algunos encontrarán acaso apasionada. Por sus cortas dimensiones reproduciremos aquí dos solamente de estas poesías, que son *En el hospital, y Adiós*. Hélas aquí:

Sus lágrimas enjuagué,
La pobre estaba espirando,
Y nadie, nadie velando
Junto á su lecho encontré.
Mas el ángel de la fe
Así nos dijo á los dos:
—Para aquel que marcha en pos
De la virtud más ardiente,
Hay un paso solamente
Desde la tumba hasta Dios.»

«Mañana, cuando oculte en el Ocaso
Su roja frente el encendido sol,
De mí te alejarás, como del lago
La nube de vapor.
Y yo, como la linfa transparente
Que enturbia el cieno y riza el aquilón,
Envuelto en el sudario de la noche
Diré temblando:—¡Adiós!»

¿No parecen estos versos propios del infortunado Gustavo A. Bécquer, aquel continuador del alemán E. Heine, y á quien tan injustamente le hacen algunos su plagiarío? El tono general de las poesías de Gazul son melancólicas, con cierto tinte de tristeza, propio sólo en los vates alemanes, que, desde las orillas del Rhin, han cantado al amor y al realismo de la vida y de las pasiones humanas. Por eso precisamente lleva el nombre este tomo de *EL LIBRO GRIS*; porque lo gris parece el color de la tristeza. Grises son los nebulosos días del frío invierno; gris es la tarde que muere; gris el color de las nubes; grises son las brumas del mar, las aguas del Rhin, la palidez de la luna en las noches de otoño; gris es el matiz de los sudarios; gris

la substancia que sirve de organismo al alma en nuestro cerebro, ó *que produce* el alma, como quieren los fisiólogos; gris el humo que se evapora en los espacios. El color gris se forma de la mezcla del blanco (que es la alegría) con el negro (que es la tristeza) ó con el azul (que son los celos). De esta mezcla resulta un tinte melancólico, que los pintores emplean para los tonos tristes. *Liga-gris* es la parte más occidental de Suiza, que comprende el país de los *Grisones*. Su nombre le viene porque está por todas partes rodeada de altas montañas y el sol alumbra en sus valles y en sus montes con reflejos pálidos, dando una luz *gris*, que ni es de fuego como en el Mediodía, ni es blanca como en la Siberia. Acaso de esta mezcla entre lo alegre y lo triste nazcan las dudas que se observan en las poesías de Gazul, que ni es deísta, en el rigor de la palabra, ni pan-teísta. Sin embargo, en su poesía *Mi realismo* apunta algo, como confesión, de su creencia filosófica cuando, dirigiéndose al Realismo, dice:

«¿Eres visión ó realidad? En vano
Lo pretende saber mi fantasía;
Te niega mi razón, y el alma mía
Rasga el tupido velo de tu arcano
Con los dedos de amor de la poesía.
»Si es ilusión cuanto la mente crea,
Hija serás de mi pérdida calma;
Mas tu sér en mi espíritu aletea...
Y te siento vivir dentro del alma;
¡Qué mayor realidad mi amor desca!»

Otra prueba: en sus poesías religiosas no habla el creyente. El lector puede repasar con cuidado *Sor Teresa*, *A una profesora*, *Mandándole un devocionario*, y algunas otras composiciones de carácter más ó menos religioso, y verá con nosotros que Gazul, al sumo, no es más que deísta. Su preciosa poesía *El Misionero*, la mejor que guarda acaso en su libro, tiene una finalidad más bien humana que divina, pues ensalza la misión civilizadora del apóstol entre los salvajes; hace la apoteosis del bien,

y se sustrae á toda manifestación religiosa que en la especulacion de escuela ó de secta ha pregonado por lo común la mayoría de los que escriben de estas cosas con notorio desconocimiento de la verdad.

* * *

Otros puntos conviene esclarecer en EL LIBRO GRIS, para conocimiento de las ideas culminantes del autor. Las poesías *Á Colón*, *Á D. Adelardo López de Ayala*, *Al profesor D. Alejandro San Martín*, *Á D. Alfonso Moreno y Espinosa*, *Al Doctor Tejada y España* y *Á Patrocinio de Biedma* enseñan cuánto estima Gazul el talento, y que para él un sabio es un Dios. Las quintillas á Colón son notables, acaso mejores que las otras á López de Ayala. Pero la *oda* dedicada á la memoria de Moreno Nieto, titulada *La vida del genio*, como su otra composición *El drama de una noche* (narración contemporánea), son obras acabadas, que pueden presentarse de modelos á los que cultivan las letras. Esta última composición, sobre todo, tiene una finalidad social de alto vuelo.

Siempre hemos creído que el poeta es algo más que un coplero que pasa el tiempo cantando á los pájaros y á las flores, ó á las trivialidades de esta ó la otra aventura de amor. El poeta es un mesianista que va delante de todos los que corren pregonando á un lado y á otro las reformas; diciendo á los que sufren «levántate á luchar,» y anunciando á los opresores su fin inmediato, para liberar los cuerpos, igualar las conciencias y pregonar la igualdad allí donde haya castas, y privilegios, y tiranos, y opresos, y creyentes, y quien dude; y como su misión es ser el heraldo del pueblo, no puede dormirse al lado del palacio del señor sin agitar antes las iras del que sufre, sin conjurar antes las almas de los perseguidos, sin que el triunfo de la libertad haya coronado todos sus ideales. La democracia, el gobierno popular que restablece los poderes de todos para todos y borra todo principio de au-

toridad impuesta; la democracia, que ha redimido á los pueblos dignificando al hombre, tiene nombre de poeta. El mismo Gazul la retrata diciendo:

«Es ella la esperanza mayor del pueblo hebreo,
Que huyendo del tirano un mar deja tras sí;
Es ella aquella aurora, que en raudos centelleo
Con rayos del Eterno atruena el Sinaí.

»Es ella la fe ardiente del pueblo legendario
Que en alas de la idea de Cristo marcha en pos;
Es ella la ortodoxia, que fija en el Calvario,
Con sangre de los cielos esculpe el mismo Dios.

»Miradla, allá en Atenas, alzar en el tranquilo
Concierto de las artes su espléndido pavés;
Miradla luégo en Roma, llevada por Camilo,
Al Brenno del *¡Ve Victis!* hollando con sus pies.

»Miradla entre las ondas que ciñen á Venecia,
Surgir cual soñadora, fantástica deidad,
Y allá en el Capitolio, llorando por Lucrecia,
Dar muerte á los tiranos y á Roma libertad.

»Su cetro no es la ruda cadena que entre sombras
Arrastra el que agoniza en vil esclavitud;
Que es faro luminoso, que tiene por alfombra
Alcázares de sabios y tronos de virtud.

»Penetra en las entrañas de reyes y naciones
Al férvido oleaje del aura liberal,
Y al choque de su aliento las más altas regiones
Son tumbas de monarcas y de ella pedestal.

»Allá en las cien regiones del nuevo Continente
Se erige en soberana, deifica su poder,
Y rompe las cadenas, y trueca el estridente
Gemido del esclavo en grito de placer.»

Para esto se debe ser poeta, sin temor á las murmuraciones de los necios. Como hemos dicho en otro libro (1), estos siglos prosáicos no son, como pudiera creerse, los más funestos al arte; ellos, al contrario, engrandecen al poeta, poniéndole á prueba y obligándole á proteger las cuerdas de su lira contra el choque de los intereses materiales. Cuanto más prosa haya colectivamente en los espíritus, más poesía puede haber en algunas ca-

(1) *Diccionario de Extremeños Ilustres*, tomo I, pág. 154.

bezas. Porque la prosa domine hasta el punto de invadir el lugar de la poesía; porque los versos no estén en boga; porque la armonía no haya hecho alianza con los discursos, ¿se ha de deducir que no puede haber poetas? Este es un error grave.

La poesía, decía Pirrón, es un ministerio, un sacerdocio, un destino social y casi divino que no puede dejar de ejercerse con más ó menos fortuna, con más ó menos fe y entusiasmo. Cantar las maravillas de la creación; expresar las afecciones nobles y generosas, los sentimientos virtuosos, los hechos heróicos; solemnizar las altas revelaciones del culto; no olvidar que la lira es un cetro pesado que es preciso llevar por deber, y el trípode un altar al que es necesario subir por sacrificio; hacer resonar en las edades esa voz solemne de Dios, de la cual son depositarios los labios del poeta; ser el eco de todas las doctrinas de vida y revelación del porvenir: tal es la alta misión del arte.

Así el poeta pasa sobre todas las especulaciones del positivismo y vuela por el espacio, burlándose de todas las tiranías. Porque, ¿qué es el poeta si nó? Víctor Hugo lo define admirablemente y marca su misión en la humanidad. Él dice que apasionarse por lo bueno, por lo verdadero, por lo justo; sufrir con los que sufren; sentir en el alma los golpes que dan los verdugos sobre la carne humana; ser flagelado en el Cristo y azotado en el negro, asegurarse y suspirar; escalar, titán, esa cima feroz en que Pedro y César hacen fraternizar sus hachas, *gladium, gladio copulemos*; amontonar en esa extensión el ideal sobre el real; hacer una vasta repartición de esperanza; aprovecharse de la ubicuidad de un libro para estar en todas partes con el pensamiento á la vez de llevar el consuelo; impulsar en montón hombres, mujeres y niños, blancos, negros, pueblos, verdugos, tiranos, víctimas, impostores, ignorantes, proletarios, siervos, esclavos, señores, hacia lo porvenir, principio para los unos, libertad para los otros;

ir, despertar, apresurar, marchar, correr, pensar, querer, enhorabuena, esto es bueno y esto solo vale la pena de ser poeta.

* * *

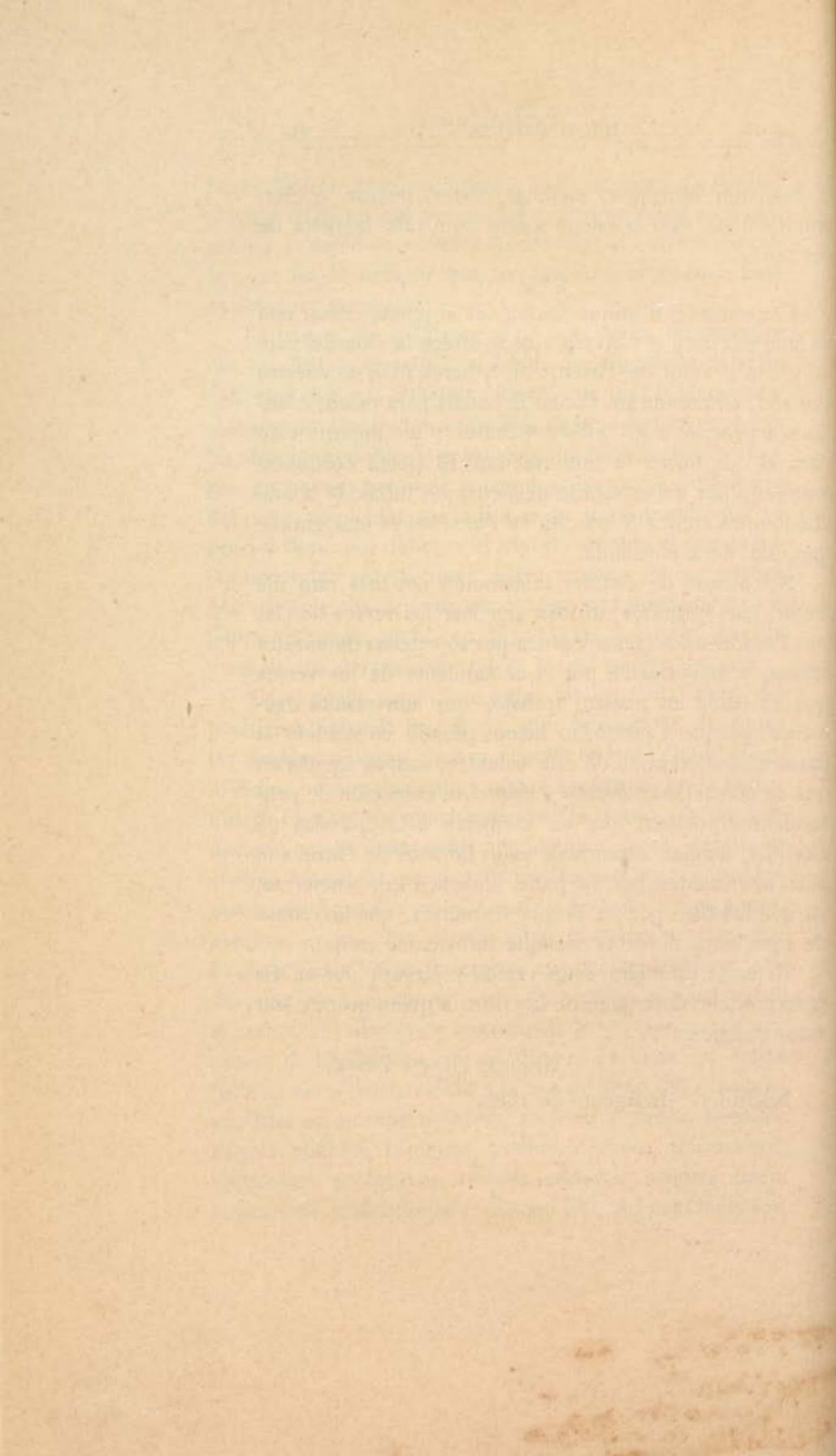
Consúltese á sí propio Gazul; vea si puede cruzar con su laud por todo el Calvario que le ofrece la vida del poeta, y con el valor de Tirteo, con la heroicidad de nuestro Lucano, emprenda sin vacilar la batalla para morir, cuando sea preciso, á los pies del tirano. ¿Qué importa esto para el que busca la inmortalidad? El poeta cordobés, muriendo por haber sabido despertar las furias de la muchedumbre contra Nerón, en su *Farsalia*, es más grande que esta fiera coronada.

No hemos de distraer la atención por más rato del lector, que juzgamos ansioso por leer los versos de Gazul. Perdónennos lector y poeta por lo extensa de nuestra crítica, y mayormente por el acotamiento de los versos que hacemos en nuestro trabajo, que aun resulta deficiente, porque á propósito hemos pasado en silencio la parte más interesante de este volumen, cual es aquella en que se coleccionan *Bocetos y Manchas*, colección de pensamientos poéticos que se asemejan á las poesías de Bécquer, aunque algunos de estos bocetos de Gazul son más interesantes por la parte filosófica que encierran, ya que también por su propia estructura, que las rimas de aquel para nosotros siempre inolvidable amigo.

El lector estudiará estos versos y juzgará por sí. Es justo también dejar algo de la crítica á quien gustare leer estos trabajos.

NICOLÁS DÍAZ Y PÉREZ.

Madrid 1.º de Agosto de 1888.



Á Carmen.

INTRODUCCIÓN.

Como el ave perdida en la espesura
Lanza al viento sus débiles congojas,
Así mi corazón triste murmura
Oculto entre estas hojas.

I

So soy el trovador, el bardo errante
Que cruza vacilante
Del ancho mundo la desierta vía,
Buscando en la cerúlea lontananza
La virgen esperanza
Que en sus sueños forjó mi fantasía.

II

¡Siempre la soledad en torno mío!
Viviendo en el vacío
Pasé mi juventud; la edad florida
Huyó de mi cansado pensamiento,
Como en alas del viento
El hálito final de un alma herida.

III

Ilusiones sin nombre, devaneos,
Amores y deseos

Mi mente alucinaron de tal modo,
Que al fin de mi jornada, ya cansado,
Descubro en el pasado
Mucho amor.... mucho olvido.... mucho lodo....

IV

Lanzado en el fragor de las pasiones,
De extrañas ambiciones
Poblóse mi entusiasta fantasía;
Y anhelando tesoros de ternura,
Hallé una sepultura
En cada corazón que conocía.

V

Nuevo Colón, mi espíritu errabundo
Buscaba todo un mundo
En el árido abismo de un desierto:
Y hallé, para consuelo de mis penas,
Sólo muertas arenas
Flotando en un espacio mudo y yerto.

VI

¡Cuántos despojos de mi amor, Dios mío,
Están en el vacío
Que abrieron los hipócritas desvelos!
Allí reposan en mortal desmayo,
Como el candente rayo
En los negros girones de los cielos.

VII

Pulsé la lira; mi vibrante acento
Fué el eco de un lamento
Lanzado por mi alma lacerada
Á impulsos del pesar y de la duda;
Después mi lira muda,
Cansada de llorar, quedó callada.

VIII

En mis noches eternas de agonía,
Cuando mi sér bebía
Del cansancio moral todo el beleño,
Mi espíritu del cuerpo se alejaba,
Y volaba, volaba,
Por la región ignota del ensueño.

IX

Y allá entre los zafiros y topacios
Que forman los espacios,
Limitando del hombre la mirada,
Bajo el regio dosel de blanca nube
Admiré en un querube
La imagen celestial por mí soñada.

X

Débil murmullo en armonioso giro,
Formado de un suspiro,
Acarició mi mente soñadora;
Y á tí, mujer, que lloras con tu lira,
Admiré como admira

El humano mortal al Dios que adora.

XI

Yo soy el trovador, el bardo errante
Que cruza vacilante
Del ancho mundo la desierta vía;
Tú eres el ideal que en lontananza
Realiza la esperanza
Que en sus sueños forjó mi fantasía.

XII

Y te quiero cantar, aunque mi acento
Ondule con el viento
Que crece vagaroso y se dilata
Por la inmensa extensión del infinito,
Como apagado grito
De soñolienta y ronca catarata.

XIII

Tal vez, cuando los ecos del sonido
Acaricien tu oído
Robando la quietud á tu honda calma,
Modulen en lugar de extraños giros
Los eternos suspiros
Que brotan por tu alma de mi alma.

XV

Y al llegar hasta tí como la brisa
Buscando la sonrisa
Que en tus labios imprime la ternura,

Te diga en su lenguaje misterioso:

 Mi cariño grandioso

Á tí que eres mi amor, y eres tan pura.

Á Extremadura.

¡Oh mi Patria inmortal, Patria querida,
Que oculta entre las sombras de la historia
Te encuentras sumergida
En el letal beleño de tu gloria,
Que pasó como nube transitoria!
Yo, que siento el espíritu fecundo
Palpitar en tu seno adormecido
Por el ingrato olvido
Que en el concierto universal del mundo
El mundo te ha tenido;
Yo, que soy de tu seno
Un átomo no más, quiero anhelante
Alzar mi voz hasta tu egregia altura,
Y un canto preludiar; canto gigante,
Que, de entusiasmo lleno,
Vibrase en tu conciencia como el trueno
En los hondos abismos del Atlante.
Yo quiero despertarte, Patria mía,
De tu eterno dormir, aunque con llanto
Mi pobre fantasía

Tenga que ahogar las notas de mi canto.
Tal vez mi triste voz apenadora
Tu generoso corazón taladre
Más que de mi laúd la voz sonora;
Que cuando el hijo llora
Despierta siempre la amorosa madre.

¡Oh mi Patria inmortal! ¡Oh Patria mía,
Cuna de bendición, nido de amores,
Altar de mi ferviente idolatría,
Generosa mansión de mis mayores;
La que templó mis horas de agonía
Con promesas de amor y auras de flores;
La de fértiles campos de esmeralda,
Que visten anchos valles de verdura,
Virgenes de color y de hermosura;
La de agrestes colinas, que en guirnalda
Convierten los crestones de una sierra,
Mientras doran su falda
Los mil tesoros que en su seno encierra;
La de ríos que corren bullidores,
Llevando entre sus ondas cristalinas
Gnomos, ninfas y flores,
Que viven en las márgenes vecinas
Al arrullo de alados trovadores.
La de hermosas mujeres, que en sus ojos
Ostentan un poema de ternura,
En sus puros sonrojos
Relámpagos de amor y de ventura,
Y en el blando oleaje de su seno,
Que entre espuma de perlas se dilata

Moviéndose con ímpetu sereno,
Un corazón que amando muere y mata...
¿Por qué doblegas la serena frente
Bajo el peso tenaz del desaliento,
¡Oh amada Patria mía!
Y fijas tu mirada indiferente
Como herido mortal ya sin aliento
En el gran porvenir que el mundo ansía?
Vuelve tu vista atrás, contempla ufana
Tu pasada grandeza, tus blasones,
Y rasgando los negros nubarrones
Que oscurecen tu faz, piensa en mañana.
¡Tu pasada grandeza! En las ruinas
De tus rudos castillos señoriales,
Que yacen derrumbados
Como inmensas estatuas sepulcrales
Que trunca el vendaval; en los calados,
En los frisos y arcadas de tus templos,
Que guardan en sus naves colosales
Del gótico cincel los mil primores
Y del árabe genio los colores;
En tus rotas murallas, en tus circos,
Deshechos por el tiempo siempre inculto;
En el viejo cadáver insepulto
De ese mundo anterior que en tí se admira,
Y que en extrañas convulsiones gira
Á hundirse en la región del infinito;
En todas esas moles de granito,
Que fueron pedestal de tu grandeza,
Las pasadas centurias han escrito

Tu poder, tu cultura y tu nobleza.

Ante la Europa entera, aun eres grande
Por el genio fecundo de tus hijos,
Cuyos nombres serán eternamente
El orgullo del viejo continente.

¿Pues qué, las mudas sombras
Del gran Hernán Cortés y de Pizarro,
Que hicieron de otro mundo anchas alfombras
Para llevar invicto el patrio carro
Por soberbias regiones ignoradas,
No están con su silencio pregonando
Tu pasado esplendor y conquistando
Para tu sien sus glorias alcanzadas?

¿Quién no recuerda al recorrer tus campos,
Que el ceniciento fósforo colora,
Los huesos calcinados de tus héroes,
Que al francés entregaron su existencia
En lucha desigual y asoladora
Antes que mancillar tu independencia?
En tus frondas, que gimen suspirantes
Al choque de las brisas inconstantes,
Aun se escuchan las dulces melodías
De Meléndez Valdés, cuyos idilios
Envidiaran Homeros y Virgilio
Si aquilatar pudieran sus poesías.
Aquí entre los vergeles de tu suelo
Nació el gran Zurbarán, y sus pinceles
Rindieron á tus pies los mil laureles
Que su paleta arrebató del cielo.
Aun resuenan de España en la tribuna

Los ecos de la voz vibrante y clara
De Donoso Cortés, que con su acento
La fe ya vacilante despertara
Conteniendo la duda en el momento
Que el siglo enciclopédico triunfara.
Uno solo no más, uno tan sólo
De tus genios ilustres, fué bastante
Para mover con ímpetu gigante
Toda la humanidad de polo á polo.
Su recuerdo se admira cual diamante
Que brilla más que el sol, y sus creaciones
Agitan el volcán de las pasiones
Á impulsos de su numen delirante.
Su palabra inmortal vibrando queda
Fija en el corazón como en granito;
Su genio, como Dios, es infinito;
Su nombre, que es eterno, el de Espronceda.
Y por si no bastaran á su nombre
Esas antorchas del saber humano,
Que fueron pedestal de tu renombre,
Ardientes como el astro soberano
Que ilumina los mundos con su brillo
Sirviéndoles de escala
Su talento inmortal, nace un Montano;
Surge Brabo Murillo,
Irradia fébea luz López de Ayala,
Diviniza el saber Moreno Nieto,
Y como el mar inquieto,
Que levanta sus ondas espumantes,
Resurgen para orgullo de tu historia

De tu seno fecundo, cien gigantes
Que brillantan tus páginas de gloria.
Tú, mi Patria querida, que eres madre
De esos astros humanos que fulguran
En los cielos del Orbe; tú, que sellas
Tu inmenso poderío
Con raudales de fúlgidas estrellas,
Que alumbran más que esotras del vacío;
Tú, que en tu seno guardas los grandiosos
Gérmenes del talento y la fortuna,
Que hacen desde la cuna
Á los pueblos felices y dichosos,
¿Has de vivir oculta é ignorada,
Tú, que debieras ser siempre admirada?
¡Ah! nó; jamás á la sombría noche
Dejó de suceder la clara aurora;
El tiempo es como lava,
Que hasta el hondo pesar fiero devora,
Y si hoy vives dormida siendo esclava,
Mañana al despertar serás señora.
Pronto la luz que al Orbe vivifica
Con sus divinos rayos penetrando
Las tinieblas que entoldan el Oriente
De tu vida, tus párpados tocando
Alejarán el sueño de tu mente,
Mezclándote en luchas gigantes
Que en las altas regiones del progreso
Libran modernamente las ideas
Por romper las cadenas del opreso.
No esa lucha feroz, que ronca estalla

Cubriendo de pavores la conciencia
Y de sangre los campos de batalla;
Sino la santa lucha de la ciencia,
Que teniendo por armas el talento,
Por rival el feroz oscurantismo,
Que se ciega á sí mismo,
Y por campo marcial el pensamiento,
Destruye fácilmente
Las hordas de la estúpida ignorancia,
Y con noble arrogancia
Conduce su estandarte refulgente
De región en región, de gente en gente.

Perdona ¡oh Patria! si mi voz confusa
Convirtió mis palabras en agravios:
Que si es la santa libertad mi musa,
Tuyo es mi corazón, tuyos mis labios.

Sarcasmo

Apenas cuenta las dos
El campanario vecino,
Un pobre junto á un casino
Pide limosna por Dios.
Del placer mundano en pos,
Y en lujoso abrigo envuelto,
Un joven de andar resuelto
Cruza ante él; oye sus penas;
Saca el oro á manos llenas
Y.... se va.... no lleva suelto.

En el Hospital

Sus lágrimas enjugué,
La pobre estaba espirando,
Y, nadie, nadie velando
Junto á su lecho encontré.
Mas el ángel de la fe
Así nos dijo á los dos:
—Para aquel que marcha en pos
De la virtud más ardiente,
Hay un paso solamente
Desde la tumba hasta Dios.

En la primera hoja

DEL ALBUM DE ***

Abri el álbum; desiertas como el Sahara
Contemplé largo tiempo aquellas hojas;
Mudas, como el pudor de tu alma virgen;
Mudas, como mis trovas.

Sentí un vago placer; tuve recuerdos
Impregnados de dicha y de zozobra,
Y tu nombre, aquel nombre tan querido,
Acudió á mi memoria.

Y hacia tí se volvió mi fantasía
Como á la playa la revuelta ola,
Como al cielo elevado y transparente
La nube vaporosa.

Yo ví tus ojos grandes y rasgados
Entreabrir las pestañas tembladoras,

Y brillar tus pupilas, como brilla
La luz entre las sombras.

Yo ví tus rizos oscilando trémulos
A impulsos de la brisa juguetona,
Dormirse estremecidos en el lecho
De tu frente marmórea.

Yo ví tus labios entreabrirse lánguidos
Como la flor al beso de la aurora;
Y te ví sonreír, y en tus mejillas
Un pedazo de gloria.

Esa gloria que sueña la locura,
Que imagina febril la mente ansiosa;
Esa gloria que late y que chispea
Del amor en la copa.

Oí el murmullo leve que se exhala
De la guzla sublime de tu boca,
Y creí que algún ángel, de su arpa
Arrancaba las notas.

Y suspiré el perfume de tu aliento,
Y hasta tu alma bella y candorosa
Creyó ver en el fondo de tus ojos
Mi alma soñadora.

.
¡Era un sueño no más! Sólo tu álbum
Estaba entre mis manos ardorosas.

Y en mi cerebro aislado el pensamiento
Con el pesar á solas.

Por eso en estas páginas de nieve
Mis tristezas verás una tras otra;
Que no puede gozar aquel que sufre,
Ni reír el que llora.

Yo quisiera cantar dulce armonía
Y mi voz espirante sale ronca;
¡El arpa que yo pulso ya está muda,
Y sus cuerdas ya rotas!

Tú eres faro en el puerto de la vida;
Yo soy nave en las aguas tormentosas;
Tú te elevas al alto firmamento;
Yo me estrello en las rocas.

.....
Si alguna vez inclinas sobre el álbum
Tu lindo cuello de marfil y rosa,
Como inclina la flor en el estanque
Su entreabierta corola;

Si alguna vez brillaran tus pupilas
Como las perlas que el rocío forma,
Al mirar estos trozos de poesía,
De poesía... ó de prosa;

Si alguna vez tus dedos nacarados
Temblando de emoción mis versos tocan,

Como el cisne que riza con sus alas
La cristalina onda;

Si alguna vez, mi amada, la poesía
A la pública luz mi nombre arroja,
Y llega á tus oídos como el vuelo
De tenue mariposa;

Si te acuerdas de mí, si algún recuerdo
En las entrañas de tu mente brota,
Mi alma te dará, Ventura angélica,
La amistad que atesora.

Y tú serás mi amiga, mi consuelo;
Tú serás mi Ventura venturosa;
Tú serás en el álbum de mi vida
La purísima hoja.

¿Te entristecen mis versos? Sólo quise
Poner una hoja más en tu corola;
Si es una espina, arrójala en el fango,
Y á tu amigo perdona.

A MI QUERIDO MAESTRO

el eminente autor de «LA MUSA POPULAR»

DON ALFONSO MORENO ESPINOSA

Un médico sin partido,
Que á solas con su amargura
Pasa la vida aburrido
En un lugar escondido
De la vieja Extremadura,

Ahogado por la emoción,
Que apenas puede expresar,
Saluda con efusión
A la *Musa Popular*
Y al vate del corazón.

Hoy que se rinde homenaje
Á la antigua sociedad,
Y que parece un ultraje
Ese continuo oleaje
Del mar de la libertad,

Tú, con el mágico acento
De tu genio prodigioso,
Conmueves el pensamiento,
Horadando en su cimiento
El absolutismo odioso.

Apóstol de la virtud,
Que hoy se mira hecha girones,
Al compás de tu laúd
Se rompen los eslabones
De la humana esclavitud.

Y lanzas el anatema
A esos dioses que se van,
Ostentando como emblema
En cada verso, un poema,
En cada trova, un volcán.

¡Ah! cuando el pueblo mañana
Rompa la opresión tirana
Y triunfe la musa inquieta
Del poeta, más poeta,
De la Perla gaditana,

Tus cantos al recordar
Con entusiasmo profundo,
Tan sólo podrá exclamar:
«La mejor musa del mundo
Es *La Musa Popular.*»

Y yo, lejano testigo
De los triunfos de tu gloria,
Seré feliz si consigo
Dar un abrazo al amigo
Y un laurel á tu memoria.

Cádiz.

El Castillo de mi pueblo.

Está el viejo castillo
Alto, muy alto;
Con sus rotas almenas
Hiende el espacio,
Y allá en las nubes
Un gigante parece
Que al cielo sube.

Por la falda del monte
Que lo sustenta,
Y oculto por las zarzas
Y la maleza,
Hay un sendero
Pendiente, tortuoso,
Largo y estrecho.

Es de Octubre la tarde
En que las hojas

De los árboles caen
Y al caer lloran.
Tarde tranquila;
Pero triste.... tan triste
¡Como la vial

Las luces de la tarde
Se desvanecen,
En el puro horizonte
Que se ennegrece;
Y en la llanura,
Proyectan del castillo
Densa penumbra.

Los álamos altivos,
Tristes y escuetos,
Se cuentan sus amores,
¡Que ya murieron!
Y el aura leda
Suspira, mientras lloran
Las hojas secas.

Angosto, muy angosto
Es el sendero,
Tanto como el camino
Que sube al cielo;
Y las ortigas,
Se ostentan á los bordes
De las orillas.

En la brusca revuelta
Que hace en lo alto,
Alfombrada de flores
Y de peñascos,
Muda y escueta,
Se levanta á la vista
La ancha poterna.

Flanquean las murallas
Masas informes,
Que en otro tiempo fueron
Altivas torres;
Y allá en el foso,
El aire arroja tierra
Y el tiempo escombros.

Del muro derruido
Las anchas grietas,
Imitan de algun mónstruo
Las fauces secas;
Y entrelazados,
Crecen allá en su fondo
Los jaramagos.

Las gallardas almenas,
Que en otro tiempo
Escalaban las nubes,
Bordan el suelo;
Y los sillares
De granítica roca

El musgo invaden.

Escombros, chapiteles,
Rotas arcadas,
Aristas, arquivadas,
Fustes y estatuas,
Son los vestigios
Que sirven de epitafio
Á todo un siglo.

Acá y allá se elevan
Y se entrelazan,
Las polvorientas flores,
Las secas plantas.
Contraste extraño,
Que á las ruinas envuelve
Como un sudario.

Las jaras, los carrascos
Y las ortigas,
Son aquí las coronas
De siemprevivas;
Y en cada piedra,
Una página escrita
La vista encuentra.

Los inmundos reptiles
Pueblan tranquilos
Los salones truncados
De este recinto:

Que no es extraño
Á un cadáver de piedra
Tales gusanos.

Y en el muro, en las torres,
El ancho foso,
En las rotas almenas
Y en los escombros,
Como un gemido
Vaga el alma insepulta
De este castillo.

¡Cuántas tardes hermosas
Como esta tarde,
Llevando siempre el libro
De mis pesares,
Un alma amiga
Encontré yo en el alma
De las ruínas!

Sirviéndome del muro,
Las anchas grietas
Y la verde hojarasca
De la maleza,
En breve instante
Escalaba la cima
Del roto adarve.

Y allí, desde la cumbre
Que azota el viento,

Desplegando mi mente
Su altivo vuelo,
Alcé atrevido,
Sobre ruinas y polvo,
Otro castillo.

Mas la noche tan triste
Como esa noche,
Que se acerca ocultando
Las viejas torres,
Cruel derribaba
El castillo de naipes
Que alzó mi alma.

¡Ay! Del feudal castillo
Tan sólo quedan
Cuatro informes paredes
Que se despeñan;
Tres torriones,
Y un oscuro recuerdo...
¡Como mi nombre!

Por una lágrima

Por una mirada un mundo,
Por una sonrisa un cielo,
Por un beso... yo no sé
Qué te diera por un beso.
BÉCQUER.

Era una noche de estreno:
En su palco reclinada
Como fantástica hada
Pura, aérea, celestial,
Una mujer, casi un ángel
De los espacios azules,
Lucía entre blancos tules
Su belleza virginal.

Abiertos sus grandes ojos,
Que eterna luz difundían,
Dos abismos parecían
De volcánica pasión;
Y en su mirada profunda
Vagaba con luz inquieta
La inspiración del poeta,
La hoguera del corazón.

Negros eran los cabellos
Que ondulando por su frente
En un lecho transparente
Se parecían dormir.

Tan negros como la noche
Sin luz, sin luna, sin cielo,
Que oscurecen con su veló
Los espacios de zafir.

Y aquellas hebras rizadas
Al rodar por sus mejillas
Sonrientes nubecillas
De nevada claridad,

Parecían confundirse
En un beso misterioso,
Un amanecer hermoso
Y una densa oscuridad.

¡Qué hermosa estabal En su rostro
Se dibujaba indecisa
Melancólica sonrisa
Que sombreaba su tez;

Y en sus mejillas de nácar,
Pálidas como la cera,
El reflejo de una hoguera
Que enciende su palidez.

Esa palidez que esconde
Como á través de una gasa
Un corazón que se abrasa

En una hoguera de amor;
Esa palidez ardiente,
Pura, hermosa, alabastrina,
Que enloquece; que fascina
Con su pálido color....

Era una noche de estreno:
En su palco reclinada
Como fantástica hada,
Como divina ilusión,
Con sus ojos entornados
Y fijos en el proscenio,
Aspiraba de un gran genio
La poderosa creación.

Silencio grave y profundo
En el teatro reinaba;
Sólo un acento turbaba
El silencio sepulcral.

Eco gigante de un drama
Que, resonando en la escena,
Conmueve el alma y la llena
De ternura celestial.

Vagaba mi pensamiento
Por las sombrías regiones
De encontradas emociones
Que latían en mi sér,
Revolviendo en mi cerebro
Aquella triste poesía,

Extraña melancolía
De gozar y padecer.

Sentí brotar en mis ojos
Un algo que vuelve ciego,
Y en mis mejillas de fuego
Yo no sé lo que sentí.

Aparté de aquella escena
La mirada temblorosa,
Y á aquella mujer hermosa
Las pupilas dirigí.

Aun parece que la miro:
Por su pálido semblante
Una lágrima brillante
Corría con rapidez,
Cual si temiera á su paso,
La corriente cristalina,
De aquella mujer divina
Aumentar la palidez.

Miré absorto con el alma
Aquel cristal transparente,
De un alma pura y ardiente
Angélico resplandor;
Y al verlo me parecía
Sentir en mi desvarío
Una gota de rocío
Sobre una pálida flor.

Desde entonces en la mente
Llevo el recuerdo grabado
De aquel instante adorado
En que su llanto admiré;
Y aquella perla engastada
En su célica ternura,
Aquella lágrima pura
Nunca, nunca olvidaré.

Ella será mi consuelo,
Mi placer y mi alegría;
Ella hará á mi fantasía
Á su pesar sonreír.

Ella en el triste concierto
De mi existencia sin calma
Será la luz de mi alma
Hasta después de morir.

¿Por qué desde aquella noche
Pienso en ella tanto, tanto?
¿Por qué me conmueve el llanto
Que de sus ojos brotó?

No sé, pero nada existe
Que mi recuerdo destruya....

.
Por otra lágrima suya
No sé qué le diera yo.

¡El último adiós!

Composición leída en el cementerio de Cádiz en el acto de inhumar el cadáver del ilustre profesor de la Escuela Médica

D. JUAN J. CAMBAS

Cayó con duro golpe en la honda tumba,
Como el atleta de luchar cansado;
Como en la negra noche se derrumba
El árbol por los vientos desgajado.

Cayó, como las lágrimas que caen
Cuando el dolor del pecho las arranca;
Como esas hojas que los vientos traen,
Entre los copos de la nieve blanca.

Era un sabio y murió; la Parca fiera,
Desplegando su indómita pujanza,
Del mundo arrebatóle, cual quisiera
De su ciencia inmortal tomar venganza.

—Ha muerto,—dice el alma suspirosa,
Y repite el soberbio campanario;
También el Hombre Dios bajó á la fosa,
Y Cambas, como Dios, tuvo un Calvario.

Y debía morir; siempre luchando
Por salvar al enfermo que agoniza,
Cual guerrero invencible, conquistando
El último laurel, cayó en la liza.

Ayer la ciencia su adalid le aclama,
Hoy la muerte en su seno le derrumba;
Ayer el grito de la augusta fama,
Hoy el mudo silencio de la tumba.

Ayer el sabio grave y elocuente,
Hoy su organismo convertido en cosa;
Ayer besaba á su familia ardiente,
Hoy besa el mármol de la fría losa.

Que es la ley del contraste tan constante
Entre las leyes físicas del mundo,
Que á veces pasa el genio más gigante
De la vida á la muerte en un segundo.

Ya el gusano roedor sus carnes liba
Y su cuerpo en cenizas se convierte;
Ya la materia organizada y viva
Se torna en inorgánica é inerte.

Ya se duerme en el cielo de sus ojos
El rayo sacrosanto de la idea;
Ya el crespón de su tumba siente enojos
Por ocultar al mundo su presea.

Ya su ingenio científico profundo
No veremos brillar en su alta frente;
Ha muerto para el mundo, pero el mundo
Guardará su recuerdo eternamente.

Si hay una gloria en ese firmameuto,
Habitará su alma allá en la altura.
No es posible que el alma de un talento
Se esconda en tan pequeña sepultura.

¿Qué queda de aquel hombre extraordinario,
Apóstol de la ciencia y la virtud?
Las sombrías arrugas de un sudario,
Un recuerdo, una tumba, un ataud.

Adiós, Cambas; la lira se estremecc;
Sus cuerdas rompe el alma en su quibranto;
La voz se apaga, el sentimiento crecc;
Demos llanto al dolor, al muerto llanto.

Deja que lllore el alma en su amargura,
Que el llanto para el alma es un consuelo,
Al que bajó á la triste sepultura
Como suben los ángeles del cielo.

Tus alumnos, que lloran tu partida,
Te envían la expresión de su dolor;
Adiós por siempre, vida de otra vida,
Adiós por siempre, ilustre profesor.

Cádiz 11 de Diciembre de 1876.

Duerme

Á UN NIÑO MORIBUNDO

Duerme, duerme; no despiertes
Al mundo de las ideas,
Que es tu sueño sin pesares
El sueño de la inocencia.

Duerme; que no te despierte
El grito de mi tristeza....

Siendo tu vida tan corta,
¿Á qué amargarla con penas?

Tus párpados entornados,
Inclinada la cabeza
Sobre la almohada blanca,
Pareces niño de cera.

Es tu sueño tan profundo,
Es tu vida tan pequeña,
Que de tu sueño son pocos
Los que á la vida despiertan.

La muerte lleva á tu cuna,
Al batir sus alas negras,



Nubes de sueño á tus ojos,
Olas de muerte á tus venas.

Morirás, sí; me lo dicen
Los arcanos de la ciencia;
Tus ojos, que se vedrían,
Tus pupilas, que se secan,
Y hasta esa luz mortecina
Que dentro del vaso tiembla.

Duerme; que el llanto no surque
Por tus mejillas serenas,
Que los ángeles no lloran
Cuando se van de la tierra.

.
¡No importa que el huracán
Destruya las azucenas,
Si lleva á Dios en su seno
El perfume de su esencia!

La orgía y el hambre

Calle estrecha, gran palacio,
Tinieblas en el espacio,
De lodo negras señales;
Y al través de los cristales
Muchos globos de topacio.
Dentro, risas y placeres,
Licores, juegos, mujeres,
Amor, luces, armonía:
Los delirios de una orgía
Pisoteando deberes.

Fuera, el recio vendaval,
Con insistencia fatal,
El rostro marchito insulta
De una anciana, medio oculta
En el quicio de un portal.

Dentro, corre desalada
La virtud, del vicio en pos;
Fuera, de hambre desmayada,

La anciana pide angustiada
Una limosna por Dios.

Allá la dicha, acá el duelo;
El extraño paralelo
De la vieja y el palacio,
Tal vez enluta el espacio
Y lágrimas pide al cielo.

De pronto, abriendo la puerta,
Un oportuno lacayo
De allí la arroja, é incierta
Cae la anciana medio muerta,
Como herida por el rayo.

Dentro.... sigue la función;
Fuera.... se forma un gran corro,
Y la anciana, en conclusión,
Va á la casa de socorro,
Ó, presa, á la Prevención.

¡Qué madre, qué niña!

Dios mío, en el mundo
¡qué sola me quedo!
Cármén Solana.

La niña dormía
Oculto en el lecho;
La madre velaba
Aquel dulce sueño;
Y una luz dudosa
Pendiente del techo
La estancia llenaba
De paz y misterio.

Cruzados los brazos
Delante del pecho,
Oculto en las sombras
Y breve el aliento,
Del santo recinto
De aquel aposento
Detuve á la puerta
Mis pasos inciertos.

La madre velaba
Con dulce embeleso
El sueño tranquilo
De aquel ángel bello,
Y el ángel dormido,
De rubios cabellos,
Reía soñando,
Soñaba riendo.

¿Qué extraño lenguaje
Se estaban diciendo
Aquellos dos seres?...
No pude saberlo.
Pero algo divino
Que yo no comprendo,
Llevaba á mi oído
De Dios el acento.

La madre y la niña.
Guardando silencio,
Acasó contaban
Su amor al Eterno:
Acaso sus almas,
Velando y durmiendo,
Pensaban soñando
Las dos en un cielo.

Despertó la niña
Feliz sonriendo;
Sus blancos bracitos

Echóle á su cuello.
La madre lloraba
De júbilo inmenso,
Y aquellos dos seres
Uniólos un beso.

.
Lloré entré las sombras
Lejanos recuerdos
De amores pasados,
De seres que fueron.
Y mientras, del alma
Decían los ecos:
¡Qué madre, qué niña,
Qué llanto, qué beso!

La vida del genio

A LA MEMORIA DE MORENO NIETO

No te agobies, razón; alma, despierta;
Enjuga el llanto de tu pecho triste,
Que si hoy el mundo de crespón se viste,
El alma que tú lloras no está muerta;
Que en el augusto templo de la historia
Un monumento el corazón levanta
Al sabio, cuya gloria
Ante el mundo admirado se agiganta.
La vida transitoria,
Esa chispa sutil que un breve instante
Luce y se apaga sin dejar ceniza,
Es la vida vulgar; no la arrogante
Del genio colosal, cuando agoniza
En brazos del saber vivificante.
Vivir para morir; esta es la vida
Del sér que circunscribe
Su existencia á la nada inadvertida;

Mas el talento, en su febril partida,
Sólo después de muerto es cuando vive.
¡Oh verdad espantosa,
Que al alma infunde triste desconsuelo!
La dicha para el genio, está en la fosa;
Sus lauros más allá: sólo en el cielo.

Parece un sueño, y, sin embargo, el hado
Cumplió el fiero designio de la suerte,
Trocando en cuerpo helado
Aquel varón de espíritu tan fuerte,
Que, aun muerto, vivirá más que la muerte.
Aquel genio fecundo
Que en su fúnebre calma,
Aun electriza al mundo
Con los candentes rayos de su alma.
Aquel sabio filósofo, que hundía
Las moles que el error puso á su paso,
Y en su cerebro inmenso revolvía
La gran filosofía,
Como á la tierra el sol, de Oriente á Ocaso.

Huérfana España, inconsolable llora
Al contemplar desierta la tribuna,
Que realzaba su voz conmovedora,
Brillante y elocuente cual ninguna.
La cátedra calló con su palabra,
El alma enmudeció del Ateneo,
Y hasta esos mundos que la prensa labra
En sin igual torneo,

Temblaron ante el golpe giganteo
De aquel genio inmortal, que al derrumbarse,
En el sepulcro inerte
En águila atrevida se convierte,
Para después alzarse
Sobre las negras simas de la muerte.
¡Ah! Que al romper la humana vestidura
El genio colosal rompe la valla
Que sujeta en el mundo á la criatura,
Y su espíritu estalla
Convirtiendo en volcán la sepultura.
Es su cráter grandioso
Sublime antorcha que encendió su aliento,
Y, cual astro del cielo esplendoroso,
Con los rayos fulgentes del talento
Presta su luz al pueblo venturoso,
Que tuvo la fortuna,
De llorar en su fosa y ser su cuna.

¡Oh, tú, genio, que alzaste
Tu raudo vuelo hasta la excelsa cumbre
Donde tiene el saber augusto templo;
Ya que á tu Patria el corazón legaste,
Al par que los fulgores de tu lumbre
Y los rayos sin sombras de tu ejemplo,
Desde el trono ideal de tu alta gloria
Contempla cómo al pie de sus dinteles
Deposita tu Patria cien laureles
Al recuerdo sin par de tu memoria!

Y tú, pueblo feliz, Patria querida,
Que cubres de crespón tu noble frente,
Acalla tu dolor, alza potente
La faz hermosa de dolor transida.

Mi siglo te reclama; la ancha herida
Réstañará el vigor de tu alma ardiente,
Al pensar que en el mundo de la mente
Para el genio inmortal, la muerte es vida.

Desecha de tu seno la amargura
Á que el dolor humano está sujeto,
Y arrojate en poder de la cultura,
Que es el ansia febril del siglo inquieto.
Entonces tú serás ¡oh Extremadura!
Digna madre del gran Moreno Nieto.

El secreto de una virgen

Nuestro amor era un secreto
Vago, inquieto, indefinible;
Que ni ella quiso aclararlo,
Ni nunca aclararlo quise.
Nuestro amor era el aroma
De dos flores infantiles,
Que, al aura de las pasiones,
Se agitaba sin unirse.
Era, en fin, esa anhelante
Ansiedad indescriptible,
Que, no cabiendo en el alma,
Sin querer tiende á salirse
Por los ojos, y allí ufana
Como una estrella sonríe,
Mientras el alma callada
Tal sonrisa no percibe.
No era secreto el secreto

Que se mostraba tan libre,
Y menos para dos almas
Que para amar sólo viven;
Pero ella nada decía,
Y, sin saber qué decirle,
Una vez rompí el silencio
Y así á mi amada le dije:
—Te adoro, y sé que me amas,
Esos ojos me lo dicen.—
Bajó la niña los ojos,
Algo enojada y muy triste;
Sobre su seno ondulante
Inclinó el cuello de cisne,
Mientras su pálido rostro
De fuego empezó á teñirse,
Y contestó balbuciente:
—Yo.... nunca.... quise decirte
Tanto, pero son mis ojos
Tan pícaros parlanchines,
Que hablan siempre lo que saben
Y no saben lo que dicen.—

.....
Calló la niña hechicera,
Alzó su frente de virgen,
Y en su mirada profunda
Ví dos almas confundirse.

Cádiz.

Leída en el Salon de Sesiones del Ayuntamiento con motivo de la inauguracion oficial de la Academia de Ciencias y Artes.

Sobre las olas de la mar bravía,
Que tiemblan en continuo movimiento
Al choque de las ráfagas que envía
El fiero Eolo, en su gemir violento;

Sobre las leves ondas, que palpitan
Al choque de la brisa perfumada,
Y en su espejo grandioso siempre agitan
Del firmamento azul la azul mirada;

Sobre ese mar inquieto, que la mente
Contempla en sus profundas conmociones,
Como contempla el corazon que siente
Del Creador infinito las creaciones;

Sobre esa mole de agua, que tranquila,
Parece despejado firmamento,
Cuyo límite ciega la pupila
Y ofusca el irritado pensamiento;

Entre las perlas de revuelta espuma,
Al flotar en Oriente la mañana,
Se levanta arrogante entre la bruma
El palacio imperial de una sultana.

Sultana de los mares; bella ondina
Que en la linfa del mar su faz retrata
Cuando en la noche despejada inclina
La luna aérea su mirar de plata;

Hermosa como el sueño del poeta
Que ofusca delirante sus sentidos
Cuando la mente en el cerebro inquieta
Agita en las arterias sus latidos;

Ideal como virgen encerrada
Tras el recio cancel del claustro umbrío,
Y que apenas la siente la mirada
Cuando la admira el loco desvarío,

Esa es Gades; aquella que en la historia
Era la admiración de las naciones;
Aquella que en sus límites de gloria
Penetró en las etéreas vibraciones.

Venciendo en mil rudísimos combates
Asombro dió á los reyes de la tierra,
Y al sentir de la guerra los embates
Su invicto pabellón al mundo aterra.

Esa es Gades; tesoro de placeres
Donde la dicha humana siempre anida,
Cuna de esas bellísimas mujeres
Que forman los oasis de la vida;

De esas mujeres que en el devaneo
De la locura fingen las pasiones,
Que tienen en los ojos el deseo
Y una hoguera en sus puros corazones;

De esas mujeres que la mente loca
Se finge en sus quiméricos antojos,
Que vierten con las sales de su boca
El alma que se asoma por los ojos;

De esas mujeres cuya imagen crece
En la rauda y vehemente fantasía,
Que si cierran los ojos anochece
Y si los abren aparece el día...

¡Cádiz! ¡Cádiz! Tu nombre, cual la palma,
Se eleva al cielo en sus eternos giros,
Como esas nubes que levanta el alma
Cuando arroja del pecho los suspiros;

Y hasta en la noche lóbrega y medrosa,
Cuando el aire resuena triste y lento,
—¡Cádiz!— parece que en su voz grandiosa
Murmura con pasión el mar y el viento.

¡Cádiz! Al contemplar tu egregia altura
No comprende la mente, en su extrañeza,
Si tu grandeza es más que tu hermosura,
Ó tu hermosura es más que tu grandeza.

En tus fuertes murallas de granito
Tu bravura probó su omnipotencia,
Y allí con sangre el corazón ha escrito:
«Libertad, Patriotismo, Independencia.»

La época pasó del odio fiero
Y de las guerras rudas y crueles,
Que es mejor que la espada del guerrero
Del sabio y del artista los laureles.

Tus sentimientos, como el aire puros,
Desprecian del error los torpes lazos;
Á la ignorancia oponen fuertes muros
Y á la ciencia inmortal tienden los brazos.

Y fundas Academias y Ateneos,
Y nada basta á tu virtud notoria;
Las armas del saber son tus trofeos
Y las glorias científicas tu gloria.

Hoy una juventud culta y ardiente,
Teniendo el entusiasmo por emblema,
Aspira á colocar sobre tu frente
Un brillante en tu mágica diadema.

Y tú, como la madre enamorada,
Clavas en ella tu mirada fija,
Abres los brazos de placer colmada
Y en ellos precipitas á tu hija....

Sultana de los mares, que altanera
Hasta el cielo levantas tus altares,
Contemplando á tu frente la alta esfera,
Y á tus pies el concierto de los mares;

Cuando las auras vibren en tu oído
Algun canto de amor apasionado,
Y las ondas te lleven el sonido
De la ternura de un placer soñado,

Escucha la expresión de mis canciones
Desde el trono en que hermosa te agigantas:
Es el rumor de aquellos corazones
Que palpitan de amor bajo tus plantas.

² Febrero de 1878.

Mi musa

X. C. S.

■ TU VIRTUD

Nace del corazón, flota en la idea,
En tus ojos fulgura, y en tu frente
Asomando su luz resplandeciente
Como un sol en dos cielos centellea.

En tus labios purísimos flamea,
Se reclina en tu pecho dulcemente,
Y en el bello horizonte de tu mente
Es luminar divino que voltea.

El mundo, en sus eternas inquietudes,
Adora tus virtudes hechiceras;
Y aunque tú en la modestia las escudes,

Exclama ante tus prácticas sinceras:
—¿Qué fuèra la virtud sin tus virtudes?
¿Qué fuera la virtud si no existieras?

II

TU TALENTO

Es tu frente su trono; deslumbrante
Subyuga los humanos corazones,
Ostentando en sus tiernas concepciones
Las hermosas facetas del diamante.

Asombra su riqueza exuberante
En todas tus poéticas creaciones,
Y á impulso de tus dulces abstracciones
Hasta el trono de Dios se alza gigante.

Por eso vivirá tu pensamiento
Bajo el solio inmortal de la memoria,
Que eterniza el buril del sentimiento
En las páginas áureas de la historia...
Que la mujer que tiene tu talento
Es pedestal el mundo de su gloria.

III

TU HERMOSURA

¡Admirable azucena, que despliega
Al aura su corola alabastrina,
Es tanta tu hermosura, tan divina,
Que el que llega hasta tí trémulo llega!

Es tu rostro la luz que al alma ciega,
Y al fulgor que tus ojos ilumina
Se aduna en tu belleza, que fascina,
La hermosura africana con la griega.

La expresión, el contorno, el sentimiento,
La pureza, la forma, la armonía,
Llenan el corazón de arrobamiento.

Por eso el que te admira dice en calma:
—Tan bella como tú, tu fantasía;
Más hermosa que tú, sólo tu alma.

IV

COROLARIO

Tu virtud, tu talento, tu hermosura....
Magnífica trilogía, que brotando
De tí, diosa ó mujer, va proclamando
Tu fama, tu renombre y tu cultura.

En el templo labrado á tu ventura,
Triunfal, como una diosa, vas entrando,
Un porvenir de gloria conquistando
Con tus versos, tu rostro y tu ternura.

Sonriente, feliz, sin que te asombre
El mundo, porque ignoras sus desvelos,
Un Capitolio harás de tu renombre.

Y al morir, Dios que juzga tus anhelos,
Como digno epitafio de tu nombre
Lo grabará en la cumbre de los cielos.

Abril de 1881.

Adiós.

Mañana, cuando oculte en el Ocaso
Su roja frente el encendido sol,
De mí te alejarás, como del lago
La nube de vapor.

Y yo, como la linfa transparente
Que enturbia el cieno y riza el aquilón,
Envuelto en el sudario de la noche
Diré temblando:—¡Adiós!

— Mi luz.

Deja que mi mirada se extase
En la tuya ideal;
Deja que de ese cielo en mis pupilas
Sienta la inmensidad.
Ojos que vieron tus pupilas negras,
Por Dios, nunca cegad:
Vivid para admirarlas cuando os miren,
Despues.... para llorar.

La vida más feliz

La noche triste, muy triste;
El templo frío, muy frío;
¡Y qué silencio, Dios mío,
Bajo las naves existe!

Temblor convulso se advierte
En el pecho y en el alma;
Y es que la fúnebre calma
Tiene un silencio de muerte.

Débil, próxima á espirar
En lucha con la penumbra,
Una luz trémula alumbra
La silueta de un altar.

Y es tan vago su fulgor,
Tan dolientes sus sonrojos,
Que infunden miedo á los ojos
Y al pensamiento pavor.

Á las rojas llamaradas

Que en el vaso azul oscilan,
Los mudos santos vacilan
En sus capillas doradas.

De la sombra bajo el velo,
Que la luz no desvanece,
La cruja crece y crece,
Como el camino del cielo.

Y el órgano y los sitiales
Y las columnas enormes,
Simulan sombras informes
De fantasmas colosales.

Ninguna voz importuna
Rompe la fúnebre calma
De aquel alcázar del alma
Que sirve á Dios de tribuna.

Sólo se escucha furtiva
La campana que voltea,
Ó algún ave que golpea
Los vidrios de la alta ojiva.

¡Triste soledad! El viento
Imita humanos gemidos,
Y es que fingen los oídos
Pavores del pensamiento.

Al pie del altar mayor,
Sobre una mesa mezquina,
Más que verse se adivina,
De la lámpara al fulgor,

Un miserable ataud
Donde yace una mujer,
Hermosa como el placer,

Pobre como la virtud.

En su frente no hay agravios,

Y en su boca se divisa

Una postrera sonrisa

Que anima sus yertos labios.

Cubre sus ojos el velo

De unos párpados de rosa,

Cerrados para la fosa,

Entornados para el cielo.

Y su rostro puro, inerte,

Cual estatua de granito,

Imagen del infinito

Poder que tiene la muerte,

Parece estar modelado

En ámbar y roca dura:

Siendo tanta la hermosura

De su contorno nevado,

Que al fulgor que se percibe

Bajo la nave desierta,

La luz parece estar muerta,

Y aquel cadáver que vive.

.
.

La noche, en tanto, avanzando

Iba entre sombras muriendo,

Y la muerta sonriendo,

Y la campana doblando.

De su lengua de metal

Vibró en mi conciencia un eco

Fatídico, ronco y seco,

Como una voz sepulcral.

El pórtico atravesé,
Cruce la nave sombría,
Y al pie de la luz que ardía,
Puesto de hinojos oré.

Y fué muda la oración
Que brotó del labio rudo,
Impulsada por el mudo
Lenguaje del corazón.

Oré, y extraña inquietud
En mi espíritu sentí,
Cuando alcé la vista y ví
Junto al ara el ataud.

Aun en mi mente contemplo
Con incierto desvarío
El antro solemne y frío
De aquel misterioso templo.

Aun imagino entrever
Aquel lecho funerario,
Aquel templo, aquel sudario
Y aquella hermosa mujer.

.

Sombra entre sombras perdida,
Á tu alma, ¿qué le importa,
Siendo la vida tan corta
Las tinieblas de la vida?

¿Qué te importa la orfandad
De tu cuerpo inmaculado,
Si á tu espíritu animado

Le queda la eternidad?

¿Qué te importa el ataúd
Que tu cadáver encierra,
Si en lo que abarca la tierra
No ha cabido tu virtud?

¿Qué te importan los blandones,
El catafalco y el duelo,
Si tienes por tumba el cielo
Y por mundo sus mansiones?

Sé feliz, dichosa muerta:
No te acuerdes en la gloria
De esta vida transitoria
¡Para el alma tan desierta!

Yo, que admirado me inclino
Sobre tu pálido rostro,
Y ante tu cuerpo me postro
Como ante el Dios uno y trino;

Al comparar la ventura
De tu alma inmaculada
Con la existencia olvidada
De esta humana sepultura,

Maldigo el espacio inerte
Donde mi espíritu anida,
Mientras bendigo la vida
Que se parece á tu muerte.

En tu álbum

Yo quisiera arrancar á mi lira
Vibrante armonía, divino rumor,
Y estamparlo en el álbum que copia
El rónico murmullo que lanza mi voz.

Quisiera expresarte pasión y poesía,
Suspiros y trovas, gozar y sentir,
Miradas y sueños, caricias vehementes,
Locuras extrañas que siento por tí.

Quisiera de un ángel el arpa de oro,
La voz de esas hadas que pueblan el mar,
Y en noche serena decirte extasiado
Mis penas, mis dichas, mi amor y mi afán.

Quisiera en el álbum que miran mis ojos
Grabar con mi pluma la luz de mi sér,
Y en loco delirio decir lo que siento,
Decirlo tan sólo, tan sólo una vez.

Deseo imposible.... Mi genio impotente,

Sutil mariposa, se quema en tu luz;
Suspira mi alma, se ahoga mi pecho
Y suena estridente mi ronco laud.

Y salen confusos del loco cerebro
Fantasmas deformes, espectros sin fin,
Jirones oscuros de tétricas nubes,
Pedazos de un alma que rompe el sentir.

Y lanzan las cuerdas extraño murmullo,
Sonido estridente, canción sin compás,
Y en vez de una trova, resuena en mi lira
La voz del cariño, que tiembla al cantar.

Que nunca la pluma trazó los impulsos
Del éxtasis dulce que engendra el amor,
Que siempre aprisiona la cárcel del pecho
Latidos que lanza febril corazón.

Mas ¿qué importa? Tu alma y la mía
Á un tiempo adivinan pesar y placer;
Las dos se comprenden, las dos se idolatran,
Las dos son un cielo que alumbra la fe.

Tu amor es la gloria que anhela mi dicha,
Tu amor es el cielo que sueña mi amor,
Y yo soy la nube que en alas del aura
Se eleva hasta el trono que el mundo te dió.

.
Acuérdate, hermosa de blondos cabellos,
De lánguidos ojos, de dulce mirar;
Acuérdate, hermosa, que tú eres mi encanto,
Mi amor, mi esperanza, mi dicha y mi afán.

Balada

Cubren las sombras
El firmamento,
Su disco esconde
La luz solar;
En la enramada
Suspira el viento,
Y en sus arenas
Dormita el mar.

Fijos los ojos
Allá en el cielo,
Y el alma llena
De dulce amor;
Sobre la alfombra
Del verde suelo,
Así cantaba
Un trovador:

«—Nube de plata,

Que vaporosa,
Eres del mundo
Blanco dosel,
»¿Vieron tus ojos
La faz hermosa
De mi adorada,
De mi Isabel?

»Luna radiosa,
Aérea y pura,
Que vas errante
Por cielo azul,
»¿Vieron tus ojos,
Desde la altura,
Flotar su traje
De níveo tul?

»Onda azulada,
Que te deslizas
Por la ribera
Del ancho mar,
»¿Vieron tus ojos,
Que al viento rizas,
Su leve planta
Veloz cruzar?»

»Eco lejano
Que trae el viento,
De una campana
Tétrico són,

»No martirices
Con tu lamento
Las ilusiones
Del corazón.

»—Soy la campana
De la agonía,—
Dijo vibrando
El eco cruel;—

»¿Sabes quién mueve
La lengua mía?
Pues es la muerte
De tu Isabel.»

Quedó en silencio
La voz que hablaba;
Un ¡ay! doliente
Lanzó el laud,
Y al otro día
Un hombre oraba
Junto á una muerta
Y un ataud.*

Creer

Mi alma es un alma sola
Que á la sima de los años
La empujan los desengaños,
Como una ola á otra ola.
El amor donde se inmola
Nació en su misma conciencia,
Que aunque la humana experiencia
De todo le hizo dudar,
Hoy no cesa de admirar
Tu virtud y tu inocencia.

Tu virtud, faro brillante
Que en las sombras de mi vida
Lanza su luz encendida
En tu alma exuberante;
Clara estela deslumbrante
Que en tus sienes admiré,

Mientras absorto observé,
En mi indiferencia muda,
Que iba trocando la duda
Por la antorcha de la fe.

El cielo de los amores
Se alzó inmenso ante mis ojos
Al ver los puros sonrojos
De tus pálidos colores.
De otras delicias mayores
Lanzóse mi alma en pos,
Y hoy que el alma de los dos
En tí reflejarse veo,
Hoy, mi diosa, en todo creo....
¡Quién al verte no cree en Dios!

Tres poetisas extremeñas

I

CAROLINA CORONADO.

Es su frente el zenit del pensamiento,
Do brilla el chispear de las ideas;
Su altiva inspiración el astro de oro
Que irradia sus volcanes en la esfera.
Su voz es un gemido de ternura,
De placeres, de ensueños, de tristezas;
Un concierto de lágrimas y risas,
Un suspiro de brisas y azucenas,
Del desierto castillo, el temeroso
Rumor de los recuerdos que despiertan;
La voz del huracán en las ojivas,
Los ecos del clarín en la poterna,
El aria de la hermosa en el adarve,
El piafar de los potros en la vega,
El estruendo del puente levadizo,
Del bardo la sentida cantinela,

El grito embriagador de las pasiones,
El bravo tremolar de las banderas,
Y el adios á la Patria, y el silencio
Y el llanto de la musa de Espronceda.

II

MARÍA A. GONZALEZ DE ANIEBA.

Es su canto un rumor de brisas leves
Que en los ojos las lágrimas olean;
Murmurios del hogar, besos del niño
Que en el regazo de la madre juega;
El tic-tac de la cuna que se mece
Movida por los ángeles que velan;
De las noches de luna el inspirado
Nocturno de las aves en la selva;
La dulce barcarola de las aguas
Al romper su cristal en la ribera;
El pianísimo arrullo de las almas
Unidas por fantástica cadena;
Del choque del pasado y el presente
El rayo virginal de las ideas;
De las arpas sublimes del Eterno
Los preludios magníficos que tiemblan;
Del amor el delirio que enloquece,
De los celos el hálito que quema,
Y las noches de Yung con sus encantos,
Sus trovas, sus anhelos y sus penas.

III

CARMEN SOLANA.

Es su numen el llanto sin gemidos
Que vierten los espíritus que sueñan;
La oración de la Virgen, los blandones
Que en el túmulo altar chisporrotean;
El grito del muezín en la alta torre,
La voz de la campana que voltea,
El ronco galopar de los bridones,
El silbo de la gumia y de las piedras,
Las preces de las monjas en el coro,
Los suspiros amantes en la reja,
El *allegro* del agua y del granizo
Al chocar con las tumbas de la tierra;
De Bécquer el acento misterioso
Surgiendo desde el fondo de la huesa,
Y un mundo de fantásticos sonidos
Que arrancan de los mundos de la idea,
Acentos del dolor, nublos del alma,
Cielos que se abren, tumbas que se cierran,
Sauces que lloran, flores que sonrén,
Cuerpos que caen, y almas que se elevan.

Noviembre de 1880.

En el templo

Postrada junto al altar
De la iglesia solitaria,
Dirigía una plegaria
Á la Virgen del Pilar.
Yo la oía murmurar
Una oración tierna y pura,
Y en la sublime ventura
De su rezo, parecía
Que la Virgen descendía
Para admirar su hermosura.

Su traje blanco

Como el lánguido gemido
De las olas y la brisa,
Hasta mí llegó indecisa
La vibración de un sonido.

Era el roce del vestido
Que sus formas modelaba;
Era que, altiva, cruzaba
Por el salón deslumbrante,
Y al verla tan elegante
Hasta el traje suspiraba.

¡Noche buena!

—¡Noche buena! ¡noche buena!—

Dice el lejano rúido
Que allá á lo lejos resuena,
Sordo como una colmena
Y triste como un gemido.

—¡Noche buena!—dice el eco

De la voz del campanario,
Que allá en el espacio hueco
Resuena estridente, seco,
Fatídico, ronco y vario.

—¡Noche buena!—dice el mundo

En su discorde alegría,
Y es su acento tan profundo,
Que parece el moribundo
Estertor de la agonía.

Llegan hasta mí los sonos
De las alegres canciones
Con que el hombre se recrea,
Como á la luz de la idea
Las sombras de las pasiones.

Y á cada báquico canto
Que allá á lo lejos escucho,
Suele decir mi quebranto:
—Goza mucho, goza mucho,
Ya que sufres tanto, tanto.

Tal vez mi mente delira
En su febril devaneo,
Pero en la vida, yo creo
Que es el placer la mentira
Con que se engaña el deseo.

Ronco el rumor se dilata
Por la región infinita,
Y en ecos mil se desata,
Cual terrible catarata,
Que al romperse ronca grita.

Eco infiel que trae el viento
Entre sus ondas de nieve
La alegría de un momento;
Es el eco de un lamento
Que hasta la risa se atreve.

Sarcasmo; risa forzada
De un mundo triste, que llora
Con risa desenfrenada,
Que es la careta apropiada
Á su pena asoladora.

Delirio que siente el loco
En su más alto delirio;
Delirio que siento y toco:
Así, mundo, olvida un poco
Lo eterno de tu martirio.

Goza alegre y delirante
Del frenético entusiasmo
Que hoy te cerca deslumbrante;
Tal vez mañana, este instante
Recuerdes como un sarcasmo.

Que es mentira la alegría
Que en tus cantares se advierte,
Y tú ahogas la agonía
Como el beodo en la orgía
Los desdenes de la suerte.

Como el náufrago en los mares,
Que á solas con el abismo
Súbite ve el espejismo,
Así olvidas tus pesares
Olvidándote á tí mismo.

¡Ay! mañana, cuando adviertas
La verdad del desencanto,
Verás surgir con espanto
Tus esperanzas más muertas
Y más vivo tu quebranto.

Yo, que nací de tu seno
Y soy un eco perdido
Que en el espacio sereno
Contesta con un gemido
Á tu falaz desenfreno;

Yo, como tú, siento agravios
Al herirme la honda pena,
Y ante ese clamor que atruena
Tambien repiten mis labios:
—¡Noche buena! ¡noche buena!

Celos

Tengo celos del hombre que al mirarte
Ante tu imagen su altivez inclina,
Y absorto al contemplar tu gentileza,
Extático te admira.

Tengo celos del pobre que se acerca
Á pedirte limosna con voz tímida,
Y se aleja contento murmurando:
—¡Que el cielo te bendiga!

Tengo celos del beso que en tu rostro
Estampa indiferente alguna amiga,
Llevándose en sus labios el ardiente
Calor de tus mejillas.

Tengo celos del cóncavo infinito
Cuando tu voz en el espacio vibra,

Como la voz de un ángel que preludia
Celestes armonías.

Tengo celos del éter que penetra
Por el negro crespón de tus pupilas,
Y llega hasta tu alma, como el eco
De una nota que espira.

Tengo celos del Dios á quien adoras,
Del traje que tus formas adivina,
Del guante que tus manos aprisiona,
Del aire que respiras.

Tengo celos del lecho donde duermes,
Del diván donde muelle te reclinas,
Del polvo que deshaces con tu planta,
De la estrella que miras.

Pero estos celos que mi alma acosan
Son ilusiones vagas, que germinan
Al choque de mi amor y tu pureza.
¡Que es siempre tan purísima!

En el día de su Virgen

MANDÁNDOLE UN RECUERDO

Carmen: á tus plantas llego
Para que puesto de hinojos,
Pueda mirar en tus ojos
La luz que me vuelve ciego.
El amor en que me anego
Más que nunca me enloquece,
Al ver que todo perece
En las regiones del mundo,
Y sólo tu amor profundo
En vez de agotarse, crece.

Tu Virgen, Madre bendita
Que dió nombre á tu existencia,
Hoy el Orbe reverencia
Por su virtud infinita.
También el deber me invita
Á mostrarte mi ternura;

Que si hay una Virgen pura
En los espacios del cielo,
También hay en este suelo
Tu virginal hermosura.

Otras veces, este día,
Santo como tu virtud,
Inspiraba á mi laúd
Su más dulce melodía.
Tan sempiterna poesía
Debe ya serte enojosa;
Y aunque tu alma grandiosa
Me sabe siempre inspirar,
Hoy te envío.... por variar,
Estos versos.... y esa *prosa*.

Á Zaida

Que es imposible el olvido
Cuando es tan triste la ausencia.
ZAIDA.

¿Por qué levanto mi frente
Al hervor de mis ideas,
Y mis pupilas sin alma
Vierten el alma por ellas?
¿Por qué las terribles ansias
De mi vida no atormentan
Los recuerdos y esperanzas
Que mi corazón encierra?
¿Por qué gozo, si en el pecho
Llevo siempre la tristeza
De tanto recuerdo vivo
Y tanta esperanza muerta?
Ya la noche silenciosa,
Amiga fiel de mis penas,
Ha convertido en aurora
Sus vaporosas tinieblas.

Todo lo encuentro tranquilo;
La hermosa Naturaleza
Parece un mundo de flores
Arrancado á su diadema.

Blancas contemplo las nubes
(Antes para mí tan negras),
Sonriendo en el espacio
Como tesoros de perlas.

Y hasta el delirio de un loco
Circula por mis arterias,
Desde que admiro en tu carta
Tu corazón de poeta.

¡La he leído tantas veces!
¡Tantas con la vista trémula
He seguido con el alma
Los contornos de tu letra!

Y al cruzar tus pensamientos
Como corrientes magnéticas
Desde el papel que escribiste
Hasta mi ardiente cabeza,

He sentido en mis entrañas
Levantarse la tormenta
Que has encendido mil veces
Con tus sublimes endechas.

.
.

Esa luz de tus pupilas
Que entre pestañas de seda
Mata, cuando se adormece,
Y electriza si despierta;

Ese aliento tembloroso
Que entre nácares se engendra,
y nace como una nube
Y como una llama quema;

Esa sonrisa que vaga
Por tus labios de sirena,
Como espuma de corales
En una concha entreabierta;

Esos cabellos que giran
Con ondulante pereza
Por tu seno palpitante
Y por tu frente serena;

Esas ráfagas de fuego
Que alumbran como centellas
Al subirse á tus mejillas
El rubor de tu pureza;

Esa voz que vibra lánguida
Como un salterio que tiembla
Al brotar de tu garganta
Las armoniosas cadencias;

Esa inmortal aureola
Que circunda tu belleza,
Y en alas de tu talento
Tu nombre hasta el cielo lleva;

Esa alma tan hermosa
Como la altiva camelia,
Y tan tímida, tan pura
Como la humilde violeta;

Alma virgen donde un ángel
Dejó grabada su esencia

Porque hubiese en esta vida
Un reflejo de la eterna,
 Y todos esos encantos
Que Dios en tu sér condensa,
Como imágenes soñadas
Por las huries del Profeta,
 Nacen, crecen, se dilatan
Como nubes giganteas,
Y en el cielo de tu vida
Son ilusiones que ondean.

 Todas brotaron de un lago
De nevada transparencia,
Todas brotaron del lago
Virginal de tu pureza.

 Mas ¡ah! que sólo un reflejo
De tanta dicha me resta
En la poesía que oprimo
Entre mis manos inquietas.

 Ella me dice en silencio
lo que oírle yo quisiera
Al aura que murmurando
Entre tus labios serpea.

 Por eso en las tristes horas
Que mis pesares recuerdan,
Al contemplar tu poesía
Voy olvidando mis penas.

 Así gozo y así vivo
Lejos de tu imagen bella,
En esas horas tan largas,
¡Tan largas y tan eternas!

Que es la vida, Zaida mía,
Una constante cadena
Donde el último eslabon
Que se aguarda, nunca llega.

Pero no temas, mi Zaida;
Pronto acabará la ausencia
Que acibara nuestra dicha
Y entristece nuestras penas.

Mientras tanto, en tu retiro,
Hermosa Zaida, recuerda
*«Que es imposible el olvido
Cuando es tan triste la ausencia.»*

Á mi Padre

Rota mi lira está, ronco el acento
Que de mis labios trémulos se exhala,
Y el torpe pensamiento
Que entre mis sienes vacilante zumba,
Parece una paloma, rota el ala,
Que en un volcán de fuego se derrumba.
Acaso de mi pecho embravecido
El turbulento mar de las pasiones
En sus ondas le tenga sumergido;
Acaso de las muertas ilusiones
Que alucinan mi espíritu errabundo,
Alzándose en vapor los desengaños
Maten mi juventud; que en este mundo
No siempre la vejez es por los años,
Y como el hijo pródigo, volviendo
Los ojos al hogar que dejó impío,
Recuerda aquellos lazos

Que tu amor paternal fué entretejiendo
Con guirnaldas de flores y de abrazos,
Y torna ¡oh padre mío!
Á esconder su dolor entre tus brazos.
¡Ah! si pudiera de la mente mía
Lanzar la duda impía
Que acibara mis horas de ventura,
Cubriendo de mortal melancolía
La negra sombra de mi noche oscura;
Si al pretender pisar los patrios lares
Se hundiesen en la sima del olvido
Los placeres que han sido
La extraña sinrazón de mis pesares;
Si pudiera borrar de mi existencia
Las huellas del dolor, y en dulce calma
Volver á la inocencia
Que ostenta la niñez dentro del alma,
Quizá mi lira rota,
En vez de preludiar bronco sonido,
Derramase en tu oído
Un poema de amor en cada nota.
Mas ¡ay! que la experiencia,
Como el fuerte huracán que impele recio
El náufrago bajel, fiero describe
La órbita fatal que la conciencia
Tiene que recorrer, mientras escribe
Con el duro buril de su desprecio
En el fondo del alma esta sentencia:
«La dicha muere donde el hombre vive.»
Triste verdad que me persigue ansiosa

Como una maldición, desde que oculto
Del mundo en los fatídicos arcanos,
Me dice la razón ¡extraña cosa!
Que mire como insulto
El lenguaje falaz de los humanos;
Y la duda cruel, la horrible duda
Con su faz descarnada, sólo alienta
Cual hórrida tormenta
En torno de mi sér: vibra su acento
En mi mente desnuda
Del ropaje que ciñe el sentimiento,
Y con su lengua ruda
Engendra mi pesar y mi tormento.
¿Dónde existe la fe de mis mayores?
Aquella blanca venda
Que me legó mi madre por ofrenda
De su vida en los últimos fulgores;
Aquel grandioso velo
Que el mundo me ocultaba con el cielo,
Se rasgó para siempre; busco en tanto
El altar que en mi pecho le tenía,
Y sólo encuentro fría
La razón anegándose en el llanto.
En otros tiempos de feliz memoria,
Cuando mi vida plácida surcaba
Las purísimas ondas del deseo,
Olvidando la dicha transitoria
Del hombre, yo soñaba
Con alcanzar, cual nuevo Prometeo,
Un porvenir de amores y de gloria.

Pisé del mundo la extensión inmensa,
Y... ¡no quiero pensarlo, padre mío!
Porque aun siento el vacío,
Donde la vida humana siente y piensa.
Después.... después, á solas con mi llanto,
He soñado despierto tantas veces,
Y al volver de mi sueño con espanto,
He apurado ya tanto
Del cáliz del dolor las turbias heces,
Que al pretender huir de mi despecho,
Hoy llego hasta tus brazos,
Alta la frente, sí, pero en el pecho
Llevando un corazón hecho pedazos;
Sin patria y sin hogar, cual peregrino
Que en el ancho desierto extraviado,
La fe pierde, y la calma,
Yo dejo en cada abrojo del camino
Un jirón de mi alma
Por el rudo pesar ensangrentado.
¡Qué extraño, padre mío,
Que sienta como el loco que delira
El vértigo que ofusca mi albedrío!
¡Si mi pecho suspira,
Y llora el corazón, ¿qué hará mi lira?
Los juegos inocentes de mi infancia
Breve, feliz, inquieta,
Como el vuelo de sutil mariposa,
Imagen de la dicha y la inconstancia,
Parécenme delirios de poeta;
Que en esta soledad tan espantosa

En que muriendo vivo,
La dicha, aun siendo mía, no concibo.
¡Cuántas noches de insomnio, Dios eterno,
He visto aparecer en mi memoria,
La hermosa lontananza
De aquel cariño tierno
Que fué al par de mi gloria
Cuna de mi niñez y mi esperanza!
¡Dichosa edad la de la edad primera!
Al pensar en sus horas de ventura,
Cruel remordimiento se apodera
De mi sér, que agoniza en la amargura;
Surge como fantasma del olvido
Tu recuerdo querido,
Arrojándome en cara la alegría
Que, al dejarte, sentía
Por el mundo insensato,
Y cruza por mi sienes esta idea:
Maldito siempre sea,
Maldito, veces mil, el hijo ingrato.
¡Qué hermoso era el ayer! El claro cielo
Encendía sus tímidos sonrojos
En el púdico anhelo
Que exhalaba mi madre por los ojos.
El aura suspirante é importuna
Copiaba de su aliento la ambrosia,
Y al débil movimiento de mi cuna,
Cuando mis ojos tímidos abría,
Mi madre junto á mí se sonreía.
En las noches de invierno, junto al fuego,

Al escuchar temblando
Gemir en los cristales rebramando
El recio vendaval, dejaba el juego,
Trepaba temeroso á tus rodillas,
Y en ellas olvidaba mis agravios,
Las consejas oyendo que, sencillas,
Brotaban cariñosas de tus labios.
Del templo en las seráficas mansiones
Postrábame de hinojos
Y trémulo á los cielos adoraba,
La venda de la fe puesta en los ojos,
Y en los labios las dulces oraciones
Que el alma de mi madre me inspiraba.
Yo recuerdo los campos y las flores,
Las aves que alegraban la floresta,
La casita modesta,
Los mil y mil lugares seductores,
Testigos ¡ay de mí! de mis amores.
Y al verme en este valle solitario
En incesante lucha con las penas,
Que me oprimen cual lóbrego sudario,
Parece que circula por mis venas
El frío de la muerte,
Y brotan de mis flébiles pupilas
Lágrimas de dolor, más intranquilas
Que las fúnebres sombras de mi suerte.
Aun mi mente traspasa
El recuerdo fatal de aquel momento
En que dejé, infeliz, la santa casa
Donde tengo mi altar; aun viva siento



La dramática escena que al dejarte
Inspiró mi dolor á tu ternura,
Al querer ocultarme tu amargura,
Que brotó cual torrente al abrazarte.
Tu frente, más serena
Que la misma virtud, resplandecía
Como el astro del día
Pendiente del zenit; horrible pena
Nublaba tu semblante; mil destellos
Vertía tu mirar resplandeciente,
Y rodaba en los surcos de tu frente
La nieve celestial de tus cabellos.
Cuando tu labio trémulo, inseguro,
Vibró solemne y puro
En tan supremo instante,
Y yo con ansia loca
Escuché estas palabras anhelante
Que salieron temblando de tu boca:

—Hijo mío, la humana muchedumbre
Es al grande Océano comparable,
Y quiero que en su piélago insondable
El faro de mi amor siempre te alumbre.

El mundano oropel no te deslumbre;
La virtud solamente es adorable,
Y advierte que la dicha es perdurable
Y eterna debe ser la pesadumbre.

No envidies el poder ni la riqueza,
Ama el duro trabajo aunque te asombre,
Que es el goce mayor de la pobreza;

Mas si despues de conocer al hombre
Destroza un desengaño tu albedrio,
Acuérdate de mí, pobre hijo mío.—

Calló tu acento; me arrojé en tus brazos
Con el alma anegada de tristeza
Y el pobre corazón hecho pedazos.
Agolpóse la sangre á mi cabeza
Con fuerza impetüosa,
Cual roja lava de fundido acero;
Pero todo pasó, por fin me diste
El frio adiós postrero:
Se deshizo cual nube tormentosa
El rayo ardiente de mi amor sincero,
Y entonces dejé triste
Tu casita modesta, más hermosa
Que aquella que sus muros de oro viste,
Llevando en mis imágenes de niño
La fe, la inspiración y tu cariño.

¡Cuánta verdad dijeron tus palabras!
En el mar de la vida en que me pierdo,
Mi dicha eterna labras
Al verte como un faro en mi recuerdo.
El mundo me ha mostrado
Como exótica planta al hombre honrado;
Y mi razón, huyendo dolorida
De esa moral aleve,
Que infiere en el pudor sangrienta herida,
Hasta las playas de tu amor se atreve;
Ya que del mundo en los revueltos mares

Mi dicha naufragó, no mis pesares.
Tu nombre, padre mío,
Destruye los arcanos de mi suerte;
El placer más feliz de mi albedrío
Lo cifro en admirarte y comprenderte;
Y mi mente en tu espíritu extasiada
No soñará ya más desesperada
Con las mudas caricias de la muerte.

Aun puedo ser feliz: la gloria vana,
Que cual sombra liviana
Levantó su espejismo ante mis ojos;
Los cínicos engaños
De la mujer que amé cual soberana
De mi vida y mi amor; los mil enojos
Que en el curso incesante de los años
Acumuló en mi alma el sufrimiento;
Los fieros desengaños
Que conturban mi espíritu marchito,
Y esa vaga ansiedad del desaliento,
¿Pueden algo importarme, si aun palpitan
Tu cariño hacia mí, que es infinito,
Y tu eterna bondad, que es infinita?
¿Qué me importan el mundo y sus desdenes,
Ni las caricias de la farsa impura,
Si en tu conciencia paternal aun tienes,
Para calmar mi insólita amargura,
Un tesoro de amor y de ventura?

En tu frente surcada
De arrugas, donde impávida flamea
La llama sacrosanta de la idea,

Leeré la historia de tu vida honrada.
Y mientras que mi mente se recrea
En admirar tus canas oscilantes,
Haré de tus pupilas todo un ara
Donde aprendan las mías anhelantes
Á mirar á los cielos cara á cara.
Pero en tanto mi espíritu no acierta
Á comprender tu anhelo realizado,
Me grita el corazón:—¡Alma, despierta!...
Alza del polvo donde vives muerta....
¡Gracias, padre del alma, me has salvado!

Las flores del cielo.

HISTORIA DE UN NIÑO

Su historia fué breve,
Breve como un beso;
Y triste, muy triste,
¡Como son mis sueños!
¿Queréis escucharla?
Oídme un momento:
Pues, señor, que esta era una madre
Y un hijo muy bello.

Aquel niño hermoso
Miró al firmamento,
Y al ver las estrellas
Brillar á lo lejos,
—Mamá,—preguntaba,—
Mamá, ¿qué es aquello?—
Y la madre decía:—Hijo mío,
Las flores del cielo.

Pasó más de un año;
Cayó el niño enfermo,
Y al ver á su madre
Llorar en silencio,
—No llores,—le dijo,—
¡Si yo no me muero!
Es que voy á subir, como un ángel,
Por flores al cielo.

Apenas la noche
Vistióse de negro,
El alma del niño
Subió hasta el Eterno.
De entonces la madre
¡Ay! vive.... ¡muriendo!
¡Con sus lágrimas hacen rocío
Las flores del cielo!

Mi vecina y el sol.

Festones de grana y oro
Pueblan los límpidos aires,
Que se dilatan y ondulan
Como movibles encajes.

Amanece; y en las cimas
De las montañas gigantes,
Las hebras del sol serpean
Entre los tibios celajes.

Olas de luz el ambiente
Lleva desde el monte al valle,
Y en la ciudad penetrando
Inundan de luz las calles.

En una abierta ventana
Percíbense dos amantes,
Que ensayando despedidas
Cierran manos y ojos abren.

Yo, apoyado en el alféizar

De mi balcón, miro alzarse
El sol, que vierte en el mundo
La lumbre de sus volcanes;
Y desgarrando las brumas
Va envolviendo con sus haces,
Reja que guardar no puede;
Mantón que ocultar no sabe.

Por fin la amante pareja
Se separa, y suspirante,
Triste se queda la hermosa
Mientras él cruza la calle.

Dobla la desierta esquina
Y un adiós vibra en los aires,
Como el rumor de un suspiro:
Parece un beso.... ¡quién sabe!

Ruborosa como el niño
Á quien sorprende su madre
Hurtando una golosina,
Queda la bella al mirarme.

Salúdame balbuciente,
Y una sonrisa inefable
Plega sus labios, y el viento
Escucha atento estas frases:

— ¡Qué temprano sale el sol,
Vecina, cuando usted sale!

— Es que la noche es muy corta.

— Es que el cariño es muy grande.

— ¿Ha visto usted?

— Sólo he visto

En la aurora deslumbrante

Fundirse en un sol los soles
De sus ojos celestiales.
¡Qué hermoso sol, vecinita!
—¡Ay, vecino, qué cargante!

Lo eterno.

La vida es un instante pasajero,
El amor una ráfaga ligera,
El placer la impresión de una quimera
Y la muerte el fugaz grito postrero.

Acaba el porvenir más lisonjero,
La esperanza liviana del que espera,
El poder absoluto del que impera
Y hasta muere el dolor con ser tan fiero.

Instable es la riqueza y pompa vana,
Que con leyes tiránicas gobierna
Al mundo que la erige soberana;

Tan sólo la virtud, la virtud tierna
Que tu rostro magnífico engalana,
Es inmutable, indestructible, eterna.

En el cielo y en la tierra

Es tan gigante de la mente el vuelo,
Que en alas de su amor, el alma mía
Recorrió con su altiva fantasía
Los ignotos alcázares del cielo.

Llevada por las ansias de su anhelo
En nubes de topacio se mecía,
Mas presa de mortal melancolía
Plegó sus alas y volvióse al suelo.

No estaba en la cerúlea lontananza
La suprema ambición de su ternura
Ni la dicha feliz de su esperanza.

Y al pensar en tu alma, siempre pura,
Recordaba entusiasta y amorosa
Que el cielo tiene un Dios, mas no una diosa.

Á ***

MANDÁNDOLE UN DEVOCIONARIO.

De la religión emblema
Es este libro bendito,
Que Dios con su sangre ha escrito
Dejando al mundo un poema
De su poder infinito.

Con tu amor lo comparé,
Y consultando mi erario
Pobre, pero rico en fe,
Dije: ¿Qué regalo haré
Mejor que un devocionario?

¿Lo admitirás? Creo que sí,
Apréndelo por los dos:
Yo en cambio quiero de tí
Un recuerdo para mí
Cuando le reces á Dios.

Á una profesora.

«Ah, de cuántos pesares libra á estas vírgenes aquel sencillo velo que las oculta del mundo!»

CHATEAUBRIAND.

—Dios te salve, María;—dijo el Ángel
Á la mujer más pura de la tierra:
La Virgen sacrosanta,
Cuya virtud los cielos agiganta.
Y yo, pobre mortal, que en la contienda
De la lucha sin fin de las pasiones,
Cual átomo sin luz me precipito
Por la escabrosa senda
Que Dios desde sus célicas regiones
Señaló en este mundo á lo finito,
Al admirar la mágica ternura
Que ostenta como escudo
Tu virgen corazón y tu alma pura,
Como el Ángel de Dios, yo te saludo.
Hoy que aun eres mujer; hoy que mi acento
Puede llegar hasta tu celda oculta

Como la humilde ráfaga de viento
Que triste se sepulta
En el claustro interior de tu convento,
Mi voz, rompiendo aleve
El silencio feliz de tu honda calma,
Á alzar á tí se atreve
Los rumores que brotan de mi alma.
¡Mañana será tarde! El nuevo día
Al cubrirse en Oriente de oro y grana,
Tan sólo la armonía
Del espirante són de la campana,
Ó las notas del órgano sonoro,
Serán las arpas de oro
Que conmuevan de amor tu fantasía;
Y tu santo retiro
Jamás será turbado
Ni por el blando acento de un suspiro,
—Que á veces un suspiro es un pecado,—
Ni por el ronco y torpe clamoreo
Que forman, en su lucha exasperada,
Las turbulentas olas del deseo
Contra el recio cancel de tu morada.
Vas el mundo á dejar; la vida austera
Llenará de deleites tu camino,
Sembrado por las flores
De la hermosa y riente primavera,
Con que el Dios Uno y Trino
Recompensarte quiso tus amores;
¡Á tí, que es tu elemento
Gozar de las delicias del convento!

Ya el día que amanece
No volverá á alumbrar tu frente hermosa,
Sin sentir el fulgor que resplandece
En tu diadema virginal de esposa
Con que Dios al honrarte se envanece.

Acaso de tus ojos brote el llanto
Y rueden intranquilas
Las perlas que nublaron tus pupilas
Al dejar para siempre á tanto y tanto
Corazón que te adora...

Enjuga esos destellos del cariño:
Tú lloras como el niño
Que al morirse va al cielo y antes llora.

¿Qué te importa, mujer, que el negro velo
Encubra tu alta frente,
Si llevas todo un cielo
Grabado en las entrañas de tu mente?

¿Qué te importa, mujer, que espesos muros,
Cual paredes de un lecho funerario,
Escondan en el claustro solitario
Tus sentimientos puros,
Si oçulta en la penumbra
Que forman las tinieblas en el coro,
Una lámpara alumbra
Con macilenta y moribunda llama
Que imita un haz de oro,
La imagen de tu esposo que te llama
Con el lenguaje tierno
En que habla á sus querubes el Eterno?

¡Sublime concepción! ¡Cuadro grandioso

Que la mente febril me represental
Ver al Dios poderoso
Y á la débil criatura,
Que de tanto sentir casi no alienta,
Á la luz mortecina que fulgura
En el vaso de plata, cual lucero
Que nace placentero
Al espirar la tarde
Y en los espacios soñolientos arde.
¡Tú de rodillas; el altar sagrado
Delante de tus ojos,
Y de tus labios rojos
Saliendo el corazón enamorado,
Que reza sus plegarias
Y repiten la nave solitarias!
Sobre el altar, sangriento crucifijo,
Rígido, helado y yerto,
Al resplandor incierto
De la luz de la lámpara que oscila,
Parecerá que tiembla, que vacila
En el hueco dorado,
Y quiere descender del ara santa
Para escuchar el ritmo enamorado
Que vibra el corazón en tu garganta.
Y allá en lo alto, por la estrecha ojiva
Que rompe el ancho muro,
Asomando la luna fugitiva
Un rayo tenue y puro
Al través de los vidrios de colores,
Se llevará en sus hebras nacaradas

El éter inmortal de tus miradas
Que hacia el cielo dirigen sus fulgores.
¡Dichosa veces mil! Lejos del mundo,
Donde la dicha humana es ilusoria,
De tu claustro profundo
Harás una semblanza de la gloria.
Uno tras otro, sin cesar, los días
Por tu vida dichosa irán pasando,
Como arpegios de dulces melodías,
Que pasan murmurando
Y á Dios, el aura lleva suspirando.

El sol que nace te verá postrada
Ante el ara de Dios, y en el ocaso
Tal vez detenga el paso
Para encender su fuego en tu mirada,
Que plácida fulgura
Con el rubor de tu conciencia pura.

En las noches eternas; ya deslumbre
El brillante rielar de las estrellas;
Ya rasgue la techumbre
El rojizo fulgor de las centellas;
Ya la brisa riente
En la ojiva calada
Agite los cristales blandamente
Como una mariposa aprisionada;
Ya el huracán bravío
Cual gigantesco río
Con fuerza colosal se desenfrene
Desde el alto y escueto campanario
Y de misterios llene

Las bóvedas del templo solitario....
Tú, desde el casto lecho
Á Dios bendecirás, y reverente
Aplacarás su furia omnipotente
Con sólo los latidos de tu pecho.
Después, en el cerebro ya cansado
Al reclinar tu espíritu sus galas,
Un ángel de tu dicha enamorado
Arrullará tu sueño con sus alas;
Y antes de amanecer, cuando tu anhelo
Despierte á tu razón con un suspiro,
Verás en tu retiro
Una escala de amor para ir al cielo.

¡Silencio! El bronce suena
En el espacio hueco,
Y sus gemidos, que repite el eco,
Llenan el corazón de amarga pena.
De la ronca campana
La lengua vibra notas sepulcrales,
Al anunciar terrible y sobrehumana
Tus tristes funerales.
¡Silencio! El bronce gime,
En torno gira su clamor que zumba;
El corazón se oprime....
El alma siente extraño desconsuelo;
¡Tu cuerpo va á la tumba!
¡Tu espíritu va al cielo!
Adiós, ángel-mujer; aunque taladre
Este postrero «adiós» mi fantasía,

Para hacer que renazca mi alegría
Te pido una oración para mi madre.

—¡Ay pobre madre mía!—

¡Dichosa tú, que la verás un día!

Adiós por siempre, adiós; ya de mis ojos

Te aleja para siempre inmensa valla;

Y ante tu mismo altar, puesto de hinojos,

El hombre llora y el poeta calla.

Juramento.

—Más que á mi dicha, más que á mi cielo,
Más que á mi gloria, más que á mi Dios,
Más que á la vida y al mundo entero
Te quiero yo.—

Así le dije, y ella, entreabriendo
Sus puros labios, dejóme oír:
—Me quieres mucho, pero no tanto
Como yo á tí.—

Con raro anhelo la ví temblando
Cruzar sus manos con emoción....
¡Mis labios fueron los Evangelios
Donde juró!

Dolora.

Por mi lado pasaba sonriente,
Recostada en hermosa carretela,
Y á un anciano escuché, que murmuraba:
—*¡Ay, infeliz de ella!*

En su ataúd dos hombres la llevaban
Al último lugar de la miseria,
Y el anciano decía sollozando:
—*¡Ay, dichosa de ella!*

Yo miré aquel contraste de la suerte,
Pensando del anciano en la sentencia,
Que la dicha mayor aun en la tumba
Es siempre la pureza.

Tu alma.... y la mía.

Entre las joyas divinas
Que brillantan los encantos
Con que conmueves á tantos
Y á mí siempre me fascinas,
 Agitándose en tu sér,
Como un querube en el cielo,
Con los ojos de mi anhelo
Te he visto el alma, mujer.

 Al verla, quedé indeciso
Y perdí la dulce calma;
Porque, Carmen, aquel alma
Me mostraba un paraíso.

 Paraíso de ventura,
Que en tí se muestra grandioso;
Paraíso tan hermoso
Como tu misma hermosura.

 Extático el que te admira
Enmudece á tu presencia,

Embriagado con la esencia
Del alma que en tí respira;
No pudiendo comprender,
En su amante paroxismo,
Que ese alma es un abismo
Donde tiene que caer:

Abismo que el que lo advierte
En él se arroja en seguida,
Y allí encuentra nueva vida
En vez de encontrar la muerte.

Por conseguir esa palma
He visto, Carmen, á tantos
Tropezar en los encantos
De tu purísima alma,

Que mi pobre corazón
Es un ejemplo notorio:
¡Por echarla de Tenorio
No sufrió mal revolcón!

Apenas puedo decir
Si fué mucho su placer,
Porque yo le ví caer
Y no le he visto salir:

Sólo me atrevo á afirmar,
Según puede colegirse,
Que eso de hablar de salirse
Es hablarle de la mar.

Allí vive y se dilata
Como el torrente en la vega,
Y de tanta luz se ciega,
Y de tanto amar se mata;

Pareciendo en sus desvelos,
Las dos almas de los dos,
Dos almas que van en pos
De dos glorias y dos cielos:

No advierten desde su altura
Del mundo las ambiciones,
Y así van los escalones
Subiendo de la ventura.

¡Qué dichosas! En su loco
Delirante frenesí

Van pensando para sí
Que todo el cariño es poco;

Y se juran de esta suerte,
Una por otra rendida,
Amarse toda la vida
Y hasta después de la muerte.

La tuya templa el quebranto
De *la mía*, que la adora;
Pero ella es más seductora
Y más buena y.... ¡vale tanto!

Unas veces se sonríe
Desde el cielo de tus ojos,
Y la mía sin enojos
Al verse en ellos se engríe:

Otras veces se propasa
Á sentir lo que es amor:
¡Así la tiene el pudor
Por la *loca de la casa!*

Pero no es verdad; sencilla,
Inocente, pura y bella,

No hay un alma como ella,
Ni que brille como brilla.
Al verla tan ideal,
El más incrédulo ateo
Tiene que creer, cual creo,
Que tu alma es inmortal:
Alma grande, cual profundo
Arcano de la conciencia;
Siendo tanta su inocencia,
Que apenas cabe en el mundo:
Alma digna de las artes
En su ambición más notoria;
Alma que vive en la gloria
Y está siempre en todas partes:
Yo la siento tras el velo
De tu flexible sonrisa,
En tus ojos, en la brisa,
En la tierra, el mar, el cielo;
Y en mi constante egoismo
Tanto ha sabido inspirarme,
Que he llegado á figurarme
Que también está en mí mismo.
Ella es astro que flamea
Cuando á tus ojos se asoma;
Es una blanca paloma,
Que en tu semblante aletea;
Es aurora de rubí,
Que rasga mi cielo oscuro;
Es un espíritu puro,
Que tiene un cuerpo hasta allí;

Es cristal que tornasola
El alma pura de Dios;
Es el alma de los dos,
Viviendo en un alma sola....

Cuando tu alma virginal
Con ella la comparé,
Recuerdo que pregunté:
—¿Será la de Dios igual?

Tú con tu boca bendita
Me dijiste:—Poco á poco;
¡Por Dios, no seas tan loco;
La de Dios es infinita!

Y yo pensaba sin calma
Que el cielo más bello fuera
Si, como el mundo, tuviera
Un alma como tu alma.

Extremadura.

AL EXCMO. SR. D. VICENTE BARRANTES

Cubierta de crespón la faz de nieve,
Desgarrada la noble vestidura,
Se encuentra la arrogante Extremadura
Ante la faz del siglo diez y nueve.

Sobre las tumbas de sus hijos bebe
Del cáliz del olvido la amargura,
Y resignada como Cristo, apura
Los desprecios altivos de la plebe.

Enferma de nostalgia, sólo un hombre
Puede ¡oh Barrantes! mitigar su pena
Con el prestigio inmenso de su nombre;

Y pues tu gloria sus anhelos llena,
Y sabes con tu genio electrizarla,
Tuyo es su porvenir, corre á salvarla.

Á la ciudad de Llerena

en la primera llegada de la locomotora.

Pueblo mío, despierta; ya la aurora
De tu vida el Oriente reverbera,
Arrancando á tus ojos la quimera
De ese sueño letal que te devora.

Ya silba la veloz locomotora,
Rugiendo en su frenética carrera;
Ya cruza nuestros campos altanera,
Rauda, fugaz, vibrante, atronadora.

Las músicas, el bronce y mil sonidos
Llevan al corazón grata armonía...
Son los cantos del pueblo convertidos
En notas de purísima alegría,
Que al resonar en el espacio undoso,
Parecen repetir:—¡Ya soy dichoso!

En el álbum

DE LA BELLÍSIMA GADITANA ***

Mudo como un ataúd,
Entre el polvo del olvido,
Estaba casi dormido
Mi destemplado laúd:

En los brazos del misterio
Oculta mi fantasía,
Tímida flor parecía
En medio de un cementerio;

Y estaba mi inspiración
Donde mis penas escondo,
En el abismo más hondo
De mi triste corazón.

Hoy, que en mis penas advierto
Un instante de ventura,
Al reflejar tu hermosura
En tu álbum entreabierto;

Hoy, que tu nombre me inspira,
Quiero mi lira templar,
Y tu belleza cantar
Al arrullo de mi lira.

De la oscura y densa bruma
Quisiera rasgar el velo,
Para pintar en el cielo
Tu belleza con mi pluma;

Y en vez del sol altanero
Y la luna alabastrina,
Tu hermosura, que fascina,
Alumbrase el mundo entero:

Quisiera con férrea mano
Humillar la horrible frente
Del simoun omnipotente
En el desierto africano;

Y en sus arenas quemantes
Como una hoguera divina,
Que el sol ardiente calcina
Con sus rayos deslumbrantes,

Quisiera estampar tu nombre
En mi delirio profundo
Para admiración del mundo
Y para envidia del hombre;

Y cual escultura griega,
Que en la noche del pasado
De algún recuerdo velado
El denso manto despliega,

Descubriese en la penumbra
Do la luz eterna crece,

Tu hermosura que enloquece,
Tu belleza que deslumbra.

Cuando próxima á espirar
Va la tarde declinando,
En el ocaso ocultando
Su luz el disco solar,
Parecen las nubecillas
Y los dorados destellos
El oro de tus cabellos
Y el nácar de tus mejillas;
Después, el día anochece
Azulando sus sonrojos:
Es el azul de tus ojos
Que en el espacio se mece;
Brisa ligera que agita
Su perfume embriagador,
Y al volar de flor en flor
Entre las flores dormita;
Hálito que besa y toca
Dos pedazos de coral,
Ese es, Carmen ideal,
El aliento de tu boca.
Hablas, y tu voz parece
Armonía embriagadora,
Algo que ríe y que llora,
Que electriza y adormece.
Ríes, y la dulce risa,
Emanación de tu sér,
Es un beso de mujer

Ó de un angel la sonrisa:

Miras, y el sol tornasola
El azul de tus miradas,
En tus ojos condensadas
Dos almas en una sola.

Eres tú la aspiración
De la suprema belleza;
En tí acaba y en tí empieza
La divina perfección.

Eres, mujer seductora,
Un ángel que á Dios engríe,
Una flor que se sonríe
Al despertar de la aurora.

Una perla que galana
En el cielo se vislumbra,
Una perla que deslumbra
Á la Perla gaditana.

—
Allá en las horas de calma,
Cuando la luna radiosa
Asoma su luz hermosa
Por las ventanas del alma,

En el disco que voltea
Por el ancho firmamento,
Como fugaz pensamiento,
Como fugitiva idea,

Contemplo á tu imagen pura
Brillar pálida á lo lejos,
Prestándole los reflejos
De tu sin par hermosura;

Y en el álbum donde escribo
Siento tu imagen hermosa,
Y en la luz tibia y dudosa
De los sueños que concibo;
Y aunque á mi sér no le cuadre,
Te verá mi fantasía
Hasta en la tumba sombría
De mi desdichada madre.

Adiós, Carmen; si algún día,
Sonriendo y sin enojos,
Clavas tus azules ojos
En esta pobre poesía;
Si distrae tu atención,
«Dicha que apenas soñé,»
Esta hoja que arranqué
Del álbum del corazón,
La poesía que deliro
Te dirá una voz secreta,
No es el canto de un poeta,
Es el eco de un suspiro.

Cádiz: 1887.

Misterio.

—Cendal divino de ondulante gasa
Que un ángel con sus alas agitó,
Tus bucles se entreabren, y en tu frente
Despierta la razón.

Es el aura jugando con tus rizos
Á impulsos del aliento de mi voz;
Es que tiembla la noche ante la aurora
Como á tu vista yo.

Ténue rayo de luz arde en tu frente,
Como en la nieve herida por el sol
Se proyecta en mil hebras encendidas
La sonrisa de Dios;

Y es que giran en raudo movimiento
Las olas de tu altiva inspiración,

Mientras brilla en tus ojos el hastío
De un alma sin amor.

Como el sauce inclinado hacia el abismo
Contemplo de tus ojos la atracción;
Son negros, y me dicen que tu alma
Es del mismo color.

¡Ay! En vano la luz del pensamiento
En tu frente su trono levantó:
Tienes mucho talento, pero en cambio
No tienes corazón.—

.....
Así te hablé una tarde, recordando
El placer que tu boca me negó:
Hoy.... misterios del alma, te perdono
Y te pido perdón.

A ***MANDÁNDOLE MI RETRATO

Cuando llegues á mirar
Este Arturo.... de papel,
Cuidado con abusar,
Porque se puede animar
Y yo no respondo de él.

Á Colón.

— —

Colón, genio sin segundo,
Que en lucha con la traición,
Del Occéano profundo
Hiciste surgir un mundo;
Dios te bendiga, Colón.

Junto al lecho que te encierra
Mi voz entusiasta zumba;
El sueño letal destierra,
Que hoy te aclama hasta la tierra
Más lejana de tu tumba.

Tu genio altivo, gigante,
Cual un mundo que voltea
En el espacio ondulante,
Es el astro más brillante
Que en la historia centellea.

Para que el hombre se asombre,
Le diste otro mundo al hombre
Digno de la humanidad,
Y el mundo, la eternidad
De la gloria da á tu nombre.

Cruzaste los anchos mares
En alas del entusiasmo,
Dejando en tus patrios lares
Odios, envidias, pesares,
Insulto, burla, sarcasmo.

Loco, loco te decía
El vulgo soez y el sabio,
Y tu lengua enmudecía,
Y en tu locura no vía
Pendiente un mundo en tu labio

Siglo indómito fué aquél,
Cuya más santa ambición
Era arrancar un laurel,
En lucha eterna y cruel,
Con razón ó sin razón.

Siglo donde el pensamiento,
Como el ave aprisionada,
Espiraba á fuego lento
En la celda de un convento
Ó en el filo de una espada.

Siglo de indomable lucha,
Que si fué su gloria mucha
Á ti gran parte la debe,
Y hoy el siglo diez y nueve,
Por darte más gloria, lucha.

Hoy España, enardecida
Ante tu santo recuerdo,
Sus locas luchas olvida
Y canta al loco más cuerdo
De aquella edad y esta vida.

España, aquella nación
Que dió vida á la creación
De tu espíritu fecundo,
Si darte no puede un mundo
Te da su gloria, Colón.

En otros tiempos, marchita
Te dió su orgullo una palma;
Y hoy, humilde, deposita
Ante el ara de tu alma
Su admiración infinita.

El arte con sus pinceles
Abrillanta tu pavés,
Y alzándote cien doseles,
Todo un bosque de laureles
Rinde entusiasta á tus pies.

La ciencia en tí ve un altar;
Dos mundos con frenesí
Admiran tu delirar,
Y hasta las ondas del mar
Parecen gemir por tí.

¡Ay! Un átomo perdido
Que de la nada surgió,
También hasta tí ha subido;
Si su voz llega á tu oído
«¡Perdónale, he sido yo!»

En un trozo de mármol.

Mármol, que oprimes dura y friamente
Mis sentidas poesías con tu planta,
Como si fueras puerta de una tumba
Sombria, solitaria.

¿Por qué no dices en doradas letras
Que escondes el cadáver de mis lágrimas?
¿Por qué no dices al tocar mis versos
«¡Aquí descansa un alma?»

Mi realismo.

¿Eres visión ó realidad? En vano
Lo pretende saber mi fantasía;
Te niega mi razón, y el alma mía
Rasga el tupido velo de tu arcano
Con los dedos de amor de la poesía.

Si es ilusión cuanto la mente crea,
Hija serás de mi perdida calma;
Mas tu ser en mi espíritu aletea....
Y te siento vivir dentro del alma;
¡Qué mayor realidad mi amor desea!

Diálogos sociales.

BAILE EN CASA DE LOS DUQUES DE M.

I

—Marquesa, está usted divina.

—Y usted, Conde, muy galante.

—Favor y ofensa á la vez,

Usted, Marquesa, me hace.

—Yo digo una gran verdad.

—Pero yo la dije antes.

—Yo me rindo á discreción.

—Y yo rindo vasallaje

Á usted, hermosa Marquesa.

—Gracias, Conde; en este instante

Puedo asegurar que sois

Extremadamente amable.

¿Y la Condesa?

—No sé....

Mas ya caigo, paseándose

En el jardín debe estar

Con mi primo el de Barrantes,
Aquel joven que de América
Vino dos semanas hace.
—Sí, le conozco; es muy bello,
Y mi esposa tan amable,
Que le enseña todo aquello
Que aquel infeliz no sabe.
Es un bendito, Marquesa,
Una malva pusilánime,
¡Pero un archi-millonario!
—Ya me consta lo que *vale*.
—Mi esposa y él (¡simpatías!)
Van al teatro, á los bailes,
Al hipódromo, al paseo,
Y en fin, casi á todas partes.
Siempre juntos los encuentro
En palacio y en la calle,
Y nunca sale mi esposa
Sin que él no la acompañe.
Aquí vienen: ¡qué dos tímidos!
Voy, Marquesa, á acompañarles.
—(¡Ay! ¡Quién tuviera otro *primo*,
Y un marido tan petatel)
—(Es preciso hacer el tonto:
¡Es tan rico el de Barrantes!)

II

—Mire usted la del Ministro
Cómo ostenta sus brillantes.

--Del Ministerio de Hacienda

Dicen que esas joyas salen.

—Si es una mujer cualquiera
Que ha conseguido encumbrarse
Desde modista....

—¿Y aquélla?

—Yo la veo todas las tardes
Pasear en el Retiro,
Llevando en su carruaje
Al amigo de su esposo,
Con quien dicen....

—Pero, calle,

No encuentro en toda la noche
Á la hija de Olivares;
Aquella de quien se dijo
Que la sorprendió su padre
Con el Vizconde del Fresno.

—Nó, nó, si fué con un paje,
Un criado muy robusto.

—Pues yo creí que el amante
Había sido el noble jóven.

¿Y ella?

—Va de viaje,

Según dicen, por Europa.

—¡Jesús, con el frío que hace!
—¿Qué le importa el frío á ella,
Ni á su estado interesante,
Si ha de volver más esbelta,
Más caprichosa y más ágil?
—Pero el tiempo pasa pronto

Oyendo vuestro lenguaje,
 Y el reloj ya nos anuncia
 Que se va haciendo muy tarde.
 —Quede usted con Dios, Duquesa.
 —Baronesa, que Él la guarde.
 —(¡Qué murmuradora vieja!)
 —(¡Qué vieja tan murmurante!)

III

—¿Siempre, Laura, me amarás?
 —Siempre te seré constante.
 —¿Y me adoras?
 —Con delirio.

Mi corazón palpitante
 Sólo por tí, Ernesto mío,
 Incesantemente late.
 ¿Y el tuyo?

—El mío, Laura,
 Es un volcán humeante,
 Que va en lava convirtiendo
 Toda mi revuelta sangre.
 —¡Gracias, Ernesto del alma!
 —¡Qué feliz, Laura, me haces!
 —(¿Qué dices, amiga mía?
 ¿Por qué me llamas aparte?...
 ¿Que si estoy enamorada
 De Ernesto? ¡Qué disparate!
 Me divierte mientras otro
 Mejor llega á presentarse.)

—(¿Que Laura es fea, me dices,
Y coqueta é inconstante?
Todo lo sé, pero esos
Son pecados perdonables.
Ante la bula de un dote
¡Qué no será dispensable!)

IV

—Adios, bravo General.
—Adios, Condesa adorable.
—(¡Qué Condesa tan coqueta!)
—(¡Qué General tan cargante!)

Á un suicida.

Aun recuerdo tu cráneo destrozado
Manando sangre por la abierta herida;
Aun recuerdo tu mano de suicida
Oprimiendo el rewólver descargado.

El cristal de tus ojos vidriado
Lanzaba su postrera despedida,
Y tu exánime cuerpo, ya sin vida,
Rodaba por el suelo ensangrentado.

Sobre el negro pupitre de tu mesa
Una carta sombría se ostentaba:
Era el adiós postrero á tu Teresa.

Y al pie de tu sepulcro yo recuerdo
Que *esa mujer* riendo murmuraba:
—Si alguna vez le he visto no me acuerdo.

Á un Doctor católico.

* Miradle, está en su lecho; moribundo
Fija en Dios su purísima conciencia,
Y absorto ante la magna Providencia,
Ora su labio con fervor profundo.
De la Parca el cuchillo furibundo
Corta el hilo vital de su existencia,
Y al morir como apóstol de la ciencia
Entrega su alma á Dios, su cuerpo al mundo.
Silencio, no llorad.... Que nunca zumbe
En torno de su tumba el desconsuelo,
Que la muerte no mata al que sucumbe
En los brazos de Dios, y á vuestro anhelo
¿Qué importa que un cadáver se derrumbe,
Si el alma es inmortal y sube al cielo?

Recuerdos de la aldea.

En un oculto valle de Extremadura,
Olvidada y dichosa, tranquila y pura,
Entre olivares,
Se levanta una aldea, la de Pallares.

Son sus casas encanto de los sentidos,
Pequeñitas y bellas, como los nidos
Que en los zarzales
Cuelgan las tortolillas y los pardales.

Alegre y sonriente, pobre y bendita,
Se levanta en el centro la santa ermita;
Parece, al verla,
Entre copos de nieve, nevada perla.

Es su hermosa campiña rica guirnalda,
Que viste los colores de la esmeralda;

Y los rosales

Crecen á las orillas de los breñales.

Nacen las madre-selvas en los vallados,
Las rojas amapolas en los sembrados;

Y trepadoras

Suben por las encinas las zarza-moras.

Entre las verdes mallas de una alameda,
Donde duerme y suspira el aura leda,

Los ruisseños

Cantan, lloran y ríen trovas y amores.

Oculto por las frondas que el campo esmalta,
Entre guijos y flores la fuente salta;

Y murmurando

Un *adiós* y un suspiro se va llorando.

Cual inmenso oleaje que llega al cielo,
De colinas el campo salpica el suelo;

Y allá en las lomas

Hay casitas tan blancas como palomas.

Bordando de caireles la blanca piedra
Se entrelaza en las norias la verde hiedra;

Y un ¡ay! gimiendo,

Crugen los cangilones que van subiendo.

Cruza culebreando por la pradera,
Como cinta nevada la carretera;

Por donde, ufanos,
Conducen sus carretas los aldeanos.

Aquí, prestan su aroma los naranjales;
Allá, fresco las ramas de los nogales;
Allí, en el cauce,
Moja su cabellera rizada un sauce.

En el lejano monte los corderillos
Triscan entre las jaras y los tomillos;
Y los pastores
Se duermen á la sombra, sobre las flores.

Nadie á turbar se atreve la dulce calma
Que siente el aldeano dentro del alma;
Porque á aquel suelo
No llegan más rumores que los del cielo.

La paz dulce y tranquila de sus hogares
No la interrumpe el eco de los pesares;
Sus moradores
Viven, cual mariposas, entre las flores.

Si suena la campana, tocando á muerto,
Imita con sus notas dulce concierto:
Canta victoria,
Porque un alma del mundo sube á la gloria.

Al sentir los efluvios de aquella calma,
El corazón sonrío, se alegra el alma;

Y los pesares

Huyen de los vergeles que hay en Pallares.

Allí es puro el acento de las pasiones;
Allí viven en uno los corazones;

Allí la llama

Del amor verdadero todo lo inflama.

Allí el rumor no llega de las orgías,
Ni del pudor que muere las agonías;

Todo su anhelo

Es hacer de la vida mansión del Cielo.

¡Oh campos de Pallares, que tanto admiro
Escuchad el acento de mi suspiro;

Es una trova

Que al corazón el alma temblando roba.

Una hermosa mañana de primavera,
Al pisar tu campiña por vez primera,

Brindóme franca

La amistad, una bella casita blanca.

Guardo tantos recuerdos de aquellas horas,
Breves como las dichas más seductoras,

Que nunca olvido,

Los risueños placeres que allí he sentido.

Bajo una vieja encina, cabe á la sombra,
Sirviéndome la grama de verde alfombra,

Oí extasiado
Amores, que yo dudo si habré soñado.

Por aquel tortuoso, breve sendero,
Vagaba con la hermosa, que yo más quiero;
Las florecillas
Se inclinaban, por vernos, á las orillas.

Nos sentábamos juntos en la alameda,
Sobre el césped, tan fino como la seda;
Ella leía
Unas veces, y otras me sonreía.

Quando el sol arrojaba tímido rayo,
Los dos bravos ginetes, de mi caballo
Por la pradera,
El vértigo sentimos de la carrera.

La noche, ennegreciendo las nubes de oro,
Me ocultaba á la hermosa que tanto adoro;
Y al otro día,
Quando el alba asomaba, también la vía.

Mas la dicha es voluble, cual mariposa
Que inconstante camina de rosa en rosa,
Y una mañana
Dejé triste á la aldea y á la aldeana.

En los cielos ardía vivido rayo;
Como un cuerpo sin alma monté á caballo.

—Adios, mi vida,—

Dije, y al noble bruto tendí la brida.

En la cumbre más alta, desde lo lejos,
Percibí de la aldea los mil reflejos,
Que en lontananza,
Más que no las pupilas ve la esperanza.

—Adiós,—dije mirando con amargura.
—Sé feliz, fértil valle de Extremadura.
Y tú, mi hermosa,
Sé cual flor de la aldea, pura y dichosa.

Eva.

Despertó la creación; todo sumiso
Ante el gran Arquitecto parecía,
Y el mundo en su carrera recorría
La órbita que Dios fijarle quiso.

No era feliz Adán; triste, indeciso,
Vagaba por la selva noche y día,
Y en su ignoto pesar no comprendía
La hermosa esplendidez del Paraíso.

—¿Qué quieres?—dijo Dios;—¿por qué orgulloso
Desprecias la quietud de tu retiro?
¿Qué desea tu espíritu ambicioso?—

Y contestóle Adán:—Busco anhelante
Un buen revólver para darme un tiro....—
¡¡¡Y nació la mujer en este instante!!!

Desagravio.

Despertó la creación; todo sumiso
Ante el gran Arquitecto parecía,
Y el mundo en su carrera recorría
La órbita que Dios fijarle quiso.

No era feliz Adán; triste, indeciso,
Vagaba por la selva noche y día,
Y en su ignoto pesar no comprendía
La hermosa esplendidez del Paraíso.

—¿Qué quieres?—dijo Dios al primer hombre.—
¿Qué desea tu espíritu arrogante,
Digno de tu ambición y de mi nombre?—

Y contestóle Adán:—Busco anhelante
Un altar que deifique tu renombre....—
¡¡¡Y nació la mujer en este instante!!!

Consejos.

YO A MI MISMO

Arturo, esposo futuro
De doña Carmen Solana:
Ya que tu espíritu.... puro
Tanto en casarse se afana,
Escúchame bien, Arturo.

Excuso decirte que
Siempre amigo tuyo fué
El autor de esta lección;
Préstame, pues, atención;
Desdobra esta carta, y lee.

Dicen, que el casarse es cosa
Lo más necia y espantosa
Que en el mundo puede darse,
Y es, porque suelen casarse
Con una cualquiera.... en prosa.

Pero tú, que el alma das,
Siguiendo gusto diverso,

Á aquella que quieres más,
Y pronto á casarte vas

Con una poetisa.... en verso,

Serás feliz: yo confío
En las musas del Parnaso,
En tu numen y en el mío;
Conque te casas, me caso,
Nos casamos, y al avío.

Alguien pensará quizás,
Al escuchar mis razones,
Que son locas ilusiones,
Fantasías, nada más,
Que suelen dar desazones.

Pero esto nada me inquieta:
La gran dicha del poeta
Es soñar, para vivir,
Y esto es fácil conseguir
Sin gastar una peseta.

Escúchame, pues, un rato;
No me juzgues de insensato
Hasta escuchar mi proclama,
Que voy á darte un programa
Bueno, bonito y barato.

Dices que estás sin dinero;
Que tu clientela va escasa;
Que le debes al casero;
Pero ¿no ves, majadero,
Todo un tesoro en tu casa?

Tu Carminda te provoca
Á desechar los agravios,

Que en tí tanta falta evoca
Con el coral de sus labios
Y las perlas de su boca.

Mejor que las florecillas
Que esmaltan el valle ameno,
Tiene, puras y sencillas,
Azucenas en su seno
Y rosas en sus mejillas.

Siempre en continua emoción
Podéis, tranquilos, gozar
De la hermosa inspiración,
Y en pos del arte soñar
Sin pagar contribución.

Si sentís esos enojos
Que da el hambre á las entrañas,
Caza en montes y rastrojos,
Con las flechas de sus ojos
Y el arco de sus pestañas.

Si la sed os desazona,
Bebed la dulce ambrosía
Que en su boca se aprisiona,
Ó en la fuente de Helicon
El néctar de la poesía.

Si siempre el continuo trato
Del vulgo poco sensato
Os produce aburrimiento,
Viajad con el pensamiento,
Que es viaje muy barato.

Y el uno y otro confín
Cruzaréis en breve instante,

Y estando en Montemolín,
Podéis almorzar en Gante
Y tomar el té en Pekín.

Si vuestro sér soñador
Con un edén se encapricha,
Gozad, locos, sin temor
En el jardín de la dicha
De las flores del amor.

Si no tenéis (se dan casos
Entre nuevos Garcilasos
De no tener ni aun paraguas),
Con el cristal de las aguas
Haced botellas y vasos.

Con el manto de una ola
Viste á tu bello querube,
Y hazle, cual bella aureola,
Con la gasa de una nube
Una mantilla española.

Mas si persiste el atraso,
Sobre el jamelgo *Pegaso*
Huid de vuestro *Samuel*;
Y construid un hotel
En las cumbres del Parnaso.

Mas si con otros aprietos
Vuestro destino se mofa
De placeres tan discretos,
Os almorzáis una estrofa
Y tres ó cuatro sonetos.

Coméis rimas, madrigales,
Epigramas, orientales,

Y si el hambre mucho extrema,
Os cenáis un buen poema
Compuesto de octavas reales.

Viviendo tan retebién,
Haréis un mágico edén
Del retiro de los dos;
Y yo entonces, ¡vive Dios!
Seré dichoso también.

Mientras vamos engordando,
Los años irán pasando
Sin percibirlos pasar:
Tú, dedicado á soñar:
Tu Carmen, siempre soñando.

Y entre el amor y el anhelo
Que de su pecho se exhala,
Seréis los dos en el suelo,
El ave tú, y ella el ala
Que hienda el aire del cielo.

En un continuo desmayo,
En un loco frenesí
Viviréis, lejos de aquí;
Y yo, tu humilde tocayo,
No me apartaré de tí.

Esta vida de casado,
Exenta de torpe dolo,
Caro amigo, me ha flechado,
Pues es mejor vivir solo
Que estar mal acompañado.

Mi pluma, que esto emborriona,
No pienses se equivocó;

En lo antedicho razona,
Pues son la misma persona
Arturo, Carmen y yo.

Por eso yo, que soy viejo,
Y de mis canas me quejo,
Aunque á treinta no he llegado,
Para después de casado
Voy á darte otro consejo.

Cuando un disgusto profundo
Tu paz hermosa destruya,
No te muestres iracundo
Con tu Carmen, que en el mundo
No hay otra como la tuya.

Mas esa existencia amena,
Por más que la encuentres llena
De amor y felicidad,
Como Carmen es tan buena,
Y tú, *tan*.... calamidad,

Cuenta á tu Carmen el caso;
Y si su libre albedrío
Se atreve á dar un mal paso,
Y te contesta— me caso,—
Tú te casas, y al avío.

Adiós, pues, dueño futuro
De doña Carmen Solana;
Ya que tu espíritu.... puro
Tanto en casarse se afana,
Cásate, por Dios, Arturo.

Apuntes del natural.

A MI DIGNÍSIMO MAESTRO

EL ILUSTRE PROFESOR DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

D. ALEJANDRO SAN MARTÍN

IMPROVISACIÓN.

He penetrado en húmedos salones
De escasa magnitud y bajo techo,
Y he visto muchas camas en hilera
Donde agonizan débiles enfermos.

Yo los he visto sucios, demacrados,
De rostro contraído y macilento,
A impulsos de la fiebre revolcarse
Entre las sucias sábanas del lecho.

Sábanas que á manera de sudarios
Envuelven sus vivientes esqueletos,
Como si fueran tétricos fantasmas
Á las puertas de túmulos abiertos.

Yo he percibido el llanto y los gemidos
Que brotan incesantes de sus pechos,
Mezclando en sus palabras de agonía
La oración y el horrible juramento.

Y á medida que hablan ó enmudecen
Cómo van sus pulmones absorbiendo
La muerte que se cierne por los aires,
Por los aires del lóbrego aposento.

Y uno al sentir las ansias de la muerte,
Siente morir también al otro enfermo,
Mientras contempla los vidriados ojos
De alguno que á su lado yace muerto.

Y mientras todos en ferviente coro
A Dios entonan tristemente un rezo,
Y la campana en la elevada torre
Con su voz quejumbrosa toca á muerto,

Se oye la voz de alegre serenata
Ó se perciben del placer los ecos;
Y el infeliz se muere en la esperanza
De no sentir después el escalpelo.

.....
¿Y á este lugar de impúdica miseria
Damos el nombre de hospital modelo,
Fundado por el hombre humanitario?
Decid más bien por el sepulturero.
¿Pues qué es un hospital? ¿Es un asilo
Que da salud al enfermizo cuerpo?
Mentira: un hospital es la antesala
Por la que pasa el pobre al cementerio.

¿Por qué?

—¿Por qué tu dicha muestras
Siempre al lado mío,
Y el placer por tus ojos resbala
Rebosando delicias tu espíritu?

¿Por qué al alejarte
Te muestras esquivo,
Y entre el vulgo pareces un alma
Que marchita el pesar y el desvío?—

Así suspirosa
Mi amante me dijo,
Agitando sus ojos inquietos
Y moviendo sus labios purísimos.

—Es que al alejarme—
Contesté sumiso:—
En tus brazos me dejo la dicha
Y mis penas las llevo conmigo.

Anhelos.

Vén, Carmen, y pensemos
En la vida mortal:
Cuando uno de los dos rompa sus lazos,
¿Del otro qué será?

Como un espectro errante
Sin alma vagará,
Esperando que se abra de la tumba
La puerta para entrar.

Y el alma del que duerme
El sueño funeral,
Esperará llorando á la otra alma
Para el Cielo escalar.

Que es un alma sin otra
Un cadáver no más,
Y las dos un espíritu que tiene
Alas para volar.

Sor Teresa.

Una mujer desolada,
Envuelta en tosco sayal,
Junto á una ojiva calada
Se encuentra triste y postrada
En un antiguo sitial.

Á la luz pobre y medrosa,
Que penetra misteriosa
Por la ventana entreabierta,
Parece una monja muerta
Escapada de la fosa.

¡Ay! tras de aquellos sayales
Y aquella aparente calma,
Surgen rudos, colosales,
Sentimientos inmortales
Del corazón y del alma.

Tras los hierros enmohecidos
Que cierran la estrecha ojiva,
Escucha extraños sonidos
De placeres, y gemidos
En el aura fugitiva.

Es su vida delirar
De extraña ilusión en pos,
Porque llega á vislumbrar
Que el amor es un altar
Donde también se ama á Dios.

Apoyada la mejilla
Sobre su mano crispada
Ve pasar la nubecilla,
La estrella errante que brilla
Ó la alondra enamorada.

Y al ver el contorno vago
Que el tenue vapor formó,
Dice con acento aciago:
«Hasta las brumas del lago
Tienen alas, y yo nó.»

¿Á quién ama? Nadie sabe,
Hasta ella misma lo ignora;
Tal vez á la nube, al ave,
Al dulce acento del clave,
Al humo que se evapora.

No tiene forma ni seso
El amor de sus amores,
Y en su ilusorio embeleso
Siente envidia hasta del beso
Que el aura roba á las flores.

Ama cual la mariposa
Á la flor que la embelesa;
Una vez con faz llorosa
La sorprendió la abadesa.
Hablando con una rosa.

Otras veces en el coro
Su voz temblando se oyó
Decir entre triste lloro:
«¡Oh Dios mío, yo te adoro!»
Y el eco decirle, «nó.»

«¡Sacrilegal!» le decía,
Más que el eco, su pesar,
Y ella en vano se moría,
Porque entre penas sentía
Amar, amar, siempre amar.

Siente un mundo en cada objeto,
En cada idea otro mundo,
Y en su cerebro indiscreto
Nada se encuentra sujeto
Á su delirio profundo.

Luchando consigo misma,
Su alma entusiasta se abisma
Buscando á todo el por qué,
Y todo, todo lo ve
De la duda bajo el prisma.

En vano su mente evoca
El crisol de su inocencia;
En vano, con ansia loca,
Quiere ocultar tras la toca
La moribunda creencia;

Que el cadáver de la fe
Se asoma por su pupila,
Y ella, insensata, no ve
Que la fe cuando vacila
Es una virtud que fué.

¡Pobre niña! si recuerda
El mundo donde nació,
Ante el amor que perdió
Dice: *Por mucho que pierda,
¿Qué más puedo perder yo?

Perdí amores y placeres,
Perdí por siempre á los seres
Que alegraban mi existencia,
Y al grito de mi conciencia
También ¡oh conciencia! mueres;

Que aunque es santo el sacrificio
De aquel que en Dios se recrea,
Tras el sangriento cilicio
Mira mi mente un suplicio
En sólo adorar la idea.

Y es que el corazón ardiente,
En su eterna agitación,
Adora, delira, siente.
¡Quién, por muy indiferente,
Carece de corazón!

Nace la verdad desnuda
Aquí, donde más espira;
Y el alma que indaga, mira
En las entrañas la duda
Y en los labios la mentira.

¡Ay! Cuando breves mis años
Por mi vida discurrían,
Y sonrientes nacían
Esos placeres extraños,
Que mis ensueños fingían,

Jamás llegué á vislumbrar,
En mi dulce frenesí,
Que era un deber olvidar
Lo que Dios me enseñó á amar
Cuando el amor puso en mí.

Si mi alma está perdida
Amado, decidme ¡oh Dios!
¿Por qué me dísteis la vida,
Y me hicísteis homicida
De mí, del mundo ó de Vos?»

.
Calló la monja profesas;
Por su muda faz opresa
Una lágrima rodaba,
Y el mundo.... el mundo envidiaba
La dicha de Sor Teresa.

Soñar.

La noche está en silencio; dulce calma
Se siente en los espacios y en el alma;
La luna alumbra con su faz risueña
Del pueblo los contornos sonrientes,
Y parece decir á los vivientes:
—Feliz aquel mortal que adora y sueña.—

La atmósfera templada con su aliento,
Que embalsama el aroma de mil flores,
Inspira al corazón y al pensamiento
Angélicos amores;
Y en sus sutiles mallas trae presos
Yo no sé qué rumores
De pájaros, de brisas y de besos.
Riente, soñadora,
Recostada en la blanda mecedora,
Pareces dormir, luz de mis ojos;
Abierto está el balcón, y allá en la esfera
La luna te sonríe placentera,

Y yo, á tus pies, contéplote de hinojos.

¿Es que letal beleño

Adormece las ansias de tu mente?

¡Ah, nó! porque tu boca sonriente

Me dice sin hablar:—Despierta sueño;

Sueño con el amor de nuestra vida;

Sueño con un amor, que es nuestra historia,

Y por el cual olvida

El alma hasta la dicha de la gloria.

—Ingrata, sueñas, y tu sueño hermoso

Ocultas en el seno misterioso,

Donde en dulce pereza

Se apoya blandamente mi cabeza;

¿No sabes que mi oído

Descifra las ardientes pulsaciones

Del corazón herido

Por el dardo sutil de las pasiones?

Soñemos juntos; mueran los agravios,

Que tu silencio mi pesar provoca,

Y vierte tus palabras en mi boca

Como vierto mi espíritu en tus labios.

.....
Mi amada, sonriente,

Trémula, balbuciente,

Alzó los ojos, de ternura inciertos,

Y con ansia amorosa nos miramos,

Y, soñando despiertos,

Dios sabe aquella noche qué soñamos.

Cantares.

Al cementerio me fui
Á llorar por mi adorada,
Y las lagrimitas mías
De verme llorar lloraban.

Cuando voy al cementerio
Se alivia mi padecer,
Alpensar que en la otra vida
Nos volveremos á ver.

Hasta el rosal de su tumba,
Á quien miro como hermano,
Cuando tiene florecillas
Les amanece llorando.

Los suspiros de mi alma
Van donde mi corazón:

Á la tumba de mi madre
Y al sepulcro de mi amor.

Siempre pensando en la muerte,
Que no acaba de venir;
Así paso los umbrales
Que me separan de ti.

—Adiós,—me dijo mi madre;
—Adiós,—me dijo mi amor,—
Y yo me muero y no tengo
Á quién decirle mi adiós.

Siempre el cielo en las alturas,
El mundo siempre á mis pies;
Siempre el corazón conmigo,
Y tú siempre dentro de él.

Al verte.

Por fin puedo olvidar esos enojos
Que nacen en la noche de la ausencia,
Y hollar ante tu mágica presencia
De mi triste camino los abrojos.

Al mirar los angélicos sonrojos
Que imprime en tus mejillas la inocencia,
Sentiré renacer la pura esencia
Del cariño que brota de tus ojos.

¡Qué dichoso seré! Mi fantasía,
Como el sol que deshace densa bruma,
Derramará á torrentes su alegría;

Y el alma, que tu amor así me roba,
Al llevarte los versos de mi pluma
Te dirá mi pasión en una trova.

Salve.

Absorta mi razón, la voz concisa,
Muevo apenas mis labios tembladores,
Al mirar en tus ojos seductores
Del alma que te alienta la sonrisa.

Yo quisiera el murmullo de la brisa,
Como fiel mensajero á mis amores,
Y una flor colocar entre las flores
Que adornan tu diadema de poetisa.

Y tú, que en alas del altivo ingenio,
Ensanchas las fronteras de tu gloria;
Tú, que eliges el mundo por proscenio,
Que guarde eternamente tu memoria;
Tú, que en perlas conviertes tus ideas,
¡Dios te salve, mujer! ¡Bendita seas!

El Misionero.

«El Señor me ha enviado para evangelizar á los pobres.»

Evang. Luc., cap. 4.º, v. 18.

Lejos de mí la inspiración fecunda,
Que infunde en el espíritu potente
La libertad, que inunda
Con sus haces de luz la altiva frente
De este siglo inmortal que piensa y siente.
Lejos de mí el impulso soberano
Del corazón humano,
Que exalta la pasión con furia loca,
Cual eco colosal del Océano,
Que estrella su furor contra una roca.
Patria, mujer, amores,
Ensueños de este mundo seductores,
Huid lejos de mí; que el cielo sea
Espejo sacrosanto de mi idea;
Que resuene mi canto
Cual suena melodiosa en la espesura

La brisa suspirante, que murmura
Una oración á Dios, envuelta en llanto;
Que mi olvidada lira de poeta,
Como el salterio de David resuene,
Y los ámbitos llene
De esa armonía celestial, inquieta,
Que entonaba al Creador el Rey-profeta,
Para cantar con eco lisonjero
Al apóstol de Dios, al Misionero.
Á ese sér valeroso,
De espíritu animoso,
Que en el terrible batallar del mundo
Protege la virtud con fuerte egida,
Y es bálsamo fecundo
Que restaña la sangre de la herida
Abierta por el mal á nuestra vida.
También el Hombre-Dios Omnipotente,
Astro de eterna luz, que el mundo alumbra,
Misterioso poder que nos deslumbra
Con su pupila ardiente;
Ese Sér poderoso,
Que puso un dique al mar tempestuoso,
Y desgajó las aguas del torrente;
Que levantó las cimas de los montes,
Extendió los inmensos horizontes,
Dió luz á las estrellas,
Fulgor á las centellas,
Rumores á los lagos sonrientes,
Murmillos á las fuentes,
Y hasta el llanto del cielo para ellas...!

Que perfumó las flores,
Dió espumas á las olas,
Y fúlgidos colores
Al pálido tapiz de las corolas;
Ese Sér tan grandioso fué el primero
Que al orbe redimió cual Misionero.
Vedle surgir radiante en Palestina,
Como otro nuevo sol, y á su palabra
Jerusalén se inclina,
Y eternos mundos de virtudes labra
En la conciencia que su amor domina.
Mas por si no bastase la sublime
Expresión de su acento extraordinario,
Coge su cruz, elévase al Calvario,
Rompe de los esclavos las cadenas,
Y al pueblo que le mata lo redime
Con la sangre arrancada de sus venas.
Lágrimas de dolor vierten los ojos
Al recordar sus horas más cruentas;
En las cumbres del monte polvorientas
Los guijos del Calvario aun están rojos,
Y entre tristes abrojos
Las aguas del Cedrón aun van sangrientas.
Mas cada gota que arrebató fiero
El huracán al sacrosanto río,
Cada arena que arranca el aire frío
En el Gólgota engendra un Misionero.
¡Ah! Feliz el mortal que denodado
Siente en su sér la inspiración divina,
Y lanzándose en pos de lo ignorado,

Si perece, su espíritu esforzado
No mira en quien le mata al que asesina,
Sino aquella conciencia que ha salvado.
Y no basta á su ardor el santo celo,
Que raya en lo imposible del delirio;
Es tan grande su fe, que entra en el cielo
Por la gloriosa puerta del martirio.
Por él brilla la luz de la esperanza
En las tinieblas del que á Dios olvida,
Desgarrando en la negra lontananza
El crespón que nos cierra la otra vida.
Civilizar al orbe son sus fines;
Por eso, recorriendo sus confines,
En las pampas de América se interna,
Los desiertos del África recorre,
Y su palabra tierna
No hay maldad que no borre
Con su bondad, reflejo de la eterna.
En su constante batallar grandioso
Ostenta entre sus armas animoso
El Cristo que flamea
En lo alto de la cruz; el triste llanto
De la Virgen más pura de Judea
Absorta de dolor, y el rudo espanto
Que ante la sangre que de Dios gotea,
Estremece del mundo las mansiones,
Desgarra del altar el ancho velo,
Y hasta pierden su luz esos blandones
Que los astros encienden en el cielo.
Vedle ante el ara santa de rodillas,

Sirviendo á la virtud de raro ejemplo,
Cantar preces sencillas,
Que despiertan suaves
Las almas que se abisman en las naves
De las augustas bóvedas del templo,
En tanto que resuena allá en el coro
El cántico del órgano sonoro,
Que en melódicos trinos se dilata,
Y flota en el espacio el rayo de oro
De la ondulante lámpara de plata,
Que tiembla y que vacila
Al sentir del Eterno la pupila.
En un rumor lejano
Se deshacen las místicas cadencias,
Y entonces, sobrehumano,
Puesto en Dios sus potencias,
El santo Misionero
Sube del templo á la inmortal tribuna,
Y desatando el rápido torrente
De su amor verdadero,
Vierte su voz vibrante cual ninguna
La fe pura y ardiente
Que agita el corazón y arde en su mente.
El pueblo, estremecido
Y de entusiasmo lleno,
Escucha aquel rumor como un gemido,
Que vibra en la conciencia como un trueno
De extraña tempestad; grande elocuencia,
Que de la vida en el mortal desmayo,
Como un astro de luz enciende el rayo

Para así iluminar nuestra conciencia.
Y porque altiva brote
La enseña del amor en nuestro pecho,
De entusiasmo deshecho
Se agita más y más el sacerdote,
Cuyo acento sonoro vibra y crece;
Los muros estremece
Como una tromba que el espacio atruena,
Y los ámbitos llena
De esa armonía celestial, sublime,
Que en el Tábor los rayos encadena
Y á la espirante humanidad redime;
En su mano siniestra ostenta fijo
El cadáver de un Dios; el Crucifijo
Que muestra á la asombrada muchedumbre
Absorta de terror, y en lontananza
La purísima lumbre
Del perdón que por ella siempre alcanza;
Ese sér tan austero,
Esa antorcha ideal de la esperanza,
Ese apóstol de Dios: ¡El Misionero!

.....
¡Oh pueblo! Tú, que escuchas reverente
Del santo Misionero su lenguaje,
Admira su virtud, rinde homenaje
Al apóstol del Dios Omnipotente.

Hunde en el polvo la marchita frente,
Que aunque somos iguales en linaje,
El no honrar al Eterno es un ultraje
Que la conciencia más que el cielo siente.

Yo, que jamás rendí tributo odioso
Á la riqueza ni al poder artero,
Y ensalcé tus virtudes animoso.

Escucha el grito de mi amor sincero,
No dobles la rodilla al poderoso;
Pero besa los pies del Misionero.



La guerra.

I

La corneta y el clarín
Vibran acentos de rabia,
Incitando á los guerreros
Á la próxima matanza.
Corren unos presurosos
Á empuñar las férreas armas;
Otros, cubiertos de hierro,
Á sus corceles se lanzan.
Y todos van al combate
Entre risa y algazara,
Con la fiereza en el rostro
Y la embriaguez en el alma,
Mientras las madres de pena
Amargo llanto derraman.

II

Ya comienza la pelea
Con embravecido embate;

Cruzan las balas mortíferas
Por las regiones del aire,
Escondiéndose en los pechos
De los bravos que se batén.
El estruendo del cañón,
Los clamores del combate,
El choque de los aceros
Y los gritos de coraje
Resuenan en el espacio
Con pavor inexplicable....
Y en tanto mueren los hijos
Mueren de dolor las madres.

III

El silencio de la muerte
Por todo el espacio reina;
Ya no se escucha el rugido,
Ni el fragor de la pelea;
Los muertos y los heridos
Yacen en la sucia arena
Entre los charcos de sangre,
De sangre rojiza y negra;
Y aquel silencio parece
Que le grita á la conciencia:
—Mirad, mirad, insensatos,
Las ventajas de la guerra.
¡Cuántos hijos aquí muertos!
¡Cuántas madres allí muertas!

En la última hoja

del álbum de la escritora

D.^A MARÍA A. GONZÁLEZ DE A.

En esta hoja olvidada,
Donde palpita errabundo
Un acorde moribundo
De mi lira destemplada,

Entre los secos abrojos
Que dejó mi torpe huella,
Llegarás poetisa bella
Con el alma y con los ojos.

Alma hermosa, que parece
La eterna luz de consuelos,
Que allá, en los divinos cielos
De tus ojos resplandece.

De tus ojos, que deslumbran
Los ojos de la razón;

Porque son del corazón
Soles de luto que alumbran.

¡Es la inspiración que arde
En tí, como en el espacio,
Las neblinas de topacio
Que hiere el sol de la tarde!

Sigue, mujer, el ejemplo
Del genio, que al mundo abruma,
Y labrarás con tu pluma
Las murallas de tu templo.

Tú, que sientes en la mente
La inspiración más divina
De ese fuego que germina
En el pecho y en la frente,

Serás en las blancas olas
Que al cielo el arte dirija,
La primogénita hija
De las musas españolas.

Y yo, poeta sin fama,
Que en la soledad espira,
Como todo el que te admira
Seré alguno que te aclama.

Perdona, pues, si altanera
Mueve sus alas mi mente,

Y graba un grito estridente
En la página postrera.

Ella te dirá sumisa,
Al compás de mi laúd,
Cuánto admiro la virtud
En tu frente de poetisa.

Ella, á mi designio fiel,
Guarda, entre negros colores,
Una flor para tus flores
En su seno de papel.

Y tú, que hasta tí levantas
Mi dormida fantasía,
Recibe el alma que envía
Mi inspiración á tus plantas.

La comedia del amor.

— —

Expresan con elocuencia
Su indescriptible pasión,
Y se admiran y se adulan,
Y se dan pruebas de amor,
Y cada cual asegura
Que su cariño es mayor,
Y después de separarse
Así prorrumpen los dos:
—¡Qué cómica soy tan buena!
—¡Qué buen cómico soy yo!

Caridad.

Pidiendo de puerta en puerta
El necesario sustento,
Una anciana sin aliento
vive, ¡vive medio muerta!
Nadie á socorrer acierta
Su miserable orfandad;
Pero és tanta la bondad
De la humana condición,
Que al morir ¡oh compasión!
La entierran por caridad.

Mi casita blanca.

A MI QUERIDÍSIMA TÍA D.^a GUILLERMINA BUTLER

Allá lejos, muy lejos, donde apenas
Se escucha más acento
Que el ronco murmurar del raudo viento;
Allí donde las penas
Son cenizas no más, y en dulce calma
Dormita el corazón lejos del alma;
Allí donde las luchas mundanales
Tienen por todo campo la ancha fosa,
Y por dique á sus fueros ideales
Una fúnebre losa;
Allí donde descansa el delincuente
Junto al niño inocente,
Y en el revuelto fondo del osario
Los huesos carcomidos se asemejan,
En la noche sin luz, almas que dejan
Por el cielo la tumba y el sudario;
En el pobre y tranquilo cementerio

Del pueblo donde ví la luz primera,
Hay una tumba aislada, cual palmera
Que vive como Dios en el misterio.

Hija de los misterios de la fosa
La triste soledad guarda la estancia;
Tan sólo la inconstante mariposa,
Perdida entre las flores sin fragancia,
Se mece en los espacios silenciosa;
El monótono ruido, cuando llueve,
Turba el silencio, ó el reptil aleve
Que huyendo de la lluvia los estragos
Se esconde entre los secos jaramagos;
Y alguna que otra vez lanza su queja,
Preludiando fatídico graznido,
La tímida corneja
Que llora desde el borde de su nido.

Como la nieve que del monte arranca
El fiero vendaval, que torvo zumba,
Así la tumba es blanca;
Pero más que la nieve es fría la tumba,
—Que no hay frío que el alma más taladre
Que el hielo de la tumba de una madre,—
Y en medio de las fosas
Que acá y allá se encuentran esparcidas,
Formando ondulaciones parecidas
Á las ondas del mar tempestuosas,
Se asemeja el sepulcro blanqueado
Á un cisne entre las ondas reclinado.

Entre el musgo se ven diseminadas
Cruces de humilde sencillez austera,
Hechas con dos astillas de madera
Por un junco ya seco entrelazadas,
Que en sus brazos ostentan piedrecitas,
Mudos vestigios del mortal quebranto
Que siente el pobre mientras vierte llanto
Por el perdido objeto de sus cuitas;
Y es cada piedra púdico atributo
De oraciones, de lágrimas y luto.

Al campo de batalla de la muerte
El inculto recinto se asemeja,
Presentando doquier el rastro inerte
Que la Parca á su paso siempre deja.
Sucios cabellos, huesos carcomidos,
Pedazos de ataúd y de vestidos .
En rara mezcla la segur confunde,
Mientras se ve en los muros derruidos
La mole de los nichos que se hunde.
Y ¡sublime contraste! donde el hombre
Existe solamente por su nombre
Brotan las sonrientes florecillas,
Que aspirando el ambiente del espacio,
Hacen con sus corolas amarillas
Del antro de la muerte su palacio.

Pero ¡cuán fugaz es su hermosa vida,
Dulce como el rielar de las estrellas!
Cual miriadas de gérmenes perdidas

En el caos sin luz se mueren ellas.
Ráfagas fugitivas
De un instante de amor, sombras inciertas
Del marchito placer, las siemprevivas
¡Son flores siempre muertas!

¡Ay! en torno de tumba solitaria
También crecen las flores;
Crecen, como en la noche funeraria
Del alma los dolores;
Cada pétalo tiene en su peciolo
Una gota purísima de llanto.
¡Pobres flores del alma á quien inmolo
Ante el mudo sepulcro! ¡Sacrosanto
Altar de mi desvelo
Por donde sube mi esperanza al cielo!

II

En esa estancia sombría,
Donde el pavor sólo zumba
Siempre en torno de esa tumba
Para el alma tan vacía,
Mi ferviente idolatría
Vaga cual nube sin brillo,
Mientras temblando me humillo
Ante el muro blanqueado
Donde el artista ha grabado
Este epitafio sencillo:

«Aquí detrás de esta losa,
Valladar de la otra vida,
Está mi madre dormida
En el fondo de la fosa.
Aquí su cuerpo reposa;
Su espíritu huyó de aquí,
Y dejando tras de sí
Blanca estela luminosa,
Cruzó la esfera anchurosa,
Subió al cielo y está allí.»

Así dice en letras de oro
La lápida funeraria,
Que la entrada solitaria
Oculta de aquel tesoro:
Abrumada por el lloro,
Préstale una cruz su encanto,
Y en el frente sacrosanto
Que ostenta el muro bendito,
El buril un nombre ha escrito,
¡Y lo ha borrado mi llanto!

De la eterna lontananza
Deja ver el campo abierto
Aquel abismo desierto,
Del placer y la esperanza:
Á otros espacios se lanza
La mente, que vaga ansiosa;
Y cual leve mariposa,
Que tiende hacia Dios el vuelo,

Mira resurgir el cielo
En el fondo de la fosa.

La lápida sepulcral
Se transparenta á mis ojos,
Como al sentir los sonrojos
De la luz viva el cristal;
En su lecho virginal
Miro á mi madre bendita,
Y una voz así me grita,
No sin que el alma me hiera:
—Es tu madre, que te espera
En esa humilde casita.—

Cierta atracción invencible,
En lucha conmigo mismo,
Me empuja hacia aquel abismo
Con poder irresistible:
Siento sed inextinguible,
Cual herido moribundo
Que, en su delirio profundo,
El fuego febril lo inflama;
Y es que mi madre me llama
Desde el cielo de otro mundo.

¡Ay! mi turbado criterio
Jamás de la mente arranca,
Aquella casita blanca
Que existe en el cementerio.
Acariciando el misterio

Que sus entrañas encierra,
Y olvidado de la guerra
Ruda de mi eterno duelo,
He vivido yo en el cielo,
¡Y eso que muero en la tierra!

¡Ah! Cuando el hado recoja
De mi vida los despojos,
Y ya no sientan mis ojos
Lo negro de mi congoja;
Si empujado cual la hoja
Que el viento lleva tras sí,
Puedo llegar hasta allí
Donde mi madre dormita,
Será su humilde casita
Un palacio para mí.

Tal vez un ángel al dar
Sepulcro á mi desventura,
Al guardar la sepultura
Donde anhelo descansar,
Conseguirá descifrar
El misterio de mi anhelo,
Y hollando el movable suelo
Do nuestros cuerpos se exhiben,
—Aquí yacen, y allí viven,—
Diga señalando al cielo.

El amor.

En el trono de Dios su reino empieza,
Del mundo cruza la extensión grandiosa,
Y el hombre, con la frente ruborosa,
Se humilla al contemplar tanta grandeza.

Por él la universal Naturaleza
Vierte llanto ó sonríese gozosa;
Sueña el ave, despiértase la rosa,
Niega el creyente y el blasfemo reza.

Es la lámpara eterna suspendida
En los antros sombríos de la suerte;
Que en la noche del mundo adormecida

La gloria de los cielos nos advierte.

¡Su sola afirmación nos da la vida!

¡Su sola negación nos da la muerte!

Mis fiebres.

No puedo más; el pensamiento altivo
Se rinde ante la roja llamarada
De la fiebre infernal, cuya oleada
Sepulta al fin mi espíritu cautivo.

Delira la razón; cuando esto escribo
Cubre mis ojos venda ensangrentada,
Y mi cabeza se hunde en la almohada
Buscando en el no ser un algo vivo.

Riente como el cielo de la aurora,
Que en el caos vertió la luz primera,
Surge ante mí tu imagen seductora,

Mientras piensa la mente lisonjera;
Si tanto te ama mi pasión ahora.....
¡Cuánto amor te tendrá cuando me muera!

Á una coqueta.

Hace tiempo, cuando el mundo
Apenas yo columbraba,
Y á mi nodriza mamaba
Con entusiasmo profundo,
Dios con su inmenso poder
Lanzó en mi mismo camino
Un querube femenino,
Es decir, una mujer.

Eran sus blondos cabellos
Red de indecibles hechizos;
Bastaba mirar sus rizos
Para quedar preso en ellos.

Sus mejillas eran lumbres,
Que vistió de blanco y grana
El rubor de la mañana
Y la nieve de las cumbres.

Sus ojos, divinas galas
De sus hermosos abriles,

Parecían dos fusiles,
Ó mejor dicho, dos balas.
¡Qué mujer, válgame el cielo!
Con sólo ostentar su talle,
Se me llevaba de calle
Á más gente que Frascuelo.

Sus pies eran, si los ves,
Almendras que el viento trunca,
Y tan pequeños, que nunca
Le pude yo ver los pies.

Era la niña una perla
Disfrazada de querube;
Un amigo que yo tuve
Se quedó bizco de verla.

Y una vez que ví su boca,
Con más miel que cien panales,
Se rompieron los cristales
De mis quevedos de roca.

Era, en resumen, muy bella;
Pero era es tiempo pasado,
Y con el tiempo ha cambiado
Mucho la hermosura de ella.

Que el tiempo es tiempo perdido
Cuando en el rostro se fija,
Y ella, aunque mucho le aflija,
Por el rostro ha envejecido.

¡Qué lastima! en su constante
Afán de goces iluso,
No pensé que con el uso
Hasta envejece el diamante.

Y al fin el maldito espejo,
Que antes tanto la adulara,
Ya le ha dicho cara á cara
Qué su rostro ya está viejo.

Y al ver en él su belleza
Cómo se va marchitando,
Va la cabeza sentando,
¡Aquella altiva cabeza!

Que es achaque harto notorio,
Y la experiencia acredita,
Que se mete á cenobita
Quien no puede ser Tenorio.

Pero ella, como el guerrero
Que se bâte en retirada,
Quiere conseguir... ¡no es nada!
La conquista de un soltero.

Su tez, que fué alabastrina,
Hoy abrillanta y abona
Con agua de Barcelona
Y polvos de *velutina*.

Aquel orgullo, aquel rango,
Que era su mayor anhelo,
Fué para subir al cielo
¡Por una escala de fango!

Pobre camelia, que en pos
De placeres se consume;
Su belleza sin perfume
Es del mundo, no de Dios.

Y ella lo fué de tal modo
En su ambición ilusoria,

Que para escribir su historia
Mojaba la pluma en lodo.

Hoy cual náufrago perdido,
Que el abismo fiero toca,
Quiere afianzarse á su roca,
Es decir, á un buen marido.

Habla mucho de marqueses,
De condes y de dandís,
Y ha estado casi en un tris
De sufrir ciertos reveses.

Más de una vez se lo he dicho;
Pues, pensando con cordura,
Es muy mala *con el cura*
Y excelente *de capricho*.

Por eso al verla sombría,
Pensativa y disgustada,
Ansiando desesperada
Entrar en la vicaría,

Yo, que aunque joven soy viejo
En este pícaro mundo,
Y en experiencias abundo,
Le dí el siguiente consejo:

«No te metas en belenes,
Que los belenes se van,
Y sólo queda el refrán
Tanto vales, tanto tienes.

Ya que es tan fácil la enmienda
En usar careta ó cara,
En lugar de Trastamara
Sé señora de Trastienda.

Ya que tu belleza pierdes,
No pierdas esta ocasión,
Que es sufrir gran desazón
Que digas luego:—Están verdes.

Busca un marido cualquiera,
Aunque sea un animal,
Que la cuestión principal
Es el salir de soltera.

Mas si no oyes la verdad
Que mi consejo te augura,
Hallarás la sepultura
En tu misma soledad.

Y en tu sepulcro sin calma
Así escribirá un poeta:
—Aquí yace una coqueta,
Que la enterraron con palma.»

Epitafio.

Sólo horrible es la muerte cuando tarda:
Acuérdate, mortal, de esta sentencia;
Que si el honor, la dicha y la opulencia
Gusanos son que mi sepulcro guarda,
El hombre esconde más en su conciencia.

Brumas.

Es la vida tan breve,
Que no dura un segundo,
La guadaña del tiempo la limita
Cortando sin piedad su frágil nudo.

Llama fugaz que nace
Y pasa como el humo,
Dejando unas cenizas en la fosa,
Ó un cuerpo más errante por el mundo.

¡Ah! Sin amor la vida
No es vida, es infortunio:
El amor es el alma que reanima
El hielo del cadáver insepulto.

Yo he visto un fuego santo
Surgir de los sepulcros,

Y agitarse ondulando, y desprenderse
Del mortal que en su seno lo retuvo.

¿Qué importa, pues, la muerte
Á nuestro amor profundo,
Si hasta del fondo mismo de las tumbas
Surgirían al fin mi amor y el tuyo?

Historia clínica.

Siempre en constante emoción,
Siempre en zozobra infinita
Y en loca palpitación,
Dentro del pecho se agita
Enfermo mi corazón.

Unas veces con afán
Conmueve mi sangre hirviente;
Sus olas vienen y van
Desde mi pecho á la frente
Como lava de un volcán.

Otras veces su latido
Mis rudas penas confunde,
Y mi sér mudo, rendido,
Como una piedra se hunde
En la sima del olvido.

Y otras mil mi sangre zumba
En mi cerebro sin calma,
Y cual inmensa balumba
Parece que se derrumba
Á torrentes sobre el alma.

¡Ah! Con tu hermoso cariño,
Del maternal fiel reflejo,
Mueves tu mano de armiño
Y contienes este viejo
Loco corazón de niño.

Como la brisa ondulosa
Deshace el azul celaje,
Tú, con tus dedos de rosa,
Contienes el oleaje
De mi sangre impetuosa.

Y como el sol y la brisa
Rasgan el brumoso manto,
Tu deliciosa sonrisa
Cubre mis ojos del llanto,
Que es rocío de la risa.

Cual ondas de manso río,
Mi sangre duerme al arrullo
De embriagador albedrío,
Y mi corazón es tuyo,
Porque no sabe ser mío.

¡Ah! ¡Quién puede definir
Este misterioso arcano!
Sin tí no puedo vivir;
Quita del pecho tu mano
Y cesará de latir.

Ayer, hoy y mañana.

I

Ayer era el misterio, la esperanza,
La incierta vaguedad del infinito;
El albor sonriente de una aurora
Que ciega, más que alumbra, los sentidos;
El lago que columpia entre sus ondas
Un palacio de ninfas y de silfos;
El murmurio que fingen con sus alas
Los Euros que dormitan en los tilos;
Lo incierto, lo intangible, lo increado,
La ilusión, el fantasma, el incentivo;
La Eva de mis sueños, que tocando
Con sus dedos de nácares mi espíritu,
Mostróme en los desiertos de la vida
Un oasis de amor, un paraíso.

II

Hoy es la densa venda que se rasga
Dejando ver un cielo, que es el mío;
La duda que se va, la luz que llega
Vertiendo á mares su fulgor purísimo;
El sol en el zenit, la estela de oro
Que llena de mi seno los abismos;
La caricia que surge de unos labios
Al choque de otros labios encendidos;
La alcoba misteriosa; la indecisa
Lámpara que en la sombra se ha dormido;
La realidad divina de mis sueños,
Que, trocando en placeres mi destino,
Desgarra ante mis ojos los crespones
Que ocultan los espacios infinitos.

III

Mañana será el lazo de azucenas
Que encadene á la vida mi albedrío;
La antorcha que ilumine mi recuerdo
En el mar proceloso del olvido;
La mano que separe cariñosa
De mis sienes la escarcha y el granizo;
Los ojos de mi sér, cuando mis ojos

Sólo puedan vivir en el vacío;
El compás cadencioso de la cuna;
La sonrisa melódica del niño;
La esposa de mis sueños, que, colgando
De las nubes del cielo nuestro nido,
Será siempre el amor de mis amores,
Será siempre la madre de mis hijos.

Trova.

Falto de numen y de poesía
Ni tengo calma ni inspiración;
Pero me inspira la musa mía,
Y allá va el canto del corazón.

Escucha el eco de mis cantares,
Escucha el ritmo de mi laúd:
Es el aroma de mis pesares,
Que sube al cielo de tu virtud.

Es de mi alma leve sonrisa,
De mi cariño tenue rumor;
Vibrante trova que á su poetisa
Envía el alma del trovador.

Ella, temblando, en tus oídos
Como una alondra se posará,

Y dando al viento dulces sonidos
Mi amor vehemente te contará.

Y yo entretanto, en mis desvelos,
Tu nombre, Carmen, murmuraré,
Y de mi trova sintiendo celos
¡Cuánto á mis versos envidiaré!

Brisas suaves que preludiais
El eco flébil de mi dolor,
Entre las trovas que murmuráis
¡Llevalde el alma del trovador!

Á la eminente actriz

DOLORES BAENA.

Arte, genio, inspiración;
Rayo del alma que crea,
En las cumbres de la idea
Incendios del corazón.

Todo nace á la explosión
De tu fecundo talento;
Y es tan sublime el portento
Que tu dulce voz evoca,
Que hasta los muros de roca
Se conmueven con tu acento.

Cuanto el poeta concibe
En su mente sacrosanta,
En tus labios se agiganta
Y por tí en la escena vive.
El poeta cuando escribe

Más que el orbe el cielo llena;
Mientras tú arrancas serena
De su seno las creaciones,
Y arrojas sus concepciones
Sobre el mundo de la escena.

Titán del arte, tu genio
Ni se apoca ni se humilla;
Cuando no deslumbra, brilla
Más que un astro en el proscenio.

Del abrumador ingenio
Es buril que el mármol graba,
Y el arte, que agonizaba
Presa de torpes agravios,
Hoy resurge de tus labios
Como de un cráter la lava.

Actriz de inmenso valer
Llevas la virtud por norma,
Hasta al vicio le das forma,
Sin llegarlo á comprender.

Tu espíritu de mujer
Encarnado en la belleza
Roba á la naturaleza
El iris de sus colores,
Y cual diadema de flores
Orla con él tu cabeza.

Los gritos del desaliento
Que por tus labios resbalan,

Son gemidos que se exhalan
Del antro del sentimiento.

Lloras, y tu triste acento
Es un raudal de amargura,
Que apenas moja la impura
Corteza de nuestro suelo,
Sube purísimo al cielo
En alas de tu ternura.

Amas, y vibra indecisa
Tu voz, que tiembla armoniosa,
Como la tímida rosa
Bajo el beso de la brisa.

Tu embriagadora sonrisa
Deshace el humano hielo,
Y la expresión del anhelo
De tu alma enamorada,
Es la cadena dorada
Que une con la tierra el cielo.

Actriz y mujer, del arte
Eres dualística diosa,
Que admira la mente ansiosa
Á comprenderte y mirarte.

El poeta al inspirarte
Sublima sus concepciones;
Que en esas puras regiones
Donde palpita la idea,
El poeta sólo crea,
Tú das vida á sus creaciones.

Tú, desdoblando el fecundo
Libro de la fantasía,
Muestras la hermosa poesía
Del arte escénico al mundo.

Con tu genio sin segundo
Tu augusta fama completas
Y con tus manos inquietas,
É inspiradas en las artes,
Entre las turbas repartes
Corazones de poetas.

En tí las rudas pasiones,
Que volcánicas estallan,
Son incendios que batallan
Por subir á otras regiones.

Las bastardas ambiciones
No causan al verte enojos,
Que son puros los sonrojos
Con que tu rostro se engríe,
Y hasta el cielo se sonríe
Cuando se mira en tus ojos.

¡Ah! si prosigues la senda
Que hoy ante tí se levanta,
Y no vacila tu planta,
Ni te deslumbra la ofrenda;
Si del aplauso la venda
Tus ojos no desvanece,
Verás cómo altiva crece
En el campo de la historia,

El gran lauro de la gloria
Que el genio inmortal merece.

Entonces, atronador
El aplauso que te aclama,
Hará sonar de la fama
El sonido embriagador.

Y mientras que su rumor
Tu nombre va proclamando,
Serás dichosa mirando
Un mundo bajo tus plantas,
Que mientras más te agigantas
Más pequeño vas quedando.

¡Ay! cuando escales la cumbre
De tu eterno Capitolio,
Acuérdate bajo el solio
De tan inmensa techumbre,

Que fuí entre la muchedumbre
Tu cantor y tu profeta;
Pero no busques inquieta
El nombre de quien te admira,
Que para mí todo espira:
¡¡Dicen ¡ay! que soy poeta!!

En varios abanicos.

I

El aliento perfumado
De tu seno nacarado,
Que el abanico te roba,
Es el beso enamorado
De tu suspiro y mi trova.

II

De tu abanico en el lecho
Dormita mi fantasía,
Como duerme, hermosa mía,
Mi corazón en tu pecho.

III

Besa el aire tus mejillas,
Beşa tu frente y tus rizos;
¡Ay hermosa! ¡quién pudiera
Ser aire de tu abanico!

IV

Cuando sientas el aire
De tu abanico,
Acuérdate que es aire
Todo suspiro:
Su diferencia
Es que el uno da fresco
Y el otro quema.

Acuérdate que es aire
la brisa, el aura,
El cierzo, los perfumes
Y las palabras.
Mas no te aflijas;
¡El aire es tan preciso
Para la vida!

V

Abanico, que reclinas
Tu melancólica frente
Sobre el nácar transparente
De sus mejillas divinas;

Tú, que en melódico giro
Su hermosura vas besando,
Un suspiro murmurando
Al compás de su suspiro,

Dile, cuando asome inquieta
Á sus labios la sonrisa,

Cuánto adora á su poetisa
El corazón de un poeta.

VI

Cuando tu mano nevada
Va el abanico agitando,
Y el airecillo besando
Tu hermosura nacarada,
Es aquel aire tan rico,
Que quisiera, hermosa mía,
Convertir esta poesía
En aire de tu abanico.

La Democracia.

Es lábaro que el hombre sustenta en la tribuna,
Su lema es el trabajo, su norte la virtud,
Su voz es la del pueblo, la patria fué su cuna,
Su faro la conciencia, su amor la multitud.

Es mar tempestuoso que crece y se dilata
El trono y la cabaña poniendo á igual nivel;
Mas si un muro le estorba, se trueca en catarata
Y rompe el fuerte dique, ó salta sobre él.

Surgió como un gigante del pueblo redimido,
Orló su altiva frente de augusta majestad,
Y hundiendo en los profundos abismos del olvido
La odiosa tiranía, cruzó la inmensidad.

Holló los viejos tronos de antiguas monarquias,
Rasgó la innoble púrpura del vil emperador,

Y en fieras convulsiones de eternas agonías
Trocó los torpes vicios del déspota y señor.

Es ella la esperanza mayor del pueblo hebreo,
Que huyendo del tirano un mar deja tras sí;
Es ella aquella aurora, que en raudo centelleo
Con rayos del Eterno atruena el Sinaí.

Es ella la fe ardiente del pueblo legendario
Que en alas de la idea de Cristo marcha en pos;
Es ella la ortodoxia, que fija en el Calvario,
Con sangre de los cielos esculpe el mismo Dios.

Miradla, allá en Atenas, alzar en el tranquilo
Concierto de las artes su espléndido pavés;
Miradla luégo en Roma, llevada por Camilo,
Al Brenno del *¡Ve Victis!* hollando con sus piés.

Miradla entre las ondas que ciñen á Venecia,
Surgir cual soñadora, fantástica deidad,
Y allá en el Capitolio, llorando por Lucrecia,
Dar muerte á los tiranos y á Roma libertad.

Su cetro no es la ruda cadena que entre sombras
Arrastra el que agoniza en vil esclavitud;
Que es faro luminoso, que tiene por alfombra
Alcázares de sabios y tronos de virtud.

Penetra en las entrañas de reyes y naciones
Al férvido oleaje del aura liberal,

Y al choque de su aliento las más altas regiones
Son tumbas de monarcas y de ella pedestal.

Allá en las cien regiones del nuevo Continente
Se erige en soberana, deifica su poder,
Y rompe las cadenas, y trueca el estridente
Gemido del esclavo en grito de placer.

No importa que en las simas odiosas del cadalso
Pretendan los tiranos su nombre sepultar,
Que surge más grandiosa de aquel suplicio falso
La idea Democracia, que no puede espirar.

¡Ah! ¡Si posible fuera que un déspota truncara
Los pechos que sustentan tan noble aspiración,
Y en sangre y exterminio los pueblos sepultara,
Y en lúgubre silencio la voz de la razón,

Los nombres de sus héroes vagando en el profundo
Espacio que limita la eterna inmensidad,
Hasta en el rojo disco que da luces al mundo
Con sangre escribirían un nombre: ¡Libertad!

Que el rayo de la muerte carece de eficacia,
Pues sólo carboniza la escoria material;
Y el ansia de los pueblos, la idea Democracia,
Palpita en nuestras almas, y el alma es inmortal.

Una receta.

—
Á MI QUERIDO AMIGO F. HIDALGO.
—

Hidalgo, aunque nada valgo
Como médico y poeta,
Me exiges una receta,
Y voy á dártela, Hidalgo.

Tu carta á decirme vino
Con sus magníficos versos,
Que ciertos hados perversos
Te quitaron el destino.

¿Y quieres que te aconseje
En tan funesta derrota?
¡Pero hombre, si no sé jota
En ese teje maneje!

Que son tus días amargos,
Dices, y yo lo deploro;
La política es un toro
Con unos cuernos muy largos.

Tú piensas, á lo que veo,
Que también mi ciencia es esa;
Pero, hijo, sólo en la mesa
Entiendo yo de toreo.

Pretendes neutralizar
Los efectos de tu herida,
Creyendo que tu cogida
Es muy fácil de curar,

Y en mi genio enciclopédico
Tu mente á pensar se atreve;
Mas antes, quiero en relieve
Poner mi ciencia de médico.

Por donde quiera que fui
La salud atropellé,
Con los versos que soñé
Y la prosa que escribí.

Yo á San Carlos escalé,
Yo al Parnaso descendí,
Y á aquel que no lo partí,
Cuando ménos lo intenté.

Es tan eficaz la acción
Que en mis recetas se advierte,
Que la mejor se convierte
En parte de defunción;

Y pues sabes lo que valgo
Como médico-poeta,
Ahora viene la receta,
Conque, buen provecho, Hidalgo.

Récipe: de atrevimiento
Cien gramos, mil de cinismo,

De sin vergüenza lo mismo,
Y tres de poco talento.

Mézclese en un albañal
Que contenga mucho lodo,
Y después tómesese todo
De una manera bestial.

Nota: aunque parezca guasa
La poción que te administro,
Verás que más de un ministro
Es de mucho peor masa.

Esto un médico gandul
Te receta, caro Hidalgo:
Después, aunque nada valgo,
Se ofrece tuyo,

GAZUL.

La primavera de la vida.

—
Á LAS SEÑORITAS...

¡Cuán bello despertar! Al blando arrullo
De la brisa de Abril, la selva umbrosa
Despierta alegre, y el gentil capullo
Llorando perlas se convierte en rosa.

En tan supremo instante, de las brumas
Las gasas sin color se desvanecen;
Saltan las olas, ríen las espumas
Y los cielos dormidos se estremecen.

La luz solar, rasgando las tinieblas,
Penetra del misterio en lo profundo,
Y entre incendios de luz huyen las nieblas,
Surge el amor y se despierta el mundo.

Así es la primavera de la vida:
Nacemos en la noche misteriosa,

Y en vagos sueños la niñez dormida
Nace á la juventud como la rosa.

En pos de las primeras ilusiones
Queremos alcanzar la dicha tarda.
¡Cuántas angelicales ambiciones
El niño cuenta al ángel de su guarda!

No sé qué extraño horror hacia el pasado
El porvenir nos muestra tan hermoso,
Que nunca el corazón, por muy cansado,
Detiene su vibrar impetuoso,

Ante esa imagen que al placer convida,
Ante esa vaga aspiración sin nombre,
¡Oh juventud, encanto de la vida!
Tú eres la eterna redención del hombre.

Sin tí la dicha y el placer acaba;
Sin tí la duda y el dolor empieza;
Que, alma sin juventud, es pobre esclava
Bajo el yugo infernal de la cabeza.

¡Ah! Cuando miro al corazón cobarde
Llorando penas, al empuje recio
De los años, morir como la tarde,
¡Cuántas veces, yo mismo, me desprecio!

Mas ¡ay! la juventud es transitoria,
Como la chispa que las nubes hiere,

Pues sólo en los espacios de la gloria
Vive el perfume de la flor que muere.

Y al hundirse en la oscura lontananza
La embriagadora luz de los amores,
Sin color, sin aroma ni esperanza,
Muere la juventud como las flores.

¡Ah, bellas, perdonad! Mi torpe lira,
Pulsada por mi mano tembladora,
Cuando quiere cantar, sólo delira;
Cuando quiere reír, tan sólo llora.

Perdonad: ya se ausentan mis enojos;
Siempre al nacer el alba huyen las nieblas,
Que son para mi vida vuestros ojos
Rayos de sol que alumbran mis tinieblas.

Yo admiro vuestros labios sonrientes,
El divino perfil del rostro bello
Que idealiza el altar de vuestras frentes
Entre blondas cascadas de cabellos.

Pudor y juventud, reflejos santos,
Éxtasis dulces de celeste calma;
Yo anhelo, al contemplar vuestros encantos,
Que fueran inmortales, como el alma.

Si pudiera impedir la mente mía
Los mandatos fatales del destino,

Cual otro Josué, yo detendría
Vuestro sol juvenil en el camino.

Mas antes que sintáis esa congoja
Turbar de vuestra dicha la existencia;
Antes que se marchite hoja tras hoja
La purísima flor de la inocencia;

Antes que quede el corazón helado,
Suba vuestra alma á la mansión bendita,
Que es mejor un capullo, aunque tronchado,
Que una flor por el ábrego marchita.

Á dos hermanas

ANDALUZAS

Poco en mi numen confío,
Y, sentada esta premisa,
Veremos si el numen mío
Se atreve á cantar á Elisa
Y á Rocío.

Y porque no piensen que
Mi santo yugo olvidé,
Les suplico no se alarmen:
Tengo ya el permiso de
Mi Carmen.

Elisa es bella y sumisa,
Su mirada me enajena;
¡Es tan pura su sonrisa!
¡Mas si Rocío es tan buena
Como Elisa!

Rocío es flor del estío,
Que abrasa solo con verla;
Yo al mirarla me extasío...
¡Mas si Elisa es una perla
De rocío!

Elisa tiene un encanto,
Que sin querer se la quiere;
Mas Rocío vale tanto,
Que si algún santo la viere
¡Pobre santo!

Rocío tiene unos ojos
Que admira el alma intranquila;
Mas de Elisa la pupila
Fulmina tales sonrojos,
Que fusila.

Elisa, aun indiferente,
Tiene apostura gentil;
Mas Rocío es más vehemente,
Y á mí me gusta de frente
Y de perfil.

Rocío es trasunto fiel
En lo dulce de la miel;
Y Elisa vale un Perú,
Que á Dios le llama de tú
Con su *aquí*.

Elisa es rosa temprana
Que, al sentir del sol el rayo,
De aroma y luz se engalana;
Mas Rocío es más *barbiana*
Que er gayo.

Yo por Rocío me mato,
Y por Elisa me muero;
¡Tiene un rostro tan flechero!
¡Y Rocío un garabato
Y un salerol!

En fin, mi alma sumisa,
De sus almas sigue en pos;
Por eso elige indecisa,
Entre Rocío y Elisa,
Á las dos.

Y porque no piensen que
Mi santo yugo olvidé,
Les suplico no se alarmen:
Tengo ya el permiso de
Mi Carmen.

Á Patrocinio de Biedma

Inspirado en una de sus veladas literarias.

Siempre oculto en mi lóbrego aposento
Pasaba los instantes de mi vida
Triste, como en sus penas el suicida,
Falto de amor y de placer sediento.

Oí de tu poesía el dulce acento
Y renacer sentí la paz querida,
Como la nave que en el mar perdida
Divisa el faro al amainar el viento.

Hoy que entregado en brazos de la suerte
Puedo sentir en mi perdida calma
La doble dicha de admirarte y verte,

Permite que mi pobre fantasía,
Á la mujer sublime dé su alma,
Y á la poetisa ardiente una poesía.

Cádiz 1877.

Al Dr. Tejada y España

EN SU PRIMER ANIVERSARIO

La ciencia, la virtud, el soberano
Influjo de su hermoso pensamiento
Murió: la Parca arrebató el aliento
Del pecho venerable del anciano.

Siempre su corazón llevó en la mano
Y en su frente honradísima el talento;
Por eso de su tumba es monumento
Su alma de niño y su bondad de hermano.

Llorad: no importa que las almas puras,
En pos de una existencia venturosa,
Gocen del Dios sublime en las alturas.

Llorad del sabio ilustre en los altares.
Jesús, que era inmortal, bajó á la fosa,
Y lloraron los cielos y los mares.

Á una enferma.

FRAGMENTOS.

I

Leí tu carta postrera;
En sus páginas decía
Que una mujer (hechicera)
Deseaba compusiera
Por su mal una poeta.

Y aunque á tu voz mi razón
Despierte torpe y confusa,
¡Cómo niega el corazón
Una sola vibración
De su cariño á mi musa!

Mi alma, que se recrea
En tu recuerdo, que admira,
¡Cómo negarte una idea,
Que pálida sombra sea

De un acorde de mi lira!

¡Ay! ¡Si á impulsos de mi mente
Volviere á tus labios rojos
Aquella sonrisa ardiente,
Y aquel cielo transparente
Á las niñas de tus ojos!

Si huyese á mi voz violenta
De tu garganta la tos,
Esa tos que te atormenta,
Diera mi alma sedienta,
Si no fuera tuya, á Dios.

¡Qué más placer desearía
Al verme de tí tan lejos!
¡Qué mayor dicha la mía,
Que tornase tu alegría
De mi amor á los reflejos!

.
.

II

Tu carta tengo ante mí;
Tu enfermedad me refieres;
Y yo, como soy así,
Al leerla, pienso de tí
Que estás mala... ó que lo eres.

Desde aquí miro tu espanto;
Hija, por amor de Dios,
No aumentes tu pena tanto:
Que es más triste que tu tos
El gran pesar de tu llanto.

Á tu tos inoportuna
Tanta importancia le das,
Cuando no tiene ninguna;
Mejor le daba yo una,
Ó dos palizas, ó más.

Siempre vienes con el cuento
De que te vas á morir:
¿Y tú eres la del talento?
¡Pues claro! ¡No has de vivir
Muchos años más de ciento!

De respirar anhelosa
Me preguntas el por qué:
Y yo te contesto, hermosa,
Que el no respirar, es cosa
Casi siempre del corsé.

¿Que nó, me dices? Te creo.
Entonces es más sencillo,
Casi en tus ojos lo leo:
De fijo algún devaneo
Por cualquier escritorcillo.

Siempre del pesar en pos,
Ni apenas comes ni duermes:
Hija, por amor de Dios,
No enfermes, que como enfermes
Vamos á reñir los dos.

Yo de tus males auguro
Que no existen tales males;
Nunca piensas en tu apuro
Que los seres celestiales
Nunca mueren, te lo juro.

Adiós: con gran ansia espero
Contestés á esta misiva:
No es por tu mal; pero.... pero....
¡Eres tú tan aprensiva,
Que, se acabó, no te quiero!

Á Badajoz.

ESCRITA PARA
UNA VELADA DEL ATENEO DE DICHA CIUDAD.

Noble ciudad, perdona si importuna
Tu augusta majestad mi clamoreo,
Que sube vacilante á la tribuna
Que le brinda el amor del Ateneo.
Perdona si mi voz estremecida,
Surgiendo cual fantasma del retiro
Oculto de mi vida,
Te envía un corazón en un suspiro.

Legendaria ciudad, bella matrona,
Cuyos pechos de diosa amamantaron
Los genios de tus hijos, que legaron
Al patrio pabellón soberbia zona;
Haz que mi acento de entusiasmo vibre
Y exalte mi laúd, que hoy se agiganta
Mi numen hasta tí, y hoy se levanta
Para besar humilde tu corona;

Esa corona, que cual pueblo libre,
No envilece á tu honor ni á quien te canta.

Ante el altar alzado á tu memoria
Tus pasadas grandezas yo contemplo,
Cual pirámide egipcia que la historia
Egregia levantó; tu altiva gloria
Sirve á la España de glorioso ejemplo:
Y aun ostentan tus rudos murallones,
En sus abiertas fauces de granito,
El heróico valor que en mil blasones
Dejó tu sangre para siempre escrito.
Mas si las glorias del pasado adoro,
No pretende cantar mi fantasía
Grandeza tanta, tan viril tesoro;
¡Que si alguien duda de tu gran valía,
Abra la historia por sus hojas de oro,
Que esas las tuyas son, ¡oh Patria mía!

De tus hijos el estro soberano
No anhele recordar, ni sus hazañas:
¿Quién pretende imitar al Océano,
Que en su lenguaje enérgico pregona
El valor de tus héroes, que eslabona
Al lábaro español muchas Españas?
Y esos tus hijos son; que aunque tus muros
No hayan sido el recinto en que nacieron,
¿Qué importa, si ellos vieron
Los primeros albores en los puros
Reflejos que fulgura
El sol de la arrogante Extremadura?
¿Si ellos sintieron, como yo he sentido,

La primera impresión, ese latido
Rumor angelical del labio rudo,
Que parece decir en un gemido
«Madre, patria y amores, yo os saludo?»
Hijos de tu valer extraordinario,
Descansen en el lecho funerario
Donde la vida inmaterial empieza,—
Pues no puede caber tanta grandeza
Entre los breves pliegues de un sudario,—
Y sirvan sus cenizas memorandas
De emulación fecunda, de trofeo,
Que impulse este Ateneo
En pos de aspiraciones venerandas.

¡Oh florón de mi Patria el máspreciado!
Al admirar la mágica penumbra
Grandiosa del pasado,
Mi mente se deslumbra,
Y ante su brillo poderoso, inmenso,
Miro tu porvenir y en él yo pienso.

Yo quiero que tú anheles
Algo más que dormir sobre laureles;
Yo quiero despertarte
De ese funesto sueño que te abrumba
Con el nervioso impulso de mi pluma;
Yo anhelo electrizarte
Para que rompas el crespón de nieve
Que aun te aleja del siglo diez y nueve,
Y te lances febril á la pelea
Que libran el pasado, que agoniza,
Y la moderna idea,

Que hundiendo tronos, sabios entroniza.
No importa entonces que mi voz confusa
Su rítmico lenguaje torpe vibre,
Si aspirando tú á ser un pueblo libre
Amas la libertad, mi egregia musa.

No más ese rugir de los leones,
Que ensangrientan los campos de batalla;
No más esa mortífera metralla,
Que vomitan terribles los cañones;
No más el estridente
Chocar de los aceros,
Que llevan á la tumba los guerreros
Por caprichos de un déspota imprudente:
El sol de libertad, astro fecundo
Que, aun más que el del zenit, alumbra al mundo,
Con sus reflejos las conciencias baña,
Y aunque la torpe saña
Los pretenda ocultar con furia aleve,
No importa, ¿quién se atreve
Á impedir que su luz alumbre á España?

Esa industria moderna, cuyo anhelo
Al bienestar convida,
Convirtiendo los males de la vida
En placeres del cielo;
Esas artes grandiosas,
Que hoy se elevan inmensas, colosales,
Vigorizando la indolente calma,
Tan bellas, tan hermosas,
Que parecen reflejos celestiales

Que el Artista divino inspira al alma
De genios inmortales;
Las ciencias, cuyo impulso soberano
Domina al aire, humilla al Océano,
Horada montes, rompe continentes,
Escala el firmamento,
Sondea las estrellas ciento á ciento
Y los rayos enfrena y los torrentes;
Estas tres hijas del saber humano,
Antorchas son cuyo fulgor fecundo
Da libertad al Universo mundo
Y quita potestades al tirano.

Entra, pues, Badajoz en esa senda
Que abre la libertad á tu esperanza;
Admira tan sublime lontananza,
Aunque tu rostro de rubor se encienda.

Y si del siglo en la febril contienda
Desplegas esa indómita pujanza,
Que ajena á la perfidia y la venganza
Te legaron tus hijos por ofrenda,

Conquistarás el solio que ambiciona
El moderno aspirar de las naciones;
Y en tanto que el pasado se destrona
Al grito vencedor que tu alma vibre,
Alcanzarás triunfante los blasones
Á que debe aspirar un pueblo libre.

En varios álbums.

I

EN EL DE UNA DESCONOCIDA.

Sé que existe en el cóncavo infinito,
Entre los plieges de su manto azul,
Ángeles del Señor, vivos tesoros
De amor y de virtud.

Nunca te conocí; pero mi alma,
Al preludiar tu nombre en mi laúd,
Le dice al corazón en dulces notas
Que un ángel eres tú.

II

EN EL DE UNA POETISA

Eres, mujer ideal,
Que va de la gloria en pos,

Más que poetisa inmortal
Y gentil,
Un querube celestial,
Que vale lo ménos dos
Mil.

III

EN EL DE CONCHA....

Hallé una concha preciosa
En las playas de mi vida,
Y en su albo seno escondida
Una perla aun más hermosa.
Vió en la concha mi razón
Una divina mujer,
Y en la concha pude ver,
Ver, Concha, tu corazón.

IV

EN EL DE CLEMENCIA....

Ante el ara de Dios todo creyente
Ofrece en holocausto su conciencia,
Mientras trémulo el labio balbuciente
Á Dios pide clemencia.

El amor es un templo; la hermosura
Es altar consagrado á tu inocencia;

Por eso el que contempla tu ternura
Á Dios pide Clemencia.

V

EN EL DE X.

Blanca hoja del álbum,
Divino emblema
Del transparente mármol
De su pureza;
Hoja querida,
Donde imprime su numen
Mi fantasía;

Tú, que en su leve falda
Tranquila duermes,
Entre sus manos bellas
De rosa y nieve;
Tú, que te agitas
Al sentir el aliento
Que ella respira;

Tú, que sientes el fuego
De su mirada,
Y el roce de sus negras
Trenzas rizadas;
Tú, que anhelante,
Escucharás ansiosa
Su voz de ángel;

Blanca hoja del álbum,
Dile en voz alta
La pasión que por ella
Mi pecho guarda;
Dile en secreto,
Que al estampar su nombre
Te he dado un beso.

VI

EN EL DE H.

Al que tiene un ingenio
Y cien esclavos
En América, dicen
Que es un tirano.
Tú tienes *gran ingenio*
Y siervos tantos,
Que el mundo ante tus plantas
Se rinde ufano.
Por eso yo, que admiro
Tus mil encantos,
Cifro mis ilusiones
En ser tu esclavo.

Etcétera, etcétera.

—¿Por qué lloras? ¿Por qué de tus ojos
Se desprenden raudales de perlas,
Y en tus labios de rojo granate
Temblando se secan?

¿Por qué lloras? Tus lágrimas dicen
De ternura infinita un poema,
Y al llorar, tus hermosas pupilas
Parecen más negras.

¿Por qué viertes el santo rocío
Con que el alma mitiga sus penas,
Empañando con él de tu rostro
La nivea turgencia?

¿Es que lloras amores que pasan
Al empuje de olvidos que empiezan,

Ó del alma feliz que sonrío
La dicha suprema?

—No es de amor el ingrato desvío,
Ni de extraños placeres la esencia
Lo que arranca á mis ojos el llanto,
Que así me atormenta;

Es el humo que arroja ondulante
De sus brasas la nítida hoguera,
Que, empañando la luz de mis ojos,
Los ojos me quema.—

Esto dijo la niña llorosa
Á la madre que así la interpela,
Enjugando en sus ojos purísimos
Sus lágrimas trémulas.

Y entretanto que llora la niña,
La madre amorosa le dice:—Contesta,
Hija mía; ¿de dónde es el humo,
Del pecho ó de fuera?—

Lo que hablaron después, nadie sabe;
Sólo sé que una llora, otra tiembla,
Y que tienen un miedo invencible
Al humo, á las brasas, etcétera, etcétera.

Circular.

Señor D....

voy á empezar,

Francamente,

Poniendo á usted al corriente

De la adjunta circular;

Que aunque le deba importar

Casi nada,

Me acomodo

Á referírsele todo;

Pues de fijo

No es en un padre bobada

El decir que tiene un hijo

Más bello que una alborada;

Ni cómo nació el infante

Sonrosado;

Ni cómo salió triunfante

Su mamá de aquel instante

Tan pesado.

Más delito

Es contarle por escrito
La noticia lastimera,
De que se casa cualquiera
Ó se muere Fulanito.
Á lo dicho me acomodo;
Y aun cuando sea bobada,
Voy á contárselo todo,
Ya que no le importa nada.

Eran las dos de la noche:
Como un bendito soñaba,
Que mi mujer *sotto voce*
Suspiraba;
Y al despertar á su acento,
Noté que el trance violento
Se acercaba,
Mientras que yo anonadado
Pensaba al verla indecisa:
«¿Cómo saldrá una poetisa
De ese lance improvisado?»
Mas después de ansias mortales
Dió á luz su improvisación,
Tardando en su inspiración
Catorce horas cabales.
¡Catorce horas, Dios santo!
¡Cuánto tiempo, Dios clemente!
¡Cuánto!
Yo estaba como un demente,
Yendo de acá para allá,

Invocando á Dios, á Alá
Y á todo bicho viviente.
Yo era médico, partera,
Padre en ciernes y marido;
Yo era, en fin, todo reunido,
Pero de mala manera.

¡Cosa rara!

Después de tanto sufrir,
Me tuve que dividir
Porque ella multiplicara;
Y decía en mi impaciencia,
Al ver el trance cruento:
—Ten un poco de paciencia,
Que eso pasa en un momento,
¡Yo lo sé por experiencia!—

No me explico,
Sin embargo, mis deslices;
Rompí un jarrón, dos tapices (1),
Y en vez de tirar del chico
Me tiré de las narices.
Y al nacer sentí un deleite,
Y tan extraña emoción,
Que, perdida la razón,
Me bebí el vaso de aceite
Que alumbraba á San Ramón.
¡Y cómo estaría de loco,

(1) He mentido en este caso;
Salió el consonante al paso
Y lo puse sin deber:
Lo que yo rompí fué un vaso
Útil.... para no beber.

Y cuál mi fuerza ilusoria,
Que aquello me supo á gloria,
Es decir, me supo á poco!
Mi hijo nació; desvarió
Sintió al verlo el alma mía:
Fuera prosa; vén, poesía,
Y hablemos del hijo mío.
Es su faz encantadora,
Blanca como una azucena;
Es su mirada serena
Y su sonrisa de aurora.
Sus labios frescos y rojos;
 Su albo cuello;
 El destello
De sus purísimos ojos;
 Su cabello,
Que en orlada vestidura
Encubre su frente pura;
Sus rosadas manecitas,
Y, en fin, hasta sus gemidos
Llenan mi alma y mis sentidos
De ternuras infinitas.
Hijo mío, sol brillante,
Vapor de risueñas brumas,
Blanca perla que entre espumas
Tiene su lecho flotante,
Pura aurora deslumbrante
En la noche de mi vida;
 Luz querida,
Aroma, ambiente, colores,

Astro rey que resplandece,
Ángel dormido entre flores;
Todo eso me parece
El ángel de mis amores.
Ángel le llamo en mi anhelo,
Mintiendo en mi desvarío;
Mintiendo, porque en el cielo
No hay ángeles como el mío.
Hijo de su madre santa,
Al deberle la existencia
Le deberá la inocencia
 Con que encanta
Mi amoroso regocijo:
Ella es tan pura y tan bella,
Que antes la amaba por ella;
Hoy, por ella y por mi hijo.

Y basta de delirar:
Terminaré la suscrita
 Circular,
 Que ya es hora.
Mi hijo me necesita,
Y, adiós, porque el pobre llora.
Voy á mover su cunita;
Y porque usted no blasfeme,
Ni me tache de adoquín,
Le desea un chiquitín
Su amigo que B. S. M.

La dolora del deseo.

Á UNA NIÑA

I

En un valle frondoso,
Cabe la orilla
De un riachuelo que llora
Junto á una ermita,
Entre los sauces,
Cantan los ruiseñores
Himnos süaves.

Reclinada en el suelo
Sobre la hierba,
Da suspiros al aire
Una doncella;
Y así decía,
Mirando del riachuelo
La clara linfa:

—¡Qué existencia, Dios mío,
Tan solitaria!
¡Yo deseo ese mundo
Donde se ama;
Donde se vive,
Como las mariposas
En los jardines!

II

Y pasaron fugaces
Meses y años,
Y aquellas tristes quejas
También pasaron;
Sólo aquel valle
Estaba silencioso:
Igual que antes.

Una mujer anciana
Mira llorosa
La corriente del río
Que sus pies toca.
Y así exclamaba,
Desahogando su pecho,
Que ronco estalla:

—Todas mis ilusiones
¡Ay! ya murieron;
Ya tan sólo me restan
Tristes recuerdos:
Busqué otra vida,

Y ahora vuelvo á mi valle
Sola y maldita.

.

—Virgen pura, que lloras
Y lloras tanto,
Porque lejos del mundo
Vives soñando;
Mira á esa pobre,
Que fué niña, y hoy llora....
¡Anda, no llores!

¡Pobre hijo mío!

¡Oh muerte! Á tí me dirijo
Hecho un nudo en la garganta:
Detén un paso tu planta,
Que voy á hablar á mi hijo.

Quiero que antes de espirar
Escuche mi voz doliente;
Quiero grabar en su frente
El grito de mi pesar.

Bárbaramente y sin calma
Tu agudo puñal le hiere,
Y pues mi hijo se muere
Déjame que le hable al alma.

Á su alma que es inmortal,
Que vivirá eternamente,
Y que verá frente á frente
La grandeza celestial.

Quiero que del rudo infierno
En que su muerte me arroja,

Lleve mi amarga congoja
Hasta los pies del Eterno.
Y pues el hado cruel
Hace eterno mi quebranto,
Que viva eterno mi llanto
Como eterno vive él.

.
.

¡Pobre hijo mío! Tu mal
Decoloró tus mejillas,
Como tiernas florecillas
Que deshoja el vendaval.

Tus labios antes tan rojos,
Tu cabecita hechicera,
Tus blancas manos de cera,
Tus sonrisas y tus ojos,

¡Todo al cabo morirá!
¡Siempre pasa lo que halaga,
Como una luz que se apaga,
Como un astro que se va!

Se acerca tu última hora;
Mueres sin haber vivido;
¡Tenue vapor desprendido,
Que al subir al cielo llora!

Lloras, y en tu amargo duelo
Tristeza infinita exhalas,
Y es porque agitas las alas
Y aun no puedes ir al cielo.

¡Pobre espíritu cautivo!
No quieres morir y quieres;

Tú lloras porque te mueres,
Y yo lloro porque vivo.

Con tu ruda muerte matas
Mi existencia maldecida.
¿Por qué, si te di la vida,
Hoy la vida me arrebatas?

Mueres, y muere el destello
Del amor que por tí existe;
La vida sin tí, ¡qué triste!
Vivir contigo, ¡qué bello!

Por tí mi pesar afronto,
Sin tí.... ¡Terrible contraste!
¿Por qué del cielo bajaste
Para marcharte tan pronto?

En él, sin penas ni duelos
Gozarás dichas tranquilas;
Pero á mí sin tus pupilas
¿Qué se me importan los cielos?

¡Ah! Si tú vieras en mí
Tanto amor, por él lloraras.
¿Por qué de mí te separas,
Si no me alejo de tí?

Ayer placeres, anhelos,
Y en ellos me parecían
Que los cielos se entreabrían
Y bajabas de los cielos.

Hoy en los ojos el llanto,
En la cuna un inocente,
Y en mi cerebro candente
Temor, duda, sombra, espanto.

Y mañana la traidora
Impresión de tu agonía,
Y ver tu cuna vacía,
¡Y ver tu madre que llora!



Mi primer soneto.

Á LA MEMORIA DE UN ÁNGEL

Huid, lágrimas mías, cese el llanto,
Que tanto al alma en su dolor consuela,
Y vuela, pensamiento, vuela, vuela
Cerca de su sepulcro sacrosanto.

Rompe de su ataúd el negro manto
Y el niveo velo que sus formas vela;
Besa sus labios, que la muerte hiela,
Su corona de azahar, su cuerpo santo.

Sea tu mansión el lecho funerario,
Sea tu sepulcro su sepulcro frío,
Sea tu sudario el lóbrego sudario.

Y en tanto vives, pensamiento mío,
Mi pobre corazón tan solitario
Esperará la muerte en el vacío.

Tu porvenir.

Á LA EMINENTE ESCRITORA R. DE A.

Te admiro y te idolatro; es tu talento
Atracción podetosa para el hombre,
Que aprende en la modestia de tu nombre
La grandeza inmortal del pensamiento.

Al brotar de tu lira el blando acento
Harás que su poder al mundo asombre,
Convirtiendo tu fama y tu renombre
Del Parnaso español en un portento.

Yo, que aspiré tus dulces armonías,
Que el vulgo en su ignorancia no pregona,
Y aquilaté el valor de tus poesías,

En mi entusiasta acento te aseguro
Que ceñirá tu frente una corona,
Y serás inmortal, yo te lo juro.

Á D. ADELARDO LÓPEZ DE AYALA

ESCRITA PARA LA
INAUGURACIÓN DEL GRAN TEATRO DE AYALA DE BADAJOZ.

Ayala, genio sin par:
Tu grandeza al contemplar
Tanto mi espíritu asombra,
Que enmudece si te nombra
Y no se atreve á cantar.

Absorto ante la atracción
De la noble admiración
Que siento al oír tu nombre,
En mí no escuches al hombre,
Oye sólo al corazón.

Cayó tu cuerpo en la fosa;
Sobre tu fúnebre losa
Grabó un epitafio el mundo,
Mas del cielo en lo profundo
Dios te dió tumba grandiosa.

Que en los mundos de la idea

Tu genio inmortal ondea
Por el espacio anchuroso,
Como el astro esplendoroso
Que eternamente flamea.

Tú no has muerto; tú te agitas
En las regiones benditas
De la inmarcesible gloria:
Tú vives en esa historia
De las cosas infinitas.

.
¡Oh, vates! que en el proscenio

Hoy realizáis el convenio
De honrar al poeta augusto,
Ciñendo su noble busto
Con los laureles del genio,

Ved surgir sobre la escena
Esa inspiración serena
De su numen soberano,
Más grande que el Océano
Sobre su lecho de arena.

Mirad su nombre bendito
En los espacios escrito
Por ser de lo eterno gala:
Leyendo el nombre de Ayala
Se comprende lo infinito.

Creador, su mágico anhelo
Águila fué, que de un vuelo
Cruzó el espacio ignorado,
Y creó EL HOMBRE DE ESTADO
Y eternizó su CONSUELO.

Nunca el genio encuentra valla;
Como un corcel de batalla
Sin ginete que le guíe,
El mundo corre y se engríe,
Él le rinde y avasalla.

Su inspiración nada acrece:
Buril su pluma parece,
Á cuya ruda influencia
Se despierta la conciencia
Y la carne se estremece.

Y si ansiáis mayor portento
De su mágico talento,
Admirad ese gran drama
Que sella la augusta fama
De Ayala: EL TANTO POR CIENTO.

¿Qué más? Al mundo redime
Esa inspiración que imprime
En el alma su grandeza.
¿Queréis belleza? Belleza.
¿Queréis sublime? Sublime.

Tal vez una la opinión
Á su nombre la ambición;
Pero no importe á su nombre,
Y admiro en él sólo al hombre
Que hizo la Revolución.

Al hombre de alma grandiosa,
Que es y será la radiosa
Luz, que brilla cual ninguna;
En la escena, en la tribuna,
En el mundo y en la fosa.

Por eso mi mente inquieta
Grita ante el sublime atleta:
¡Paso al hombre extraordinario!
¡Paso al revolucionario!
¡Gloria eterna al gran poeta!

El drama de una noche.

NARRACIÓN CONTEMPORÁNEA

I

Anciana y achacosa,
Tal vez por los placeres agostada,
En un diván de Persia reclinada
Se encuentra la hojarasca de una Rosa,
Esposa del marqués de la Enramada.
Y digo la hojarasca, y no me pesa;
Porque está tan ajada la marquesa,
Que oculta entre los pliegues del abrigo
Apenas de su rostro se divisa
Alguna que otra arruga, fiel testigo
De su pasada celestial sonrisa,
Que antes daba realce á su hermosura
Y hoy modela sarcástica figura.

La Rosa de mi cuento
Era imagen más bien del desencanto
Que trae la ancianidad; mudo lamento

Que graba el sufrimiento
En el rostro marchito por el llanto.
¡Pobre infeliz mujer! De humilde cuna
Creció en la adversidad, manchó su nombre
Por conseguir placeres y fortuna,
Y un imbécil marqués, un pobre hombre
Casó con la sublime extraviada,
Llegando á ser así mujer honrada.
Axioma ya de todos conocido,
Que siempre hay para un roto un descosido.

II

Las puertas del gran mundo
Le abrió su posición; pisó altanera
Las mullidas alfombras, de manera
Que disfrazando su pasado inmundo
Con su rostro de gracia exuberante
Y con sus cien heráldicos blasones,
Escuchó veces mil en los salones
El dictado de hermosa y elegante.
Pero hay quien asegura que á altas horas,
Mientras el buen marqués en el casino
Jugaba locamente su fortuna,
La arrogante marquesa y dos señoras,
También de blasonados pergaminos,
Dejando la etiqueta inoportuna,
En ocultos retretes ostentosos
Jugaban el pudor.... de sus esposos;
Añadiendo además que la marquesa,

Apesar de lo mucho que hoy confiesa,
Lo mismo improvisaba cien orgías,
Que formaba otras tantas cofradías.

Mas el tiempo pasó; los fieros años
En su pecho agostaron la impureza,
Y abrumada de aquellos desengaños
Donde la triste ancianidad tropieza,
Dejó las zambras, el amor y el baile
Y al fin se hizo beata,
Como el diablo ya viejo se hizo fraile.

III

Es el anochecer, de un ginebrino
Reloj de sobremesa, se percibe
El sonoro tic-tac, y en el vecino
Esbelto campanario, ronco suena,
Como un alma que gime con gran pena,
El toque de oración; mientras sentada
En su blando sitial, muriendo vive
La esposa del marqués de la Enramada.
De pronto, cual surgiendo del desmayo
Que á su pobre organismo apesadumbra,
Alza su frente, de su vista el rayo
Se pierde de la estancia en la penumbra,
Y con mano indecisa, tembladora,
Toca un timbre de lengua vibradora,
Á cuyo acento apareció en la puerta
Un humilde lacayo, cuya incierta
Voz dice:—¿Quiere algo la señora?

—Quiero,—contesta con su débil eco
La marquesa,—que busques al instante
Á Velasco el doctor.—Y el ruido seco
De una tos anhelosa, á su semblante
Acumuló el color, y en ancha lista
Asomando á su boca suspirante,
Enrojeció el pañuelo de batista.

—Escucha, quiero más; quiero que alumbre
La estancia mucha luz; que yo no vea
Más sombras que en mi sér; echa á la lumbre
Carbones hasta henchir la chimenea,—
Y exclama para sí:—Dios mío, Dios mío,
Si como esos carbones
Hubiera yo extinguido mis pasiones
No sintiera en el alma tanto frío.
El hielo del sudor cubre mi frente;
Me falta el aire que aspirar ansío....—
Y al percibir con ansia en el ambiente,
En una sola muchas agonías,
Murmura sollozando débilmente:
—¡Las cenizas del alma son tan frías!

IV

Lentamente la voz del campanario
El viento allá en los ámbitos suprime,
El fuego cruje, se retuerce y gime
En su cárcel de hierro, y el sudario
Que la escarcha en el vidrio deja impreso
Parece herir de muerte á la marquesa

Al estampar un beso
En aquella semblanza de la huesa.
Hielo sutil, que á profanar se atreve
El rostro que amasaron entre rosas
Y entre copos de nieve
Del Eterno las manos poderosas
Y que tiene trocado en pergamino
La dura mano del fatal destino.

V

—¡Cuánto tarda el doctor! El tiempo vuela
Aun más que el huracán en el desierto;
Ya trazó la dorada manivela
Una hora más, una hora que ya ha muerto.
Ese ritmo febril es el latido
Que el tiempo arranca al corazón del hombre;
Sea placer ó dolor, es un gemido
Que marcha hacia los antros del olvido
Y allá en la eternidad muere sin nombre.
¡Ah! ¡Quién pudiera desandar las horas
Que ilusa mi razón ha sepultado
En la noche sombría del pasado!
¡Quién pudiera sentir las soñadoras
Imágenes que en horas de ventura
Lanzó del alma mi conciencia pura!
Entonces mi exaltada fantasía
Anhelaba sin tino,
Que surgiera la luz de un nuevo día,
Y por llegar al fin de su destino

Mi alma soñadora,
Daba una eternidad por cada hora.
¡La misma que anhelante
Quisiera condensar en un instante!—
Así la enferma, respirando apenas,
Tristemente murmura,
Mientras el alma al choque de sus penas
Los latidos cardiacos apresura.

VI

Todo en la estancia llora; el tiempo en tanto
Agiganta los débiles sonidos
Del cansado reloj, ante el espanto
De la augusta marquesa; y los gemidos
Fantásticos, inciertos y medrosos
Con que la Parca su presencia advierte,
Hacen más espantosos
Los pasos de aquel alma hacia la muerte
De la lámpara azul la débil llama
Que tiembla y se derrama
Por los ámbitos tristes de la alcoba;
Parece ser un alma prisionera
Que el hombre al cielo roba,
Y pugna por subir á la alta esfera.
Del globo de cristal la azul pupila
Busca el cielo cual sutil mariposa;
De la anciana marquesa la intranquila
Conciencia del no sér busca la fosa.
Más que la fiebre que su pecho abrasa,

Siente aquel alma sola
El pasado dolor, que nunca pasa,
Inundando su sér como una ola,
Quemando su razón como una brasa.
Algo en su pecho hierve; son las rudas
Voces de su dolor que se han abierto
En sus entrañas hasta entonces mudas,
Y preludian el fúnebre concierto
Que en la fosa al caer produce el muerto.
¡Intervalo fatal, reloj que mide
Con rítmico latir la eterna calma;
Los estertores son besos del alma
Con que del cuerpo helado se despide!

VII

—¿Quién viene, quién se acerca, quién me llama?—

Murmura la marquesa delirante,
Surgiendo del ensueño en que yacía.—
¡Ah! Mi frente se inflama;
Mi pecho no respira de anhelante.
¡Mi alma ya no es mía!
Se escapa mi razón, mi mente crea
De la nada fantásticos rumores,
Y el pasado otra vez con sus clamores
Con furia insana mi razón golpea.
Mas.... escucho el rumor de un carruaje;
Ya llega.... ya se pára.... baja un hombre
De rostro sin color.... de negro traje....
Ya sube la escalera.... oigo mi nombre....—

Y antes que la marquesa preguntase,
Un lacayo las puertas empujando
Anunciaba al doctor.—Díle que pase,—
Murmura la marquesa sollozando.—

VIII

Era el doctor Velasco un buen anciano,
Que un niño por el alma parecía,
Pues en los ojos ostentaba ufano
Los timbres del honor y la hidalguía,
Y el bello corazón siempre en la mano.
Los azares del mundo, los rigores
De una vida inmortal para la ciencia,
No marchitaron las hermosas flores
Del hermoso rosal de su existencia.
Y siendo al par que bueno todo un sabio,
De esos que el mundo á comprender no alcanza,
Él llevaba pendiente de su labio
El consuelo, el amor y la esperanza.
Por eso la marquesa sonriendo,
Y llorando á la vez,—doctor,—le dijo,—
Sé que me estoy muriendo,
Pero es tanta mi fe, que no me aflijo
Al ver la paz que brilla en su semblante.
Vos que tenéis, doctor, ciencia bastante
Para curar el cuerpo que agoniza,
¿No la tendréis también para esta esencia
Que la materia impura diviniza
Y se muere al chocar con mi conciencia?

—Señora,—dijo el sabio,—en este mundo
El alma es un arcano tan profundo,
Que nunca á descifrarlo me he atrevido;
Que es poco mi escalpelo
Para encontrar un cielo
Entre el lodo de penas escondido.

—¡Lodo! Decís muy bien; hay tanto, tanto,
Cubriendo cual espléndida balumba
De mi espíritu el sér, que tras mi llanto
Habéis visto, doctor, sólo una tumba,
Mas mi espíritu nó.

—Dejad ahora
Cuestiones psicológicas que entrañan
Todo un curso de ciencia abrumadora
Con que muestran los sabios que se engañan.

—¡Ah, decidme, doctor, la verdad fría!

—Verdad es cuanto pienso y cuanto digo.

—Habladme más que sabio como amigo.

—Preguntad, que os escucho, amiga mía.

—¿Qué veis en mí?

—Una enferma que sonríe
Por no llorar acaso.

—¿Y en mi alma?

—Otra enferma mayor, pero sin calma.

Mas mi ciencia, señora, no se engríe

Ante el rudo gemir de un alma yerta.

—Doctor, no me neguéis ese consuelo,

Que en vuestra frente mi pesar despierta.

—Señora, vuestro cielo

Cerrada para vos tiene la puerta.

—Es tanto mi pesar, tanto me acaba,
Que dicha encontraré en la sepultura.
—¡Ah, señora! La muerte sólo lava
Las manchas de la humana vestidura.
Volved la vida atrás, y descorriendo
Las espesas cortinas del pasado,
Veréis un hijo solo, abandonado,
Un calvario de penas recorriendo.
Y en tanto que la madre fiel profesaba
Del vicio en la infamante mancebía,
Veréis una mujer que en una orgía
Asalta una corona de marquesa;
Veréis un rostro lleno de entusiasmo,
Veréis llorar sin madre á un pobre hijo.
Y.... ¿marquesa, lloráis?—el sabio dijo,
Ahogando sus palabras el sarcasmo.
—Basta, basta, doctor, me asesináis.
—Vuestro pasado solo os asesina.
—¿Por qué vuestra bondad me retiráis?
—¿Qué importa mi bondad sin la divina?
Hace ya mucho tiempo. ¿Os acordáis
De una noche fatídica de invierno?
Al salir yo esa noche del Hospicio,
Una mujer, llevando un niño tierno,
Hijo del torpe vicio,
Al torno se acercó; llamó insegura
Y colocó en su fondo la criatura.
Y entonces me acerqué; vuestro semblante
Antes lo adiviné que verlo pude;
Mas permitidme que ante el tierno infante

Entonces lo dudara y hoy lo dude.

—¡Ah, doctor! ¿Y mi hijo vive, vive?

—Vive; mas no para la madre infame:

Que no es madre la hembra que concibe,
Sino aquella que el alma lo reclame.

—Permitidme, doctor, que pueda verlo.

¿No soy digna tal vez?

—Os falta serlo,

Que hay crímenes mayores que la muerte.

—Perdón, perdón.

—Así el niño decía

Con su mudo lenguaje, y no lo oía

Vuestra conciencia inerte.

—Soy su madre, su madre. ¡Dios piadoso!

Y decidme, ¿es feliz.... es bueno.... hermoso....?

—Mucho más que este viejo y *esa madre*;

Que en mí tiene un buen padre,

Y en Dios un porvenir, el más hermoso.

—¿Y verle no podré? ¿Ni una promesa

Oirá esta moribunda á vuestra boca?

Doctor, por compasión.

—Una, marquesa.

—Pronto, por compasión, me vuelvo loca.

—Hoy cumple aquel fatal aniversario,

Que siempre en mi cerebro llevo fijo,

En que una madre abandonó á su hijo

Como un mueble ¡qué horror! innecesario.

Pues bien; cuando en el alto campanario

Suenen las dos, la fementida hora

De vuestro crimen, le veréis, señora.

—Gracias, gracias, doctor; son sus consuelos
Los más dulces que pudo dar un sabio.
—Marquesa, hasta las dos; si calla el labio
Escuchad el lenguaje de los cielos.
—Os comprendo, doctor; antes que flote
En la nada mi ser, me aconsejáis....
—Que hacia Dios el espíritu volváis.
—Doctor, mandad que venga un sacerdote.—
Y con paso turbado y vacilante,
Más pálido y con menos arrogancia,
Salió el doctor Velasco de la estancia
Con el duelo grabado en el semblante.

IX

La marquesa de hinojos
—¡Qué soledad,—decía,—Dios eterno!
Negra sombra levántase á mis ojos,
Ocultando mis cínicos despojos
Al Dios de las bondades, no al infierno.
Alzándose del fuego que me abrasa,
Recorren mi exaltada fantasía
Jirones de honra, que cual leve gasa
Arrastré por el cieno de la orgía.
En el caos profundo en que me pierdo,
Vago errante y sin tino;
Y es que el hondo clamor de mi recuerdo
Mata más que el puñal de un asesino.—
Y en tanto la marquesa deliraba
No sé qué extraña idea,

La lumbre de la ardiente chimenea
También como su cuerpo agonizaba.

X

Apenas diez minutos transcurrieron
De marcharse el doctor, cuando se abrieron
Las cinceladas puertas de la estancia
Y un joven penetró; su rostro hermoso
Anunciaba un carácter bondadoso
Y un alma compañera de la infancia.
—Señora,—dijo con sentido acento
Á la marquesa, que, cual sombra inerte,
Parecía una imagen de la muerte
En el fondo sin luz del aposento.—
Señora, Dios os guarde;
Me han dicho que pedís un sacerdote,
Y en mí teneis el último.

—Aunque tarde,—

Repuso la marquesa,—haced que brote
En mi conciencia la bondad divina
Y será menos triste mi amargura.
—El que ante Dios se inclina
Convierte en un edén su sepultura.
—Yo fui tan pecadora....
—Siempre perdona Dios á quien le implora.
—Es tan grande y profundo
El abismo fatal de mi conciencia....
—Pero es tanta de Dios la omnipotencia,
Que al morir en la cruz perdonó un mundo.

—¿Y creéis que Dios pueda arrancarme
Del infierno y salvarme...?
—Se salva todo aquel que en Dios confía,
Mas no tiene perdón la duda impía.
—¡Ah padre! perdonad mi extraña duda
Y oid mi confesión triste y desnuda.—
Y puesta de rodillas, y rezando
La oración que sabía más austera,
La noble pecadora, suspirando,
Se empezó á confesar de esta manera:

XI

—De todos los pecados que mi calma
Fustigan con su látigo maldito
Hay uno colosal, que llevo escrito
En el bronce ya blando de mi alma.
Aquí está, sí; mi mente inexorable
Con la lógica fiera del delito
Lo muestra ante mis ojos, execrable,
Fatídico, infernal, imperdonable:
Perdonadme y oid.

Era la hora

Postrera de una orgía,
En que yo, cual liviana pecadora,
Irradiaba la luz de mi alegría.
Los cantos del festín, los mil excesos
Que el vicio por cien bocas exhalaba,
Al choque de las copas, ensayaba
Un prelude de risas y de besos:

Y las risas y besos estallaron
Con el ciego delirio del torrente,
Y del pudor las gasas se rasgaron,
Y tembló de rubor el mismo ambiente.
Y era reina orgullosa de la orgía;
Radiante de placer, mi pecho ardía
Al hervor del Champagne, que latiendo
En el cristal tallado iba subiendo
Y cual sarta de perlas se vertía.
Entonces, extasiada
Ante el noble marqués de la Enramada,
Liviano amor mentía,
Pues ansiaba arrancarle la promesa
De darme una corona de marquesa
En cambio de mi honra mancillada.
Era en aquel instante
El Tenorio marqués tan ignorante,
Que mirando al través de su cariño,
En vez de un alma impura,
Tan sólo contemplaba en mi hermosura
El espíritu púdico del niño:
Por eso yo mostrando una ternura,
Cual mi virtud mentida é ilusoria,
Por estrechar mejor aquellos lazos
Dejaba entreveer toda una gloria
En el fondo tranquilo de mis brazos.
Olvidaba un detalle:
Yo era en aquel momento
Cual leve arista que arrebató el viento
Del lodo de la calle.

XII

El festín terminaba; los licores
Los rostros inundaban de colores
Y agitaban los senos de las bellas;
Los brindis, las palmadas,
Las roncas carcajadas
Sonaban al compás de las botellas;
Y como todo acaba en este mundo,
Pues fondo tiene el mar, y es tan profundo,
Plegando el impudor sus ricas galas
En aquellos salones ostentosos,
Al sueño abrió sus alas
Y cubrió con su manto á los dichosos.

XIII

Después, al despertar, vieron mis ojos
Hombres y bellas á la débil sombra,
Mezclados del festín con los despojos,
Revolcando su honor sobre la alfombra;
Y á mi lado, sujeto por el vino,
Estaba el buen marqués hecho un beodo,
Arrastrando sus timbres por el lodo
Como arrastra el grillete un asesino.
Ante su rostro altivo y despreciable,
Y su hermosa fortuna incomparable,
Recordé su promesa,
Mientras pensaba altiva y ambiciosa:

¡Qué horror el ser su esposa!
¡Qué delicia tan grande ser marquesa!
Entonces asaltóme un pensamiento
Que hoy mi remordimiento
Recuerda porque el alma me taladre;
Pensé en aquel momento
Ser marquesa mejor que no ser madre.
¡Ay, perdonad, buen padre
El recuerdo fatal porque me aflijo!
Quizá mi mente entonces deliraba
Al pensar que mi hijo,
El hijo de mi sangre me estorbaba.
El marqués ignoraba
Existiese tal prueba de impureza,
Y antes que él despreciarme,
Soñaba mi ambición tanta vileza
Que sobre ella salté... sin estrellarme.
Y no sentí despecho
Ante aquel angelito sin fortuna,
Que no teniendo cuna,
Su madre lo expulsaba de su lecho.—
La marquesa, entretanto,
Lloraba de emoción y de agonía,
Y el joven sacerdote al ver su llanto
—No lloreis,—le decía;—
Seguid hasta el final, pobre hija mía.

XIV

Y siguió la marquesa:

—Vacilante,

Como el ébrio marqués, que aun estrechaba,
Alcéme de sus brazos delirante
Y penetré en la alcoba donde estaba
¡Mi hijo de un instante!
Á la luz de la lámpara difusa
Que pendía del techo,
La silueta veíase confusa
De un ángel acostado sobre un lecho.
La rubia cabellera
Desataba su espléndido tesoro
Por su frente hechicera,
Como en campo de nieve lluvia de oro;
Y sus blancos bracitos estrechando
La flexible almohada,
Parecían coger, aunque soñando,
El cuello de una madre idolatrada.
Un momento extasiada
Quedéme de sorpresa,
Y ví en el hijo mío
La nada, la pobreza y el vacío,
Y sin él un escudo de marquesa.
Pudo más mi ambición que mi ternura:
Como roba un ladrón un gran tesoro,
Arranqué la criatura
De aquel lecho de oro,
Sin pensar que arrancaba de mi pecho
Un torpe corazón pedazos hecho.
Y sin otro testigo
Que aquella flor hermosa de la infancia,
Echándome en los hombros un abrigo

Salí como un ladrón de aquella estancia.—

XV

Paróse la marquesa un breve rato:
El torrente enjugó de sus pupilas,
Y después, con palabras intranquilas,
Murmuró más que dijo su relato.
—Cuando salí á la calle, un viento frío
Heló más mi razón y al angel mío,
Que desnudo en mis brazos tiritaba;
Mas yo no le escuchaba:
Un poder superior á mi albedrío
El ignoto poder de las pasiones
Al abismo del crimen me arrastraba,
Y á las luces del gas, mudos blandones
De mi conciencia muerta, andaba, andaba.
Sonámbula del mal, crucé indecisa
Plazas, calles, paseos,
Llevando entre mis brazos los trofeos
De una noche de risa;
Y andando, siempre andando,
¡Oh contraste fatal! iba llorando,
Llorando sin conciencia ni sentido.
Mi llanto hacía coro al niño yerto;
La ciudad, convertida en un desierto,
Parecía dormir sueño profundo,
Y la crujiente seda del vestido
Imitaba al rozar ese chasquido
Que forma el estertor del moribundo.
Mi paso presuroso

Andaba como huyendo del Eterno.
¿Adónde iba? No sé. Tan espantoso
Se mostraba mi espíritu ambicioso,
Que por aquella senda iba al infierno.
Por fin, me hallé confusa
Ante el terrible torno de la Inclusa,
Y allí en aquella sima del cariño,
En cuyas fauces vacía
Los despojos del vicio la desgracia,
Deposité temblando al tierno niño.
Cubrí sus carnes frías y desnudas
Con un jirón sin honra de mi traje;
Después, á mí lo atraje
Y su rostro besé como otro Judas.
De pronto, cual surgiendo de la nada,
Un hombre apareció ante mi mirada;
Quise huir, pero en vano, no podía;
Aquel hombre fatal me conocía,
Y su vista era el filo de una espada.
En mis ojos clavó sus ojos fijos,
Y me dijo con voz ruda y temblona:
—La madre que sus hijos abandona
No es digna ni aun del odio de sus hijos.—
Ante apóstrofe tal, la voz perdiendo,
Como herida del rayo caí de hinojos,
Y el hombre aquel, el niño recogiendo,
Se alejó velozmente de mis ojos.

XVI

La marquesa calló; la tos violenta
Hizo crujir su pecho antes de roca,
Y espuma de color sanguinolenta
Brotó con un gemido de su boca.
El sacerdote atento,
Seguía aquel cansado pensamiento
En su larga excursión hacia el pasado,
Y el pálido color del sufrimiento
Daba sombra á su rostro demudado.
Lívido como estatua mortuoria
Ante el pórtico infiel de la memoria
—¡Gran Dios!—temblando dijo:—
Como acaba la historia de ese hijo
Así empieza el gran drama de mi historia.
—¿Qué me decís?—repuso la marquesa;
—Que al empezar mi historia iguala á esa.
—¿Y qué pensáis de la mujer que olvida
Los más santos deberes,
Y á aquellos pobres seres
Á quienes diera el sér quita la vida?—
Y el sacerdote, con los ojos fijos,
Más bien que con su voz, asaz temblona,
Murmuró:— *Quien sus hijos abandona
No es digna ni aun del odio de sus hijos.*—
Pero al decir temblando esta sentencia,
Sobrecogido de mortal desmayo,
Cual si una idea con su ardiente rayo

Súbita iluminara su conciencia,
Se aproximó indeciso hasta la anciana,
Y fijando su vista sobrehumana
En la enferma, que ahogaba el desaliento,
De este modo expresó su pensamiento:
—Decid pronto, señora,
De ese crimen fatal el día, la hora,
El año y hasta el nombre
De aquel honrado hombre
Que fué del niño el alma salvadora.—
Rígida la marquesa, que escuchaba
Más que nada la voz de su agonía,
Que en la estancia medrosa se cernía
Y en su frente de cera aleteaba;
Presa de pensamientos tan extraños,
Contestó indiferente á tal reproche:
—Iban á dar las dos de aquella noche,
Y hoy hace de ese crimen treinta años.
—¿Y fué el doctor Velasco...?

—El que prolijo

Sirvió á aquel sér de padre.

—¡Entonces vos, marquesa, sois mi madre!

—¡Cielo santo, mi hijo!—

Y dos gritos, surgiendo de repente,

Besáronse temblando en el ambiente.

La madre, al contemplar ante sus ojos

El tremendo castigo de los cielos,

Cayó al suelo de hinojos,

Rodando moribunda por los suelos.

Y en tanto que su sér se desmorona,

En el sér de su sér los ojos fijos,
Murmuraba con voz triste y temblona:
—*La madre que á sus hijos abandona*
No es digna ni aun del odio de sus hijos.—

XVII

Cuando alumbró aquel cuadro el nuevo día,
En medio de la alcoba se ostentaba
Una madre que aun muerta sellozaba
Y un hijo que muriéndose gemía.

BOCETOS Y MANCHAS

APUNTES DE UN ÁLBUM DE RECUERDOS

I

¡Mis versos, mis poesías! ¡Qué sarcasmo!
¡Qué terrible mentira!
¡Son gemidos que brotan de mi alma,
Y mi alma no es mía!

II

Trova que exhala el ruiseñor sencillo
En la callada selva,
Cuando el aura dormita entre las ramas
De la inculta maleza;
Murmullo sonriente
Del riachuelo, que alegre serpentea
Tesoro de armonías,
Aliento leve que el deseo engendra;
Chasquido que produce el cáliz de oro,
Al vibrar bajo el choque de las perlas;
Arrullo de la tórtola africana,
Elegante crugido de la seda,
Así tu voz, mujer encantadora,
En el alma resuena....

¡Dulce como caricia de una madre!
¡Ardiente como el fuego de una hoguera!

III

Hálito embriagador que el pecho inflama,
Indefinible esencia,
Que brota en tu cerebro, y en tus ojos
Sublime se condensa.
Fuerza que mueve el corazón ardiente,
Y hace latir la sangre en las arterias,
Y arroja los suspiros como el cráter
 Á la lava que encierra:
Ella mueve los átomos que vibran
En las hondas regiones de la idea;
Ella es el lazo que une entre sus mallas
 El cielo con la tierra;
Ella palpita en tu turgente seno;
Ella es pura, inmortal, sublime, etérea;
Ella es del Dios que adora la criatura
 El purísimo emblema.

IV

Tus pupilas son cielos donde habitan
Las hermosas huries del Profeta;
 Estrellas brilladoras,
Que fascinan, atraen, matan, queman:
 Un talle que, ondulante,
Parece del oasis la palmera,

Se mece como el sauce
Cuando el aura sutil lo balancea.
Tus labios son rubíes orientales,
Oro de Australia tus doradas trenzas;
 Tu frente y tus mejillas
Nubes de nácar que en el cielo ondean.
Tú eres divinidad de lo finito,
Tú eres condensación de la belleza,
Tú eres, en fin, un mundo de ilusiones;
 ¡El sueño de un poeta!

V

Huyendo de los enojos
Que encierra el mundano suelo
Alcé los ojos al cielo
Y en el sol clavé los ojos.
 Como el rayo que fulmina
La tempestad en los mares
Así los rayos solares
Incendiaron mi retina.
 Pero más débil que el mar,
Donde el cristal de la ola
El puro sol tornasola....
Tanta luz me hizo cegar.
 Y así huyeron mis enojos
De la luz al resplandor:
¡Era el rayo del amor
Desprendido de tus ojos.

VI

Mírate en mis pupilas y no temas
Que empañe tu pureza con mi aliento;
Los astros para verse en la laguna
Jamás bajan del cielo.

VII

No te apene el pensar que en el abismo
De mi alma tu imagen siempre tenga;
Que tan hondo es el mar, y sin embargo
Allí vive la perla.

VIII

Como la fébea luz de la alborada,
Que ilumina el dormido firmamento,
Entre los densos pliegues de dos almas
Nació el cariño nuestro.
Exuberante de color y vida
Escaló las regiones de los cielos,
Buscando en su delirio otros espacios
Donde saciar su anhelo.
Y aprendimos los dos en ese libro,
Para el alma que piensa siempre abierto,
Que el cielo más hermoso lo obscurece
La nube de un deseo.

IX

Ilusión del alma mía,
Infinito de mi cielo,
Consuelo de mi consuelo,
Numen de mi fantasía.

Eres la ilusión que evoco
En mi mente acalorada:
Pura virgen encarnada
En el delirio de un loco.

X

Me miras, y tus ojos me parecen
Dos cielos que á mi vista se levantan
Negros como la noche, pero hermosos
Como la luz del alba.

Me hablas, y tu voz tiene el acento
Rumoroso y flexible de las auras,
Que lloran en las selvas y en los lagos,
Vibran como las arpas.

Y cuando callas, y el lenguaje mudo
En tus labios ahoga las palabras,
Lo que siento, mujer, es tan inmenso,
Que no cabe en mi alma.

XI

Un ángel bajó del cielo
Y un suspiro al cielo fué;
En los aires se encontraron
Y.... tú naciste, mujer.

XII

Era la noche lóbrega y medrosa;
Mis pensamientos fúnebres, sombríos;
Las auras y mi aliento parecían
Los ecos de un gemido.

Andaba como espectro vacilante
Con mis grandes pesares abstraído,
Y allí frente al dintel de tu morada
Me detuve indeciso.

De tu balcón los vidrios transparentes,
Al través de los pálidos visillos,
Oscilaba una luz, como en el templo
Agonizante cirio.

Yo fijé mis pupilas en las puertas
Que cierran tu encantado paraíso,
Con el ansia vehemente del que mira
Ante sí el infinito.

Y una voz interior, un dulce canto
Murmuró estas palabras en mi oído:
—Allí esta Dios, el mundo, la poesía,
Detrás de aquellos vidrios.—

XIII

He visto caer inquietas
De tus sedosas pestañas,
Como gotas de rocío
Pequeñas gotas de lágrimas.

Le pregunté á tu sonrisa
El por qué las derramabas;
Y *el placer* me dijo:—Lloro
Porque la dicha me mata.—

Después he visto los surcos
Que en tus mejillas de nácar
Dejó impreso el triste llanto
Que el sufrimiento derrama.

Le pregunté á tu sonrisa
Por qué tus ojos lloraban;
Y *el dolor* me dijo:—Lloro
Porque la pena me mata.—

Sobre mis labios cayeron
Aquellas hijas del alma:
¡Eran tan dulces las unas,
Y las otras tan amargas!

XIV

Temblando de emoción y de deseo
Mi vista á tu ventana dirigí;
Tú no estabas en ella, y, sin embargo,
Sin embargo te ví.

XV

Vil trofeo del baile,
Sofre la alfombra blanca
Veíase un pedazo de vestido
En un rincón oscuro de la estancia.
Levantélo del polvo,
Y á la luz de una lámpara
Vi un pedazo de gasa desgarrado,
Húmedo cual si el llanto lo mojara.
—¡Ay!—pensé.—¡Quién acierta
A descifrar las páginas
De este libro sin letras, que en su seno
Cual hondo abismo los misterios guarda!
¡Quién sabe si su historia
Será una carcajada!
¡Quién sabe si será un jirón de honra
Impregnado de risas... y de lágrimas!
¡Ah! ¡Quién sabe! Se encuentran
Sobre una alfombra blanca
¡Tantas gasas sin honra!
¡Tantas honras sin gasa!

XVI

—¿Siempre?—le pregunté, mientras fijaba
En mis ojos sus ojos transparentes;
Y una nube de púrpura cruzaba
El cielo de su frente.

El pudor y el cariño, en débil lucha,
Encendieron su rostro de oro y nieve,
Y un suspiro tembló en el rojo cauce
De sus labios ardientes.

Temblando, como tímida amapola
Que el vendaval en la campiña mece,
Ocultó sus mejillas ardorosas
Entre sus manos breves.

Y al encender el cielo de sus labios
Con sus celajes la sonrisa leve,
Incierta y rumorosa como el aura
Murmuró:—¡Siempre! ¡Siempre!

XVII

¿Ves, mujer, el dulce llanto
Que al brotar de mis pupilas
Te da enojos,
Cuando miro con espanto
Las lágrimas intranquilas
De tus ojos?

No es que llore, es que deliro
Al contemplar tu ternura
¡Tan divina!
Como el doliente suspiro
Del ave que en la espesura
Ama y trina.

XVIII

Cuando mira sin enojos
Mis pupilas un momento,
Parece que el firmamento
Se dilata ante mis ojos.

Siento que mi mente loca
Es volcán en que me anego:
Siento que un oculto fuego
Va brotando por mi boca.

Siento quemarse mi frente
Y mis sienes exaltadas
En las rojas llamaradas
De mi cariño creciente.

Que en esta eterna ambición,
Que al amor sirve de base,
No hay fuego que más abrase
Que el fuego del corazón.

XIX

Con los brazos cruzados sobre el pecho,
Y los ojos abiertos sin mirar,
Mis pasos llevo sin saber adónde
Por la orilla del mar.

En vano agitan mi marchito rostro
Las ráfagas que engendra el huracán;
En vano ruge inquieto el Océano
Con su ronco bramár.

Ni me admira del cielo el infinito,
Ni me atrae del mar la inmensidad;
Para el que ama como yo te amo
Hay algo más allá.

XX

Un suspiro perdido en el espacio,
Que arrancó de tu pecho la pasión,
Con un beso escapado de mis labios
En las altas regiones se encontró.
—Yo soy—dijo el suspiro,—un gran deseo
Que en una virgen alma se encarnó.
—Yo soy perfume alado, misterioso,
Que exhala—dijo el beso—un corazón.
—Somos la imagen del placer divino.
—Ráfagas somos del ardiente amor....—
Y, transformándose el suspiro en beso,
En el cielo besáronse los dos.

XXI

¿Cómo borrar la impresión
Que en mí causó tu presencia?
¿Cómo arrancar de mi esencia
Su más honda sensación?
Siempre altiva mi razón
Al mirarte languidece;
Y es que soberbio aparece
El amor que en mí germina,

Y al ver tu rostro se inclina,
Suspira, llora y perece.

XXII

Fijó en mis ojos sus pupilas bellas
Y quedamos inmóviles los dos.
Nada hablaron los labios; pero el alma
¡El alma cuánto habló!

XXIII

Vapores de los mares se levantan
Que á los espacios van,
Y el aire los agita, y se los lleva
El recio vendaval.
Se condensan las nubes, forman agua,
Que cae sin cesar,
É inunda el valle, el monte y la colina
La lluvia torrencial.
Resbala el agua en las peladas rocas
Que en las cumbres están,
Escondiéndose luégo entre las breñas
De alegre manantial.
Crecen las fuentes, crecen los arroyos,
Los ríos crecen más,
Y espumosos, hirvientes, fragorosos
Precipítanse al mar.
.....
¡Cuántas veces el alma enamorada

De tí quiero alejar,
Y vuelve á tí con ansia delirante
Como la nube al mar!

XXIV

Recuerdo que una vez, desesperado,
Te dí el nombre de ingrata,
Y tus hermosos ojos derramaron
Todo un raudal de transparentes lágrimas.
Y recuerdo también que, entristecido,
Al mirarte dudaba
Si aquel llanto, al rodar por tus mejillas,
Brotaba de tu alma ó de mi alma.

XXV

La oscuridad vagaba en el espacio,
Suspiros leves modulaba el viento,
El mundo de los hombres parecía
Un mundo de misterios.
Nadie cruzaba la desierta calle,
El reloj de una torre allá á lo lejos
Resonó tristemente, y en los aires
Se perdieron sus ecos.
Estábamos los dos en su ventana,
Yo herido en mi pasión, ella en sus celos;
Ella lloraba amargos desengaños,
Yo sufría en silencio.
Mas ¡qué extraña es la vida! Siempre brota

La sonrisa del rudo sufrimiento:
Que siempre son iguales las tormentas
De la tierra y el cielo.
Y pasó ¡lo de siempre! Alzó los ojos
Y nos miramos con placer inmenso,
En tanto que la brisa murmuraba
El chasquido de un beso.

XXVI

Dicen que tus pupilas cuando amas
Originan la muerte al corazón:
Dicen que de tu amor las pocas llamas
Incendian la razón.
¡Y es verdad! En tus ojos mi agonía
He visto con tu amor puro afluir.
¡Oh, que muerte tan bella! Diosa mía,
¡Déjame así morir!

XXVII

Si mi recuerdo causa tu alegría
Haciéndote feliz,
El deseo mayor del alma mía
Es que te acuerdes una vez de mí.
Si mi recuerdo turba tu honda calma
Haciéndote sufrir,
El deseo más grande de mi alma
Es que te olvides de una vez de mí.

XXVIII

Hundióse el rojo disco en Occidente,
Huyó de mi esperanza el rayo intenso,
Y las tinieblas con su velo denso
Cubrieron los espacios y mi frente.

Pronto el sol, asomando por Oriente,
Inundará de luz el mundo extenso;
Mas de mi vida en el abismo inmenso
Las sombras durarán eternamente.

Una pequeña luz, la del recuerdo,
Hace más vivas las profundas nieblas
Del caótico pesar en que me pierdo;

Que cuando el bien humano se derrumba,
Se iluminan del alma las tinieblas
Con el fulgor siniestro de la tumba.

XXIX

¿Dónde van esos átomos que giran
Por la esfera azulada,
Levantando cascadas luminosas
De estrellas incendiadas?
¿Dónde van los suspiros de los hombres?
¿Adónde van las lágrimas?
¿Subirán como nubes á los cielos
Ó caerán como nieve sobre el alma?

XXX

Anohecía, y en las leves ondas
Sobre el cristal movable reflejadas,
Sus pupilas ardientes parecían

Estrellas que lloraban.

De pie sobre la cumbre de una roca
Mirábamos el mar, que á nuestras plantas
Llegaba suspirando, y en la orilla

Perlas de sal dejaba.

En el azul espejo de las olas
Nuestros ojos ardientes se miraban;
Y ella, al verse en el fondo, me decía:

—Mira á tus pies tu esclava.—

Llegó la noche, se borró la imagen;
Llegó la brisa, huyeron las palabras,
Y entre los dos, el muro del olvido

Levantó su inconstancia.

Sólo del mar sobre la enhiesta roca
Más de un anohecer miro las aguas;
Y mis ojos la ven, ¿cómo no verla,

Si es su imagen mi alma?

XXXI

Tú eres la noche eterna de mi vida,
Tú eres el frenesí de mi albedrío,
Tú de mi corazón la abierta herida;

Tú.... ¡el ángel mío!

Tú eres la luz, el éter, la armonía,
El infinito, la creación, la aurora,
La belleza, el deseo, la poesía;
Yo soy.... uno que llora.

XXXII

Puedes odiar á una mujer, rasgarle
El pecho vil que tus amores guarda,
Pisotear su corazón, y el rostro
De lodo salpicarla.
Sumisa como un perro vendrá alegre,
Por el cieno arrastrándose á tus plantas,
Y besará tus manos.... Nunca la ames,
Si anhelas para siempre hacerla esclava.

XXXIII

Al través de las rejas enmohecidas,
Y á la luz moribunda de los cirios,
Ví su rostro, asomando entre la toca
Sus múltiples hechizos.
De sus ojos las lágrimas caían
Sembrando sus mejillas de zafiros;
Y sus labios temblaban, como tiembla
La amapola en estío.
El negro velo que su frente orlaba
Daba sombra al alcázar de su espíritu;
¿Mas qué es la débil tela para un alma
Imagen de Dios mismo?

Alma que quiere luz, busca fulgores,
Anhela penetrar el infinito,
Y amar como los ángeles que pueblan
De dicha el paraíso.

Mas ¡ay! que como el pájaro enjaulado,
Al lanzarse sin fuerzas al vacío,
Quiere escalar la altura, y á los cielos
Sólo sube el espíritu.

De rodillas, postrada junto al ara,
No miraba á su Dios; sus ojos fijos
Parecían mirar al mundo humano
Más que al cielo divino.

Vibró en las naves del grandioso templo
Su voz, impura cual rumor sacrílego:
¿Qué dijo? ¿Qué escuché mudo de espanto?
Esta frase no más:—¡Dios mío, Dios mío!

XXXIV

Aquella luz de tus hermosos ojos,
Brillante estela de astro celestial,
Que miraba en mis horas de delirio
En tus ojos brillar:

Aquella voz embriagadora y débil,
Sonoro ritmo de sutil compás,
Que rodaba en las auras de tu aliento
Como un eco ideal:

Aquel cielo infinito de caricias,
Que los dos conseguimos escalar
Envueltos en la gasa transparente

De un amor inmortal:

Aquel placer, aquellas alegrías,
Aquellas emociones del gozar,
Se hundieron para siempre en el abismo
Que abrió tu falsedad.

Hoy ¡extraño contraste! tu hermosura,
Como flor que combate el vendaval,
Se deshoja en los brazos de otro hombre
Que no te sabe amar.

El espejo que tanto te adulaba,
¡Qué cosas tan terribles te dirá,
Al sentir en su azogue reflejarse
Marchita tú beldad!

Y á solas con tu esposo y tu conciencia
El espejo del alma te dirá,
Que puedo dar mis penas al olvido
Y tú al remordimiento nada más.

XXXV

No lo quiero pensar; nube sangrienta
Ofusca mi razón,
Y su imagen hermosa me atormenta
Como una maldición.

Quiero huir del fantástico recuerdo
Que engendra mi pesar,
Y en el mar de la duda en que me pierdo
¡Ay! torno á naufragar.

¿Dónde acaba el amor y el odio empieza?
¿Por qué tanto sufrir?
¿Por qué en tan fiera lucha mi cabeza
Tiene que sucumbir?

En vano se ejercita mi criterio
En hacerme dudar;
Mi amor es un abismo, y su misterio
Me atrae sin cesar.

.....
¡Siempre de esa mujer, idolo mío,
Idólatra seré!
Y siempre preguntando mi albedrío:
¿Por qué, alma, por qué?

XXXVI

Aprende, coqueta Elisa,
Á llorar de varios modos,
Que llorar cual lloran todos
Es un llanto que da risa.
Suele engañar la sonrisa,
Pero no el llanto vulgar
De la que no sabe amar.
¡Ay, cuánto hicieras sufrir,
Si como sabes reír
Supieras también llorar!

XXXVII

Mirábamos un tren que se acercaba
Arrojando un volcán de fuego y chispas,
Y ella me dijo entonces:—Más ardiente—
Es mi pasión purísima.

El tren pasó cual rápida centella;
También pasó el amor que nos unía:
No llores, corazón, es lo de siempre;
Así pasa la dicha.

XXXVIII

Hoy en el mundo reina el egoísmo;
Hoy la mentira es madre de la fe;
Hoy la virtud es baja hipocresía;
Hoy.... lo mismo que ayer.

XXXIX

Lágrimas se escapaban de mis ojos
Al escribir mis tristes poesías;
Y tú también llorabas al leerlas,
¡Quién sabe si de risa!

Al lado de tu esposo vas bebiendo
El más amargo cáliz de la prosa;
Y al mirarnos los dos y sonreirnos,
De tanta risa lloras.

XL

Cuando la luna rasga serena
De la alta nube la orla azul,
Siento que, altiva, desde los cielos
Me miras tú.

Cuando del fondo de mis pesares
Surgen las brumas de mi dolor,
Desde el infierno de mis pupilas
Te miro yo.

Yo esparzo sombras; tú, como un astro,
Viertes á mares ondas de luz.
¡Triste contraste! Yo busco el cielo
Y el mundo tú.

Por eso al vernos en el camino
Nos saludamos sin expresión:
Tú sonriendo, yo sollozando.
¡Qué triste adiós!

XLI

Hablaban de una bella entre las bellas,
Encantadora cual soñada hurí,
Portento de magnífica hermosura,
Y me acordé de tí.

—Es una ingrata,—oí que repetían,—
Inconstante, coqueta, baladí;—
Y tu recuerdo quise separarlo
Lejos, lejos de mí.

Una mujer esbelta y elegante
Á la sazón pasaba por allí.
—Esa es,—me dijeron muchas voces;—
Y ¡no te conocí!

XLII

—¡Esposa de ese hombre que aborreces!
¡Esposa de ese hombre á quien no amas!
¡Qué presente tan lleno de agonía!
¡Qué porvenir de lágrimas!—
Así te hablé más tarde, no sé cuándo;
Sólo recuerdo que lloró mi alma:
Lástima tuve de tu pobre esposo
Y de tí tuve lástima.

XLIII

Lucha eterna y desigual
Libran dentro de mí mismo,
El torpe materialismo
Y el soñador ideal.
El bienestar material
Busca siempre la razón;
Pero esta humana ambición

Tanto en mí se contradice,
Que el raciocinio maldice
Lo que anhela el corazón.
¿Será mejor no sentir
Y en vez de sentir pensar?
No sé; mas quiero soñar,
Ya que es mi sueño el vivir.
¿Qué importa que en mí dormir
La dicha pierda y la calma;
Si es mejor la hermosa palma
Que el sufrimiento me ofrece,
Que no el placer que envilece
Los sentimientos del alma?
Es mi constante desvelo
Vivir en continua guerra,
Entre el polvo de la tierra
Y el espíritu del cielo.
El bienestar de este suelo
Fácilmente se derrumba;
Y aunque en mi espíritu zumba
Del mundo el eco profundo,
¿Qué se le importa este mundo,
Si hay más allá de la tumba?

XLIV

Tus brazos enlazándose á mi cuello,
Con tus labios mis labios confundías;
Tu pecho con mi pecho,
Tu alma con la mía.

Gozando mil placeres amorosos,
Anegados en un mar de delicias,

Sin sentirlos pasaban

Un día y otro día.

Y á medida que el fuego del deleite
En sus brasas quemaba nuestra vida,

Más y más aumentaba

El alma sus caricias.

¡Qué cierto que el amor cuando se siente
Todo en el mundo la razón olvida;

El hombre de sí mismo,

La mujer de sí misma!

XLV

Alguna vez la encuentro en el paseo,
Del brazo de su esposo recostada;

Y al mirarme, me envía el alma ardiente
Que brilla de sus ojos en la llama.

La envidia y el orgullo al mismo tiempo
En mi pecho se agitan, y así exclaman:

Él, «lleva un cuerpo al lado de su cuerpo;»
Yo, «tengo un alma dentro de mi alma.»

XLVI

Antes era feliz sólo con verte
Un instante fugaz como las auras;
Y ahora, que es imposible, yo te admiro
Con los ojos del alma.

Antes era el amor quien nos unía,
Ahora el mundo insensato nos separa;
Antes te amaba sólo mi deseo,
Ahora toda mi alma.
¿Pretenderán las olas del destino
Alejar de nosotros la esperanza?
Imposible; los hombres nunca pueden
Partir en dos un alma.

XLVII

¡Siempre me acordaré! Yo te adoraba,
Y en lucha mi cariño y tu pudor,
Una flor que en tu pecho se ostentaba,
Tu seductora mano me entregaba
Como prueba de amor.
Después cuando encerrado en mi aposento,
Á solas con tu amor mi pensamiento
Miraba aquella flor,
Guardaba como el mísero avariento
Las pruebas de tu amor.
Los días sin sentir iban pasando
En medio del placer embriagador,
¡Que pasa tan callando!
Y las noches felices contemplando
Las pruebas de tu amor.
Era el anochecer de infausto día;
Tu rostro seductor
Para siempre á mis ojos se perdía,
En tanto que tu orgullo me pedía

Las pruebas de tu amor.
Al morir de la tarde los fulgores
Espiraron también nuestros amores;
Y supe con dolor,
Que eran tan sólo deshojadas flores
Las pruebas de tu amor.

XLVIII

Isabel, Blanca, Lucila,
Tristes recuerdos de ayer,
Que soléis aparecer
Ante mi absorta pupila.
En vano pasan los años
Por vuestros nombres malditos,
Que están en mi mente escritos
Con llamas de desengaños....
En lucha eterna y vehemente,
Me agita vuestro recuerdo,
Y antes la esperanza pierdo
Que os arroje de mi mente....
Huid; no oigáis el gemido
De mi insepulto entusiasmo,
Que es más temible el sarcasmo
De la mujer, que el olvido.

XLIX

No pretendas que mi alma
De mí aleje esta pasión,

Que la muerte siempre es bella
Cuando nos mata el amor.

Tú me arrancaste del pecho
Algo más que el corazón,
Dejándome en él la duda,
El vacío y el dolor.

Mas ¿qué importa? Tu recuerdo
Vive en él, pues vivo yo,
Y tú no puedes quitarme
El placer de mi aflicción.

L

Una ráfaga de viento
Me dijo leve al pasar:
—¡No la olvides, no la olvides,
Y ella siempre te amará!—

Yo la escuché sonriendo
Con indecible ansiedad,
Y á la ráfaga le dije:
—¡Si no la puedo olvidar!

LI

¡Qué hermoso era mirar sobre mi pecho
Reclinada indolente su cabeza,
Mientras rasgaba la sombría noche

La luz de las centellas!

¡Qué hermoso era sentir su leve aliento
Quemar mis labios con su llama trémula,

Mientras rugía inquieta en el espacio

La voz de la tormental

¡Qué hermoso percibir su voz de ángel,

Entonando de amor sublime endecha,

Mientras el ronco trueno se cernía

En las nubes eléctricas!

¡Y qué hermoso admirar al rojo incendio

Del rayo que en las nubes serpentea

Su pálida hermosura, y en sus ojos

El iris de mis penas!

LII

Un arcano indescifrable

De la mente soñadora

Es el amor entrañable

Que, con fuerza incontrastable,

Me alucina y me devora.

En vano quiero arrancar

De mi anhelo esta pasión;

Que es tan débil mi razón,

Que no se atreve á dejar

Mi pecho sin corazón.

Y amo en mi delirio á un sér

Que me atormenta y me acosa;

¡Que no es fácil comprender

Á una diosa que es mujer

Y á una mujer que es odiosa!

Mariposa que libando

El cáliz de muchas flores

Pasa la vida gozando,
Sin saber cómo ni cuándo,
No siente amor, siente amores.

Sé que en su egoísmo aleve
No hay un eco que responda
Al amor que á oír se atreve,
Ni una maldad que no esconda
En sus entrañas de nieve.

Sé que en su bella mirada
Una ternura ilusoria
Está para mí grabada,
¡Y soy página olvidada
Del gran libro de su historia!

Las sonrisas del engaño
Sé que convida á beberlas
Su talento siempre extraño,
Para esconder entre perlas
El cieno de un desengaño.

Sé que al cariño que imploro ...
Una coraza de oro
Eternamente custodia;
Y yo, insensato... la adoro,
La adoro... ¡Porque me odia!

LIII

Á su lado te miro, y la terrible
Explosión de mi rabia
Enciende mis arterias, y ambiciono
La embriagadora dicha del que mata.

Después en mi cerebro enloquecido
Dominando la calma,
En vez de mi rival, miro en tu esposa
Mi mejor instrumento de venganza.

LIV

Florequilla, florecilla,
Cómo te vas ¡ay! secando,
Al sentir en tu corola
El suspiro de sus labios.
La flor de mis ilusiones
También se va deshojando,
Al sentir la fría escarcha
Que guardan los desengaños.
Te he visto dormir inquieta,
Sobre su seno ondulando,
Como una alegre amapola
Junto á un sepulcro de mármol.
Y yo, lejos de la hermosa,
Siempre triste y solitario,
En el bosque de la vida
Sauce soy que está llorando.
¡Dichosa tú, á quien su aliento
Va tus hojas abrasando,
Y al morir tendrás un lecho
En su tranquilo regazo....!
La flor de mis ilusiones
Se quiso abrasar en vano
Al calor de su desvío,

Siempre inerte, siempre helado;
Que yo sólo encuentro nieve
En la mujer á quien amo.

LV

Navegante en los mares de la vida
Cruzo la inmensidad,
Sin temer lo profundo de las olas
Ni las furias del mar.
Sobre mi débil nave miro altivo
La hirviente tempestad;
Mas el puerto y la playa donde arribe
Nunca á mi vista están.
Perdido en las inmensas soledades
Mi vida es el bogar,
Bogar hasta ese puerto misterioso,
El de la eternidad.

LVI

Un mundo de pesares sobre el alma
Mis pasos hace inciertos:
Pronto caeré en la fosa; mi tristeza
Es que tantos pesares quepan dentro.

LVII

Un arma para herir buscó una hermosa,
Era poco el acero;

Y arrancando del alma su cariño
Convirti6lo en desprecio.

Arma terrible, que al herir el rostro
Penetra en nuestro pecho,
Y se clava en el alma para siempre,
Y siempre esta all dentro.

LVIII

Desde la alta muralla gaditana
Mirbamos el mar,
Y—Mi amor es tan grande—me decas—
Como esa inmensidad.

Las olas en su eterno movimiento
Venfan  besar
Las soberbias murallas, y ella dijo:
—Yo  ti te beso ms.

Mas huyeron del alma sus amores
Cual olas que se van,
Y se alejan llorando de la orilla.
Cmo no han de llorar!

Otra vez sobre el muro nos hallamos;
El recio vendaval
Agitaba las olas, que en montañas
Rompanse al chocar.

Y al verme, el oleaje del recuerdo
Nubló su hermosa faz.
¡Que también los océanos del olvido
Tienen su tempestad!

LIX

Como brilla en la noche del deseo
La luz de la esperanza,
En el azul del alto firmamento
Una estrella brillaba,
Temblando dulcemente
En la celeste gasa,
Como tiembla la gota de rocío
Suspendida en el cáliz de la planta.
Recostado en el césped de la selva
Una noche tranquila me encontraba,
Aspirando el perfume de las flores
Y los suspiros trémulos del aura.
Alegre y sonriente
El infinito espacio contemplaba,
Y—Cómo se parece—repetía—
Esa brillante estrella á mi esperanza.
Ella contempla á la creación entera
Sonriendo feliz bajo sus plantas;
Ella es pura y brillante,
Como son los anhelos de mi alma.—
Hubo un instante en que mi vista fija
La vió rodar por el espacio rápida,
Y después ocultarse para siempre

Á mi ansiosa mirada.

De aquella noche hasta la noche mía
Hay un largo paréntesis, que abarca
Una historia de amor y unas cenizas
Que mis recuerdos guardan.
Las noches cruzan por mi noche eterna,
Y el desengaño tiende más sus alas,
Hundiendo en mi deseo
El afilado acero de sus garras.
Por eso, al recordar aquella noche,
Mi corazón exclama:
«¡Qué semejantes fueron, Dios eterno,
La estrella y mi esperanza!»

LX

¡Ah! Cuando ví su tumba blanqueada
Entre el verde follaje alzar su nimbo,
Creí ver una estrella desprendida
Del cielo en el abismo.

Huérfano y sin hogar, miraba triste
Aquella tumba de mi madre asilo,
Y en el silencio oí que me llamaban
Sus labios carcomidos.

Vagó como una ráfaga de sangre
Por mi frente la idea del suicidio,

Y la voz de mi madre,—Llora y vive;
La vida que te dí, no es tuya,—dijo.

LXI

Sé que no eres feliz; por las mejillas
El llanto cuando pasa,
Deja un surco rojizo, y siempre llevas
En tu rostro señal de algunas lágrimas.

Tu sonrisa es mentira; me lo dice
Por tus ojos el alma:
El placer, la alegría que blasonas,
Son mentiras que al vulgo sólo engañan.

Unida para siempre, ¡para siempre!
Á un sér á quien no amas,
En las profundas simas de tu pecho
Ya verás lo que cuesta ser ingrata.

LXII

Que las penas no matan, dice el vulgo,
Que siente apenas y que mucho olvida:
Y es verdad que no matan;
Pero son tan traidoras, que asesinan.

LXIII

Del mundo en el revuelto torbellino

La encuentro alguna vez,
Y al mirarnos se chocan nuestras almas
Y la chispa del odio suele arder.

El drama que se asoma á nuestros ojos
Tortura nuestro sér;
Mas sus labios sonrîen, yo sonrío,
Y el mundo que nos mira no nos ve.

¡Ah! si fuera cristal el pecho humano
y estuvieran tras él
Las páginas del libro de la vida,
¡Cuánto habría que borrar ó que leer!

LXIV

En el sueño virginal
De mi tranquila inocencia,
Bien ajeno á la experiencia,
Soñaba ser inmortal.
Tú, como el cielo ideal,
Me hiciste fijar en tí;
Y entónces ¡ay! comprendí,
Llena el alma de quebranto,
Que por quererte yo tanto
Mi alma se muere aquí.

LXV

Amanecía; en las frondas

Callaba dormido el cierzo,
Y en el mar, leve la brisa
Rizaba el cristal sereno.

Nubes de ópalo y de nieve
Cruzaban el firmamento,
Como nácares y espumas
Flotando en un mar de fuego.

El sol naciente ceñía
Las ondas con sus cabellos,
Y aquel mundo de armonías,
De luz, de vida y misterio,

Preludiaba en el lenguaje
Más sublime de los cielos,
Una esperanza, una trova,
Una lágrima y un beso.

¡Qué amanecer! Las cortinas
Entreabiertas de tu lecho,
Descubrían en el fondo
Tus contornos mal cubiertos.

El Amor, tocando alegre
Tu rostro con su aleteo,
Coloraba tus mejillas
Y entrecortaba tu aliento.

Y la luz muerta del vaso,
Y la luz viva del cielo,
Y tus ojos entornados,
Y tus labios entreabiertos,

Preludiaban en el ritmo
Más sublime del deseo

Una sonrisa, una trova,
Una lágrima y un beso.

¡Qué amanecer! Densas sombras
Á tanta luz sucedieron,
Y aquellos instantes duermen
Del olvido el sueño eterno.

¿Quién se acuerda del pasado
Cuando el presente es tan negro,
Y es tu memoria tan frágil
Y tan profundo tu pecho?

¿Lloras? No llores; mi alma
Es tumba de tu secreto;
Y mi alma es como el lago,
Que guarda en su fondo el cieno.

¿Á qué llorar? Goza, ríe,
Acalla el remordimiento,
Y adiós.... ¡Ah! se me olvidaba:
Da á tu esposo mis recuerdos.

LXVI

Deja que la mirada de tu espíritu
Se funda en el crisol de mi mirada.
¿Dónde mejor la instable mariposa
Podrá quemar sus alas?

LXVII

Tú me has visto reír ante los rudos

Desdenes de la suerte;
Tú me has visto ante el lodo de la vida
Pasar indiferente.

Una tarde los dos arrodillados
Ante una tumba inerte,
Sentimos en los ojos una lluvia
De lágrimas ardientes.

Y en medio del dolor, al alejarnos
De aquel antro de muerte,
Tú llorabas, y yo feliz decía:
—¡Quien pueda llorar siempre!

LXVIII

Volvíme loco, sentí agruparse
Sombra en mis ojos, luto en mi sér,
Y ante un cadáver caí de hinojos,
Era la dicha que yo soñé.

Iris del alma fué mi ventura,
Que al acercarme desapareció;
Y en tanto vivo, porque no muere
Nunca el dolor.

LXIX

Ante el bien que hemos perdido
Muchas veces has llorado,

Otras veces sonreído;
Y es que al mirar el pasado
Tú recuerdas, yo no olvido.

LXX

Huyes de mí, como la garza herida
Por hábil cazador;
Y temes mi presencia tanto, tanto,
Como la tuya yo.

En vano luchas, como lucho en vano,
Por olvidar mi amor:
¡Ay! Tu alma y la mía son dos almas
Que enlaza un corazón.

LXXI

¡Quién había de pensarlo! Aquel inmenso
Amor que nos juramos,
Huyó como la lumbre misteriosa
Del soñoliento ocaso.

Se durmió la vestal, y allá en el ara
Helóse el fuego sacro;
Y entre sombras huyeron sus pavesas....
¡Quién había de pensarlo!

Volverán en el ara y en los cielos
Á arder piras y astros;

Pero en el fondo de las almas muertas
Se helarán las cenizas del pasado.

LXXII

Que era dichoso creía
En mi necio desvarío,
Creyendo que en torno mío
Sólo placeres había.
Mas ¡ay! que la hipocresía
Me hizo sentir su rigor,
Y sin alma y sin amor
Vine á saber de esta suerte,
Que entre la vida y la muerte
Sólo se encuentra el dolor.

LXXIII

El abismo insondable de tu pecho
Quiso mi amor sondar,
Y en las profundas simas de tu alma
Amor quise encontrar.

¡Oscuridad, vacío, negro espacio
Tan sólo pude hallar.
¡Contrastes de la vida! Yo te adoro:
Tú no sabes amar.

Yo quiero que me amen mucho, mucho;
Tú cifras tu ambición en figurar.

¡En las cumbres del Etna se confunde
La nieve con la lava del volcán!

LXXIV

¡Qué dulce es el llorar, cuando la risa
Del placer nos ahoga!
¡Y qué amargo, Dios mío, es para el hombre
Reír cuando se llora!

LXXV

La odio y la quiero tanto,
Que cuando tierna suspira
El huracán de mi ira
Suele convertirse en llanto.

LXXVI

¡Qué carta tan entusiasta!
¡Con cuánto amor iba escrita,
Y con cuánto frenesí
Mi corazón la leía!
Eran dulces sus palabras,
Como amargas mis desdichas,
Y mis ojos al leerlas
Algo celeste sentían.
Allí derramó tu alma
En un raudal de caricias,
Las esperanzas más bellas

De tu ternura infinita.
Temblando acabé la carta;
Pero al llegar á la firma,
Tan sólo vieron mis ojos
Esta palabra: *Mentira*.

LXXVII

De tu ventana los espesos hierros
Mudos testigos de mis penas son;
Siempre fríos.... inertes.... silenciosos
¡Como tu corazón!

LXXVIII

Pasó como la imagen de una hada
Que la mente febril imaginó,
Sonriendo á otro hombre, como en tiempos
Á mi me sonrió.

Y la miré perderse entre las gentes,
Con acerba y sarcástica expresión:
Risa sentí en los labios, y en el pecho
¡Llorar el corazón!

LXXIX

Una página existe en mi pasado,
Y siempre que la leo,
La doblo indiferente, sin que quede

En mi frágil memoria ni un recuerdo.

La escribió una mujer toda con sangre;
Formuló un juramento,
Y al fondo de mi alma su alma impura
Vertió a torrentes su cariño inmenso.

Hoy que todo pasó, parece al verla
La tumba del silencio.
Indiferente y fría, desde entonces
Ni aun en la paz de los sepulcros creó.

LXXX

Las flores de la campiña
En otoño se deshojan,
En el invierno perecen
Y en la primavera brotan.
Pero las flores del alma,
Al herirlas la congoja,
Mueren, y tan sólo nacen
En la tumba misteriosa.

Las flores de la campiña
Son del color de la aurora;
Pero las flores del alma
¡Son del color de la fosa!

LXXXI

Nieve tu corazón, mis dedos fuego;

Quise hacer una estatua con mis manos,
Para luego adorarla, y se deshizo
Como bruma del lago.

Sentí frío en el alma; busqué ansioso
Aquel hermoso corazón helado,
Y ví en mis dedos ateridos nieve,
¡Y ví en el suelo fango!

LXXXII

A la luz de mi deseo
Ante mí te ví pasar,
Vestida de azul y blanco
Como las olas del mar.

Yo en vano me preguntaba
Quién eres y adónde vas;
Que eres tú como las olas;
Pasan y no vuelven más.

LXXXIII

¿Que quién es más feliz, dicen tus ojos?
Compara tu existencia con la mía.
Yo adoro un ideal que desconoces;
Tú eres montón no más de carne viva.

Mis sueños son placeres que no acaban,
Tus placeres son sueños que terminan:
Alma de la pasión, pasión sin alma;

Á tí te ahoga el oro, á mí la dicha.

LXXXIV

¿Te acuerdas? ¡Hoy hace un año!
Era al declinar la tarde,
Y el sol sus rayos hundía
En el ocaso brillante.
Tarde silenciosa y triste,
Como el amor entrañable
De esas vírgenes que esconden
En la celda sus pesares.
La brisa vagaba alegre,
Trinaban dulces las aves,
Sonreían los arroyos
Y murmuraban los sauces.
Tu voz, pura como el eco
Que resuena entre el follaje,
Cuando el río cristalino
Cruza el bosque murmurante,
Resonaba en mis oídos
Como el canto de los ángeles,
Como una tierna caricia
De mi desdichada madre.
Tú, temblando de deleite,
Con tus ojos celestiales
Incendiabas el volcán
Que por tí en mi pecho late,
Y mi alma estremecida
Al mirar tus ojos grandes,

Agitaba incandescente
Por mis arterias la sangre.
Brotaban nuestras palabras
Dulces, rítmicas, suaves,
Como brotan del Oriente
Los suspiros matinales,
Y los dos nos confundimos
En esa dicha inefable
Que concibe el pensamiento
Y que no puede expresarse.
¿Te acuerdas? Hoy hace un año
De aquella dichosa tarde,
En que la luz de tus ojos
Iluminó á dos amantes.
Ella, imagen del amor,
Él, del amor fiel imagen;
Ella, delirante y loca,
Él, ¡ay! loco y delirante.
Una flor, no tan hermosa
Como tu frente adorable,
Puso mi cariño inmenso
En tu pecho suspirante.
Después....—Adiós,—me dijiste;
Tu llanto cayó á raudales,
Y la noche pavorosa
Vistió su negro ropaje.
Todo, al fin, desapareció;
De aquellos breves instantes,
Tan sólo queda un recuerdo
Entre esperanzas falaces.

¿Te acuerdas? Nó, no te acuerdes
De aquellos tiempos fugaces,
Que los placeres pasados
Se convierten en pesares.
Sólo quiero que te acuerdes
De mi amor inmenso y grande:
Y cuando leas los versos
Que mi pluma vacilante
En el papel va grabando,
Como de la mente salen,
Mires en ellos las flores
Que brota mi pecho amante;
No tan puras ni tan bellas
Como tu frente adorable,
Pero más bellas y puras
Que la flor de aquella tarde.

LXXXV

No temas, nó, que mi pasión inquieta
Proclame en alta voz nuestro secreto;
 Cuanto dice el poeta,
Jamás puede tacharse de indiscreto.
 Sus gritos de agonía,
Sus cantos de placer, son solamente
 Extraña melodía,
Que el vulgo, por ser vulgo indiferente,
Cuando más califica.... de poesía.

No anheles que mi acento

Espire antes que salga de mi boca;
No ambiciones que calle el pensamiento
El eterno vibrar del sentimiento
Que golpea mi sér con furia loca.
Dějame que al compás de mis cantares
Encuentre un lenitivo á mis pesares
- Y recobre la calma
Que perdí en el albor de mis amores.
¿Cómo quieres que un alma
Que á tí te levantó tantos altares
No arroje uno tras otro sus dolores?
¿Qué menos concederle que un gemido
Puede una ingrata al corazón herido?
.
¡El placer de llorar es tan hermoso,
Que con él hay quien vive y es dichoso!

LXXXVI

Cuando el dardo del amor
Causa en tí vaga inquietud,
Se estremece tu virtud
Y se enciende tu rubor.
Al través de tu candor
Un alma virgen se ve,
Y en sus páginas se lee
Todo un poema de amor.

LXXXVII

Mi ánimo vacila, y tú pretendes
El saber el por qué:
El por qué de mis dudas, de mis ansias,
Del ciego pesimismo que en mí ves.

Tú me juzgas pasivo, indiferente,
Sin amor y sin fé;
Cual cadáver errante que se mueve
Á impulsos del eléctrico poder.

¡Es verdad lo que piensas! Tuve un alma
Y fué de una mujer,
Que la arrastró insensata por el lodo
De su cariño y la olvidó después.

LXXXVIII

«Inquieto corazón, espera, espera,
Que pronto será cierta tu ambición.»
Es la frase de siempre, la quimera
Con que engaña la mente al corazón.

Llega la dicha con su faz de rosa
Llamando á nuestras puertas con la suerte,
Y al abrirlas el alma deseosa
Las encuentra cerradas por la muerte.

LXXXIX

Yo bien sé que le amas más que el aura
A las olas que riza sin cesar;
Yo bien sé que eres parte de su alma
Y de su cuerpo más;

Yo sé por experiencia que tú amas
Como nadie en el mundo sabe amar.
Lo que tú has olvidado y yo aprendido
¡Que él no sepa jamás!

XC

Vago rumor vibraba en mis oídos
De gemidos y lágrimas;
Penetrante saeta que se hundía
Cruel en mis entrañas:

Cerré mis ojos, quise separarme
De aquel triste fantasma,
Y en el fondo rojizo de mis párpados
Ví llorar á mi alma.

XCI

Escúchame, mujer: como el vacío,
Es tu alma la imagen de la muerte,
Y marmórea mansión tu pecho inerte,

Donde esconde su cieno tu albedrío.

Me anego en amoroso desvarío,
Cifrando mi ilusión en comprenderte;
Y sin querer, te quiero de tal suerte,
Que es tuyo el corazón que fué antes mío.

Yo ambiciono un amor grande y eterno,
Y tú contestas con tu amor de nieve
De mis pasiones al lenguaje tierno:

Á nadie amas, nada te conmueve;
Pareces sombra vana del averno,
Mujer ruin del siglo diez y nueve.

XCH

Á la entrada del gótico palacio,
Sobre esbelto y corintio pedestal,
Una estatua de mármol ostentaba
Sus formas de deidad.

Al pie de la escultura me detuve,
Su artística belleza á contemplar,
Y absorto descubrí con la mirada
Un algo inmaterial.

Á tí se parecía; su hermosura
Con la tuya tal vez pueda igualar,
Pero el algo que vieron mis pupilas
En tí no ví jamás.

XCIII

Y ella... ¡no hay máscara
Semejante á su rostro!
BÉCQUER.

¡Cuántas veces temblando
De indescriptible gozo
Sentía sus mejillas encenderse
En mi pálido rostro!

¡Cuántas veces mis dedos,
Vagando perezosos,
Se dormían tranquilos en el lecho
De sus bucles de oro!

¡Y cuántas, cuántas veces
El velo misterioso
De una nube de púrpura, cegaba
Sus ojos y mis ojos!

Ahora por mi lado,
Cogida al brazo de otro,
Pasa, como á través de oscuro cielo
Brillante meteoro.

Cuando me ve, acelera
El paso presuroso,
Cual si temiera que al mirarnos ambos
La vendiese mi asombro.

Y la miro alejarse
Y perderse en el foco
Donde forman liviana convergencia
La virtud con el dolo.

¡Ay! En los días amargos,
En mis noches de insomnio,
Cuando siento agitarse allá en su tumba
Los recuerdos que adoro,

Su nombre, deslizándose
Como un gemido ronco
Por mis labios quemantes, se asemeja
Á un eco pavoroso.

Él condensa en un grito
Una historia de oprobio,
Él expresa en un fúnebre lamento
Mi cariño y mi odio.

¡Ah! El mundo en tanto,
Al verlos tan dichosos,
Admirará en la esposa la pureza,
La dicha en el esposo.

Y habrá algún moralista,
Algún rancio filósofo,
Que recuerde á la bíblica Susana
En tus puros contornos.

Nadie piensa que aquella
Mujer es mujer sólo,
Que su historia es de muchas, y la mía
Es casi la de todos.

XCIV

El destino del hombre es en la vida
Soñar, siempre soñar;
Mas ¡ay de aquel que en hora maldecida
De su sueño comienza á despertar!

Desvanecido el cielo que soñamos,
Marchita la ilusión,
Tan sólo una esperanza ambicionamos:
La esperanza que encierra el panteón.

Vén, sueño, y cierra mis cansados ojos
En eterno dormir;
Sólo olvido en tus brazos mis enojos,
Sólo en tu seno puedo yo vivir.

XCV

¡Las doce de la noche! El aire zumba
Al chocar con los vidrios de mi alcoba,
Y á lo lejos percíbese el rugido
De las hirvientes é irritadas olas,
Al rodar, como líquidas montañas
Que chocan con bravura poderosa,

Y al estrellarse con horrible estruendo
En las recias murallas y en las rocas.

Oculto la cabeza entre mis manos
Oigo la voz del viento pavorosa,
Y anegado en mis tristes pensamientos
Lentamente transcurre hora tras hora.

El sueño de mis párpados se aleja,
Sombras miro en mí sér y fuera sombra:
No sentir, no pensar y olvidar siempre
Fuera mucha ambición, siendo tan poca.

¿Qué siento? No lo sé; pero incesantes
Acuden en tropel á mi memoria
Ideas y recuerdos, que me llenan
El corazón y el alma de zozobra:

Placeres convertidos en recuerdos,
Caricias de mujeres ilusorias....

¡Ilusiones que pasan, negras tumbas
Donde las dichas de mi amor reposan!

.
Cual chasquido estridente que producen
Del cansado laúd las cuerdas rotas;
Como el rumor que fingen en los surcos
Del árbol seco las errantes hojas,

Así resuenan los suspiros míos
Cuando el alma del pecho los arroja
Al golpe de las lágrimas que caen
De mis cansados ojos gota á gota.

Siente mi mente arder en cada idea
Una nube de amor tempestuosa;
Mientras rugen el mar y mis pasiones,

Lloran mis ojos y mi alma llora....

.
Ya la noche desgarró el negro manto,
Ya callaron los vientos y las olas,
Ya se dibujan en el claro cielo
Las sonrosadas tintas de la aurora.

El céfiro, vibrando en los cristales,
Parece una sonrisa melodiosa,
Y á lo lejos las aves y las auras
Parecen preludiar alegre trova.

El sol eleva su dorado carro
Sobre el azul espacio de la atmósfera,
Esparciendo su hermosa cabellera
Por la campiña y las tranquilas ondas.

Levanto mi cabeza vacilante,
Siento en mi sér la fiebre abrasadora;
La fiebre, que latiendo en mis arterias
Quema mi frente y mi pesar ahonda.

Y mientras ríe el sol allá en el cielo,
Y la Natura se sonríe gozosa,
La cabeza me dice: «Olvida, olvida;»
Y el corazón me grita: «Llora, llora.»

Páginas olvidadas.

XCVI

¿Qué me importan los días y los años
Que por mí pasarán?
¿Qué me importa la vida, si en la muerte
Sólo puedo gozar?
¿Qué me importa mi lecho de agonía
Cuando tan solo está,
Si adoro un imposible, un algo eterno
Que allá en la tumba encontraré quizás?

XCVII

Tus ojos cielos son; su dulce calma
Al cielo en que se miran causa enojos:
¡Lástima que los cielos de tus ojos
Escondan el infierno de tu alma!

XCVIII

Cuando tu boca se atreve
A decirme esos amores

Que tus labios seductores
Mienten con sonrisa aleve,
Que tus suspiros se lleve
El viento, en sus alas presos,
¿Qué importa á mis embelesos
Si así mi ventura labras,
Llevándose tus palabras
Y dejándome tus besos?

XCIX

Aquel amor tan grande, tan inmenso,
Que loca me jurabas,
Hace tiempo murió, siendo su tumba
Tu corazón de mármol de Carrara.
Por tu frente la imagen de un recuerdo
Algunas veces pasó:
¡También de las marmóreas sepulturas
Las almas de los muertos se levantan!

C

Dudé que me tuvieras el cariño
Que me hiciste soñar,
Pero dudar que todo era mentira
¡No lo pude dudar!

CI

Buscaba un corazón y hallé una roca;

Buscaba un alma y no la pude hallar:
Diógenes del amor, busco las flores
En un yermo erial.

CII

¡Imprudente!, no digas que me odias,
No me mires con ojos altaneros:
Yo nunca te hice mal, y por mi causa
Si has tropezado más, has caído menos.

Acalla ese furor que te devora,
No demuestres inútiles desprecios:
El mundo que nos ve, puede mirarte
Y adivinar al fin nuestro secreto.

¡Si hablase...! però nó; nunca mis labios
Tendrán sobre tu honor más que un consejo:
Olvida y cállate, que la impureza
Debe ser siempre amiga del silencio.

CIII

¡Qué se me importa la vida,
Si en ella sólo he de verte
Como se mira á la muerte
Á través de la ancha herida!

En la nada sumergida
Vive tu conciencia impura;
Y á solas con su amargura
Mi corazón dolorido
Vive buscando el olvido

De su pasada ventura.

CIV

Véngate del pasado; tu venganza
Estúpida da risa.
Por hundirme en la nada, te has revuelto
En el inmundo fango de la vida.

¡Y has conseguido salpicar mi rostro!
¿Qué importa, si maldita
Vives con el dogal de tu venganza?
¡Quién me venga de tí, más que tú mismal

CV

¿Qué más quieres de mí, mujer sin alma?
Mi fe, mi inspiración, la dulce calma,
Todo cuanto hay en mí;
Ensueños, ilusiones, alegrías,
Delirios, esperanzas, fantasías,
Cuanto tuve te dí.

Tus desdenes mi sombra eterna han sido,
Y ha agotado ya el último latido
Por tí mi corazón.
¿Qué más quieres?... Parece que al mirarte
Anhelas lo que yo no puedo darte,
¡Mi odiosa maldición!

CVI

Cuando el mundo, sin formas de la nada,
Me separe fatal
Del mundo donde muero, dime, hermosa,
¿Irás por mí á llorar?

¿Qué te importa un paseo más ó menos,
Á tí, que tantos das?
¡Has llorado por nada tantas veces!
¿Qué te importa otra más?

Tengo sed infinita de esas lágrimas
Que sueles derramar;
Lágrimas de coqueta, ellas tan sólo
El fuego de mi amor apagarán.

Ellas serán las muertas esperanzas
Que no pude alcanzar;
Ellas serán las nieves que coronen
El apagado cráter de un volcán.

Cegado por la tierra removida
No veré tus pupilas flamear,
Ni el eco de tu voz en mis oídos
Temblando vibrará.

Y allí donde la muerte es una vida
Sin pasiones, sin luchas, sin afán,
Reclinado en la triste sepultura
Por una eternidad,

Alejado del mundo, entre cenizas,
Mi corazón tal vez se dormirá;
Pero el alma, que es mía siendo tuya,
¡Ay! ¡siempre te amarál

CVII

Al pie de su panteón
Me dijo el alma que orase:
Me arrodillé, y de mis labios
Tan sólo brotaban ayes.

Lloré pasados placeres,
Lloré presentes pesares...
¡Hasta las lágrimas mías
Lloraban al deslizarse!

Y mis ojos se secaron
Al recordar, inefable,
Que es la vida muy pequeña
Y la eternidad muy grande.

CVIII

Cuando la muerte entorne para siempre
El velo de mis párpados,
Y no sientan el fuego de tus ojos
Mis ojos vidriados;

Cuando cubran mis carnes ya azuladas
Los pliegues de un sudario,
Y la losa que esconda mis despojos
Se hiele con mis labios;

Cuando mi alma vague por el éter
En impalpables átomos,
Separada del cuerpo que dormita
En el sepulcro helado;

Cuando quede tan sólo de mi vida
Un sér inanimado,
Que ocupe en el sombrío cementerio
Un rincón solitario....

Si alguna vez te acuerdas de tu amante
Y diriges los pasos
Hacia la tumba donde muerto lloro
Amores que pasaron;

Si en tu alma, aquel alma que era mía,
De tu amor queda algo,
Y una lágrima viertes compasiva
En mi lecho de mármol,

Quizá sienta en mis huesos ateridos
Arder un fuego santo,
Como el fuego que lanzan de sus poros
Los huesos del osario.

Quizá de mi sepulcro se levante
Un eco sobrehumano,
Que diga en tus oídos dulcemente:
«¡Todavía te amo!»

CIX

Las brumas de la noche se disipan;
El cielo se colora de arrebol;
Los pájaros despiertan en sus nidos,
Y allá en el horizonte ríe el sol.

Un rayo, atravesando los cristales
Como la luz sumisa de un altar,
Hasta mi lecho llega, temeroso
De hacerme despertar.

Y yo, que sólo duermo cuando el alma
Cansada de sufrir
Se abisma en sus pesares, al mirarlo
Sentime en mi amargura sonreír.

¡No todo es soledad, en torno mío!
Ya tengo un compañero en mi aflicción,
Que sienta al despertarme
Por mi eterna tristeza compasión.

Una lágrima ardiente de mis ojos
La dicha hizo brotar,
Y aquel rayo de sol tras de una nube
Ocultóse. ¡Quién no huye del pesar!

.....
¡Qué importa que las brumas se disipen!
¿Que el cielo se colore de arrebol?
Si en las desiertas playas de mi vida
¡No hay ni un rayo de sol!

Índice.

| | Página. |
|---|---------|
| Dedicatoria. | VII |
| Prólogo.—(De D. Alfonso Moreno y Espinosa.) | IX |
| Al que leyere.—(Juicio crítico á EL LIBRO GRIS, por el Ilmo. Sr. D. Nicolás Díaz y Pérez.) | XV |
| Á Carmen. | 1 |
| Á Extremadura. | 6 |
| Sarcasmo. | 13 |
| En el hospital. | 14 |
| En la primera hoja del álbum de*** | 15 |
| Á mi querido maestro D. Alfonso Moreno y Espinosa. . . . | 19 |
| El castillo de mi pueblo. | 22 |
| Por una lágrima. | 28 |
| El último adiós. | 33 |
| Duerme.—(Á un niño moribundo.) | 36 |
| La orgía y el hambre. | 38 |
| ¡Qué madre, qué niña! | 40 |
| La vida del genio.—(Á Moreno Nieto.) | 43 |
| El secreto de una virgen. | 47 |
| Cádiz. | 49 |
| Mi musa. | 54 |
| Adiós. | 57 |
| Mi luz. | 58 |
| La vida más feliz. | 59 |
| En tu álbum. | 64 |
| Balada. | 66 |
| Crear. | 69 |
| Tres poetisas extremeñas. | 71 |
| En el templo. | 74 |
| Su traje blanco. | 75 |

| | |
|--|-----|
| ¡Noche buena! | 76 |
| Celos. | 80 |
| En el día de su Virgen. | 82 |
| Á Zaida. | 84 |
| Á mi padre. | 89 |
| Las flores del cielo. | 99 |
| Mi vecina y el sol. | 101 |
| Lo eterno. | 104 |
| En el cielo y en la tierra. | 105 |
| Á***, mandándole un devocionario. | 106 |
| Á una profesora. | 107 |
| Juramento. | 114 |
| Dolora. | 115 |
| Tu alma... y la mía. | 116 |
| Extremadura.—(Á Barrantes.) | 121 |
| Á la ciudad de Llerena. | 122 |
| En el álbum de la bellísima gaditana***. | 123 |
| Misterio. | 128 |
| Á***, mandándole mi retrato. | 130 |
| Á Colón. | 131 |
| En un trozo de mármol. | 135 |
| Mi realismo. | 136 |
| Diálogos sociales. | 137 |
| Á un suicida. | 142 |
| Á un doctor católico. | 143 |
| Recuerdos de la aldea. | 144 |
| Eva. | 150 |
| Desagravio. | 151 |
| Consejos. | 152 |
| Apuntes del natural. | 158 |
| ¿Por qué? | 160 |
| Anhelos. | 161 |
| Sor Teresa. | 162 |
| Sñar. | 168 |
| Cantares. | 170 |
| Al verte. | 172 |
| Salve. | 173 |
| El misionero. | 174 |
| La guerra. | 181 |
| En la última hoja del álbum de María A. González de A. | 183 |
| La comedia del amor. | 186 |
| Caridad. | 187 |
| Mi casita blanca. | 188 |
| El amor. | 195 |
| Mis fiebres. | 196 |
| Á una coqueta. | 197 |
| Epitafio. | 202 |
| Brumas. | 203 |

| | |
|---|-----------|
| Historia clínica. | 205 |
| Ayer, hoy y mañana. | 208 |
| Trovas. | 211 |
| Á la eminente actriz Dolores Baena. | 213 |
| En varios abanicos. | 218 |
| La democracia. | 221 |
| Una receta. | 224 |
| La primavera de la vida. | 227 |
| Á dos hermanas andaluzas. | 231 |
| Á Patrocinio de Biedma. | 234 |
| Al doctor Tejada y España. | 235 |
| Á una enferma. | 236 |
| Á Badajoz. | 240 |
| En varios álbums. | 245 |
| Etcétera, etcétera. | 249 |
| Circular. | 251 |
| La dolora del deseo. | 256 |
| ¡Pobre hijo mío! | 259 |
| Mi primer soneto. | 263 |
| Tu porvenir. | 264 |
| Á D. Adelardo López de Ayala. | 265 |
| El drama de una noche. | 269 |
| Bocetos y manchas. | 293 á 352 |
| Páginas olvidadas. | 353 |

ERRATAS PRINCIPALES

| Página. | Línea. | Donde dice | Léase |
|---------|--------|-----------------------------|-------------------------|
| 1 | 1 | So | Yo |
| 11 | 26 | En luchas | en las luchas |
| 48 | 5 | Y | Yo |
| 62 | 25 | Las tinieblas | La pequeñez |
| 98 | 8 | tu | su |
| 126 | 14 | perla | estrella |
| 138 | 5 | Y mi esposa | —Y mi esposa |
| 190 | 28 | miríadas perdidas | miríada perdida |
| 198 | 29 | No pensé | No pensó |
| 217 | 12 | vas | va |
| 221 | 21 | alfombra | alfombras |
| 229 | 18 | cabellos | cabello |
| 245 | 10 | va | vas |
| 246 | 12 | concha | perla |
| 267 | 24 | Y admiro | Yo admiro |
| 278 | 5 | vida | vista |
| 278 | 28 | Y | Yo |
| 279 | 15 | ... es bueno... hermoso...! | ...bueno... dichoso...! |
| 308 | 10 | pocas | fébeas |
| 316 | 11 | mas tarde | una tarde |
| 325 | 3 | Esposa | Esposo |

5.724
6.000

Se halla de venta en las principales librerías al precio de CINCO PESETAS cada ejemplar.





